EL
LIBERALISMO ES PECADO.

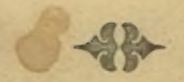
CUESTIONES CANDENTES

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.,
director de la Revista popular.



Con censura y licencia eclesiásticas.



BARCELONA.
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, PINO, 5.
1887.

EL
LIBERALISMO ES PECADO.

CUESTIONES CANDENTES

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.,

director de la Revista popular.

Llámese Racionalismo, Socialismo, Revolucion ó LIBERALISMO, sera siempre por su condicion y esencia misma, la negacion franca ó artera, pero radical, de la fe cristiana.

(*Carta colectiva de los Ilmos y Rdmos. Prelados de la provincia eclesiástica de Burgos*).

Con censura y licencia eclesiásticas

SÉPTIMA EDICION.



BARCELONA.

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5.

1887.

ÍNDICE.

APROBACIONES.

SON varias las que ha merecido este libro desde su aparicion hasta el fallo de la sagrada Congregacion del Indice, y es nuestro deber consignarlas aquí:

Del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona, las obtuvo respectivamente para las ediciones castellana y catalana.

Del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Urgel, antes y después de un concienzudo informe de tres teólogos de aquel ilustre Cabildo.

Del Ilmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Osma.

Del Ilmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Tuy.

Del Ilmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Mallorca.

Del Ilmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Tarazona.

Del Ilmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Montevideo.

Ultimamente, despues de repetida denuncia á la Sagrada Romána Congregacion del Indice, ha fallado este elevadísimo tribunal en la forma siguiente:

«Ex Secr. Sac. Indicis Congr., die 10 Januarii 1887.

«Excellentissime Domine:

«Sacra Indicis Congregatio accepit delationem Opusculi cujus titulus *El Liberalismo es pecado,*

auctore D. Felice Sardá et Salvany, sacerdote hujus tuæ diœcesis, quæ delatio repetita fuit una cum altero opusculo cui titulus *El Proceso del integrismo,* id est, *Refutacion de los errores contenidos en el opúsculo «El Liberalismo es pecado,»* auctor hujus secundi opusculi est D. de Pazos, canonicus diœcesis Vicensis. Quapropter eadem Sancta Congregatio maturo examine perpendit primum et alterum opusculum cum factis animadversionibus: sed in primo nil invenit contra sanam doctrinam, imo auctor ejusdem D. Félix Sardá laudem meretur eo quia solidis argumentis, ordine et claritate expositis, sanam doctrinam in materia subjecta proponat atque defendat absque cujuscumque personæ offensione.

«Verum non idem judicium fuit prolatum super altero opusculo edito à D. de Pazos, nam aliqua in re correctione indiget, et insuper approbari non potest modus loquendi injuriosus quo auctor utitur magis contra personam D. Sardá, quam contra errores qui supponuntur in opusculo dicti scriptoris.

«Hinc Sacra Congregatio mandavit ut D. de Pazos, monitus à proprio Ordinario, retrahat quantum fieri potest, dicti sui opusculi exemplaria, ac in posterum, si aliqua controversiarum quæ oriri posunt fiat discussio, se abstineat à quibuscumque verbis injuriosis contra personas, sicuti vera Christi charitas docet: eo vel magis quod dum Sanctissimus D. N. P. P. Leo XIII valde commendat ut errores profligantur, tamen non amat neque approbat injurias in personas, præsertim doctrina et pietate præstantes, illatas.

«Dum hæc de mandato S. Indi. Congr. tibi communico ad hoc ut præclaro tuo diœcesano D. Sardá ad animi sui quietem manifestare pos-

sis, omnia fausta ac felicia Domino adprecor et cum omni observantiæ significatione subscribo.

«Amplitudinis tuæ.

«Addictissimus famulus Fr. Hieronymus Pius Saccheri, O. P., *S. Ind. Congr. à Secretis.*

«Ilmo. ac Revend. Domino Jacobo Catalá et Albosa, Episcopo Barchinonensi.»

VERSION CASTELLANA.

De la Secretaría de la Sagrada Congregacion del Indice, dia 10 de Enero de 1887.

Excelentísimo señor:

La Sagrada Congregacion del Índice recibió denuncia del opúsculo titulado *El Liberalismo es pecado,* su autor D. Félix Sardá y Salvany, sacerdote de esta tu diócesis: la cual denuncia se repitió juntamente con otro opúsculo titulado *El Proceso del integrismo,* esto es, *refutacion de los errores contenidos en el opúsculo «El Liberalismo es pecado;»* autor de este segundo opúsculo es D. de Pazos, canónigo de la diócesis de Vich. Por lo cual dicha Congregacion aquilató con maduro exámen uno y otro opúsculo con las observaciones hechas: mas en el primero nada halló contra la sana doctrina, antes su autor D. Félix Sardá y Salvany merece alabanza, porque con argumentos sólidos, clara y ordenadamente expuestos, propone y defiende la sana doctrina en la materia que trata, sin ofensa de ninguna persona.

Pero no se formó el mismo juício acerca del otro opúsculo publicado por D. de Pazos, porque

necesita correccion en alguna cosa, y además no puede aprobarse el modo injurioso de hablar de que el autor usa, más contra la persona del señor Sardá que contra los errores que se suponen en el opúsculo de este escritor.

De aquí que la Sagrada Congregacion ha mandado que D. de Pazos sea amonestado por su propio Ordinario, para que retire cuanto sea posible los ejemplares de su dicho opúsculo; y en adelante, si se promueve alguna discusion sobre las controversias que pueden originarse, absténgase de cualesquiera palabras injuriosas contra las personas, segun la verdadera caridad de Cristo: con más motivo cuando nuestro Santísimo Padre Leon XIII, á la vez que recomienda mucho que se deshagan los errores, pero no quiere ni aprueba las injurias hechas, principalmente á personas sobresalientes en doctrina y santidad.

Al comunicarte esto de órden de la Sagrada Congregacion del Indice, á fin de que puedas manifestárselo á tu preclaro diocesano el Sr. Sardá para quietud de su ánimo, pido á Dios te dé toda prosperidad y ventura, y con la expresion de todo mi respeto, me declaro

De tu grandeza

Adictísimo servidor, Fr. Jerónimo Pio Saccheri, de la Orden de Predicadores, *Secretario de la Sagrada Congregacion del Índice.*

Ilmo. y Rdmo. Sr. D. Jaime Catalá y Albosa, obispo de Barcelona.

———

INTRODUCCION.

No te alarmes, pio lector, ni empieces por ponerle ya desde el principio mala cara á este librejo. Ni sueltes con espanto el papel, que por muy abrasadas y candentes que estén hasta el rojo blanco las cuestiones que en él ventilemos tú y yo en familiar y amistosa conferencia, no te quemarás los dedos con ellas, pues el fuego de que ahí se trata es metáfora y nada más.

Ya sé, y en son de disculpa me lo vas á decir, que no eres tú solo el que siente invencible repulsion y horror por tales materias. Harto me consta que ha venido á ser esta una como manía ó enfermedad poco menos que general. Mas dime en conciencia: si de lo candente huímos, es decir, de lo vivo y palpitante y contemporáneo y de actualidad, ¿á qué asuntos ha de consagrarse, que sean de algun interés, la controversia católica? ¿A combatir enemigos que murieron ya siglos hace, y que como muertos y putrefactos yacen de todo el mundo olvidados en el panteon de la historia? ¿O á tratar en serio y con mucha formalidad y con grande ahinco asuntos de hoy, es verdad, pero acerca de los que no hay opinion discordante ni hostilidad alguna contra los santos fueros de la verdad? ¿Y para eso ¡vive Dios! nos apellidamos soldados los católicos, y representamos como ejército la Iglesia, y llamamos capitan á Cristo nuestro Señor? ¿Y fuera esa la vida de lucha que sin cesar se nos está intimando desde que por el Bautismo y Confirmacion se nos armó caballeros para tan gloriosa milicia? ¿Guerra de comedia ha de ser en que se pelee contra enemigos pintados y fantásticos, con armas de pólvora sola y con espadas sin

punta, á las que solamente se exige que brillen y metan vano ruído, pero que no hieran ni causen al contrario la menor desazon?

No por cierto, que si es verdad, como divina verdad es el Catolicismo, verdad son y dolorosa verdad sus enemigos, verdad son y sangrienta verdad sus combates, verdad han de ser y no pura fantasía de teatro sus ofensivas y defensivas. De veras deben acometerse tales empresas y de veras llevarse á cabo: de veras deben ser, pues, las armas que se usen, de veras los tajos y reveses que se den, de veras las heridas que se causen ó que se reciban.

Abro la historia de la Iglesia, y en todas las páginas de ella me encuentro escrita, con huellas de viva sangre muchas veces, esta verdad. Cristo Dios, con sin igual entereza, anatematizó la corrupcion judaica, y frente á frente de las más delicadas preocupaciones nacionales y religiosas de su época, alzó la bandera de su predicacion y lo pagó con la vida. Los Apóstoles, al salir del Cenáculo el dia de Pentecostes, no se pararon en pelillos para echar en rostro á los príncipes y magistrados de Jerusalen el asesinato jurídico del Salvador. Y les costó azotes por de pronto, y luego la muerte, el haber tocado esa por aquellos dias tan candente cuestion.

Y desde entonces á cada héroe de nuestro glorioso ejército ha hecho famosa la respectiva cuestion candente que le cupo en suerte dilucidar: la cuestion candente, la del dia, no la fiambre y rezagada que perdió ya su interés, no la futura y nonnata que está aún en los secretos del porvenir. Los primeros apologistas se las hubieron cuerpo á cuerpo con el paganismo coronado y sentado nada menos que en trono imperial, cuestion candente en que se arriesgaba la vida. A Atanasio le valió persecuciones, destierros, fugas, amenazas de muerte, excomuniones de falsos concilios la cuestion candentísima del Arrianismo, que en sus dias tuvo en conflagracion á todo el orbe. Y Agustin, gran adalid de todas las cuestiones candentes de su siglo, ¿acaso les tuvo miedo por

su incandescencia á los grandes problemas planteados por el Pelagianismo? Asi de siglo en siglo y de época en época, á cada cuestion candente, que saca enrojecida de las fraguas infernales el enemigo de Dios y del género humano, destinó la Providencia un hombre ó muchos hombres, que como martillos de gran potencia sacudiesen de firme sobre tales errores candentes. Que martillar sobre hierro candente, ese es buen martillar: no martillar sobre hierro frio, que es martillar de pura broma. Martillo de los simoniacos y concubinarios de Alemania fué Gregorio VII; martillo de Averroes y falsos aristotélicos fué Tomás de Aquino; martillo de Abelardo fué Bernardo de Claraval; martillo de Albigenses fué Domingo de Guzman; y así hasta nuestros dias; que fuera largo recorrer la historia paso por paso en comprobacion de una verdad que no mereciera los honores de una séria discusion, si no hubiese por desdicha tantos infelices empeñados en dejar oscurecida, á fuerza de levantar polvo, la misma evidencia.

Basta ya, pues, de eso, amigo lector; y dando un pasito más te diré, así en secreto que nadie nos oiga, que pues tuvo sus cuestiones candentes cada siglo pasado, cuestiones candentes y candentísimas debe de tener sin duda el siglo actual. Esto por necesidad. Y una de ellas, la cuestion de las cuestiones, la magna cuestion, la incandescente cuestion que con sólo tocarla despide chispas por todos lados, es la cuestion del Liberalismo. «Los peligros que en estos tiempos corre la fe del pueblo cristiano son muchos (han dicho poco há los sabios y valerosos Prelados de la provincia eclesiástica de Burgos); pero se encierran todos en uno, que es, digámoslo así, su gran denominador comun: el Naturalismo... Llámese Racionalismo, Socialismo, Revolucion ó Liberalismo, será siempre, por su condicion y esencia misma, la negacion franca ó artera, pero radical, de la fe cristiana, y en consecuencia importa evitarlo con diligencia, como importa salvar las almas.»

Con tan autorizada y gravísima declaracion tenemos oficialmente formulada la cuestion candente de nuestro siglo. Es verdad que no la habia formulado con menor, sino con mucha mayor autoridad y claridad el gran Pio IX en cien repetidos documentos; ni la ha propuesto pocos dias ha al mundo con menos ahinco nuestro actual Pontífice Leon XIII en su Encíclica *Humanum genus,* que tanto ha dado y da y dará que hablar, y que tal vez no es aún la última palabra de la Iglesia de Dios sobre estas materias (1).

¿Y por qué sobre todas las demás herejías que le precedieron habia de tener cierto especial privilegio de respeto y casi de inviolabilidad el Liberalismo? ¿Acaso porque en la unidad de su absoluta y radical negacion de la soberanía divina las resume y comprende á todas? ¿Acaso porque más que otra alguna ha extendido por todo el cuerpo social su infeccion y gangrena? ¿Acaso porque en justo castigo de nuestros pecados, ha logrado lo que algunas otras herejías no lograron, ser error oficial, legalizado, entronizado en los consejos de los príncipes y prepotente en la gobernacion de los pueblos? Nó; que estas razones son precisamente las que han de mover y forzar á todo buen católico á predicar y sostener contra él, cueste lo que cueste, abierta y generosa cruzada. A ese, á ese, que es el enemigo, á ese que es el lobo, hemos de estar gritando á todas horas, siguiendo la consigna del universal Pastor, los que más ó menos hemos recibido del cielo la mision de cooperar á la salud espiritual del pueblo cristiano.

Tendido queda el paño y principiada esta serie de breves y familiares conferencias. No será empero sin haber antes declarado que todos y cada uno de los puntos de ellas, hasta los más menudos ápices, sujeto al inapelable fallo de la Iglesia, único seguro oráculo de infalible verdad.

Sabadell, mes del Santísimo Rosario.—1884.

(1) No se habia aún publicado la encíclica *Immortale Dei.*



EL LIBERALISMO ES PECADO.

I.

¿Existe hoy dia algo que se llama Liberalismo?

Ciertamente: y parecerá ocioso que nos entretengamos en demostrar este aserto. Á no ser que todos los hombres de todas las naciones de Europa y de América, regiones principalmente infestadas de esta epidemia, hayamos convenido en engañarnos y en hacer del engañado, existe hoy dia en el mundo una escuela, sistema, partido, secta, ó llámese como se quiera, que por amigos y enemigos se conoce con el nombre de Liberalismo.

Los periódicos y asociaciones y Gobiernos suyos se apellidan con toda franqueza *liberales;* sus adversarios se lo echan en rostro, y ellos no protestan, ni siquiera lo excusan ni atenúan. Más aún: se lee cada dia que hay corrientes *liberales*, tendencias *liberales*, reformas *liberales*, proyectos *liberales*, personajes *liberales*, fechas y recuerdos *liberales*, ideales y programas *liberales;* y al revés, se llaman antiliberales, ó clericales, ó reaccionarios, ó ultramontanos, todos

los conceptos opuestos á los significados por aquellas expresiones. Hay, pues, en el mundo actual una cierta cosa que se llama *Liberalismo*, y hay á su vez otra cierta cosa que se llama *Antiliberalismo*. Es, pues, como muy acertadamente se ha dicho, palabra de division, pues tiene perfectamente dividido el mundo en dos campos opuestos.

Mas no es sólo palabra, pues á toda palabra debe corresponder una idea; ni es sólo idea, pues á tal idea vemos que corresponde de hecho todo un órden de acontecimientos exteriores. Hay, pues, Liberalismo, es decir, hay doctrinas liberales y hay obras liberales, y en consecuencia hay hombres liberales, que son los que profesan aquellas doctrinas y practican estas obras. Y tales hombres no son individuos aislados, sino que viven y obran como agrupacion organizada, con jefes reconocidos, con dependencia de ellos, con fin unánimemente aceptado. El Liberalismo, pues, no sólo es idea y doctrina y obra, sino que es *secta*.

Queda, pues, sentado que cuando tratamos de Liberalismo y de liberales no estudiamos seres fantásticos ó puros conceptos de razon, sino verdaderas y palpables realidades del mundo exterior. ¡Harto verdaderas y palpables por nuestra desdicha!

Sin duda habrán observado nuestros lectores, que la preocupacion primera que se nota en los tiempos de epidemia es siempre la de pretender que no existe tal epidemia. No hay memoria en las diferentes que nos han afligido en el siglo actual, ó en los pasados, de que ni una sola vez haya dejado de presentarse este fenómeno. La enfermedad lleva ya devoradas en silencio gran número de víctimas cuando se empieza á reconocer que existe, diezmando la poblacion. Los

partes oficiales han sido alguna vez los más entusiastas propaladores de la mentira; y casos se han dado en que por la Autoridad han llegado á imponerse penas á los que asegurasen que el contagio era verdad. Análogo es lo que acontece en el órden moral de que estamos tratando. Después de cincuenta años ó más de vivir en pleno Liberalismo, todavía hemos oído á personas respetabilísimas preguntarnos con asombrosa candidez: «¡Vaya! ¿Tomais en serio eso del Liberalismo? ¿Son estas, por ventura, más que exageraciones del rencor político? ¿No valdria más hacer caso omiso de esa palabra que á todos nos trae divididos y enconados?» ¡Tristísima señal cuando la infeccion está de tal suerte en la atmósfera, que por la costumbre no la perciben ya la mayor parte de los que la respiran!

Hay, pues, Liberalismo, caro lector; y de esto no te permitas nunca dudar.

II.

¿Qué es el Liberalismo?

Al estudiar un objeto cualquiera, después de la pregunta: *an sit?* hacian los antiguos escolásticos la siguiente: *quid sit?* y ésta es la que nos va á ocupar en el presente capítulo.

¿Qué es el Liberalismo? En el órden de las ideas es un conjunto de ideas falsas; en el órden de los hechos es un conjunto de hechos criminales, consecuencia práctica de aquellas ideas.

En el órden de las ideas el Liberalismo es el conjunto de lo que se llaman principios liberales, con las consecuencias lógicas que de ellos se derivan. Prin-

cipios liberales son: la absoluta soberanía del individuo con entera independencia de Dios y de su autoridad; soberanía de la sociedad con absoluta independencia de lo que no nazca de ella misma; soberanía nacional, es decir, el derecho del pueblo para legislar y gobernar con absoluta independencia de todo criterio que no sea el de su propia voluntad, expresada por el sufragio primero y por la mayoría parlamentaria después; libertad de pensamiento sin limitacion alguna en política, en moral ó en Religion; libertad de imprenta, asimismo absoluta ó insuficientemente limitada; libertad de asociacion con iguales anchuras. Estos son los llamados *principios liberales* en su más crudo radicalismo.

El fondo comun de ellos es el racionalismo *individual*, el racionalismo *político*, y el racionalismo *social*. Derívanse de ellos la libertad de cultos más ó menos restringida; la supremacía del Estado en sus relaciones con la Iglesia; la enseñanza laica ó independiente sin ningun lazo con la Religion; el matrimonio legalizado y sancionado por la intervencion única del Estado: su última palabra, la que todo lo abarca y sintetiza, es la palabra *secularizacion*, es decir, la no intervencion de la Religion en acto alguno de la vida pública, verdadero ateísmo social, que es la última consecuencia del Liberalismo.

En el órden de los hechos el Liberalismo es un conjunto de obras inspiradas por aquellos principios y reguladas por ellos. Como, por ejemplo, las leyes de desamortizacion; la expulsion de las Ordenes religiosas; los atentados de todo género, oficiales y extraoficiales, contra la libertad de la Iglesia; la corrupcion y el error públicamente autorizados en la tribuna, en la prensa, en las diversiones, en las cos-

tumbres; la guerra sistemática al Catolicismo, al que se apoda con los nombres de clericalismo, teocracia, ultramontanismo, etc., etc.

Es imposible enumerar y clasificar los hechos que constituyen el procedimiento práctico liberal, pues comprenden desde el ministro y el diplomático que legislan ó intrigan, hasta el demagogo que perora en el club ó asesina en la calle; desde el tratado internacional ó la guerra inicua que usurpa al Papa su temporal principado, hasta la mano codiciosa que roba la dote de la monja ó se incauta de la lámpara del altar; desde el libro profundo y sabihondo que se da de texto en la universidad ó instituto, hasta la vil caricatura que regocija á los pilletes en la taberna. El Liberalismo práctico es un mundo completo de máximas, modas, artes, literatura, diplomacia, leyes, maquinaciones y atropellos enteramente suyos. Es el mundo de Luzbel, disfrazado hoy dia con aquel nombre, y en radical oposicion y lucha con la sociedad de los hijos de Dios, que es la Iglesia de Jesucristo.

Hé aquí, pues, retratado, como doctrina y como práctica, el Liberalismo.

III.

Si es pecado el Liberalismo, y qué pecado es.

El Liberalismo es pecado, ya se le considere en el órden de las doctrinas, ya en el órden de los hechos.

En el órden de las doctrinas es pecado grave contra la fe, porque el conjunto de las doctrinas suyas es *herejía,* aunque no lo sea tal vez en alguna que

otra de sus afirmaciones ó negaciones aisladas. En el órden de los hechos es pecado contra los diversos Mandamientos de la ley de Dios y de su Iglesia, porque de todos es infraccion. Más claro. En el órden de las doctrinas el Liberalismo es la herejía universal y radical, porque las comprende todas : en el órden de los hechos es la infraccion radical y universal, porque todas las autoriza y sanciona.

Procedamos por partes en la demostracion.

En el órden de las doctrinas el Liberalismo es herejía. Herejía es toda doctrina que niega con negacion formal y pertinaz un dogma de la fe cristiana. El Liberalismo doctrina los niega primero todos en general y después cada uno en particulor. Los niega todos en general, cuando afirma ó supone la independencia absoluta de la razon individual en el individuo, y de la razon social ó criterio público en la sociedad. Decimos *afirma* ó *supone*, porque á veces en las consecuencias secundarias no se afirma el principio liberal, pero se le da por supuesto y admitido. Niega la jurisdiccion absoluta de Cristo Dios sobre los individuos y las sociedades, y en consecuencia la jurisdiccion delegada que sobre todos y cada uno de los fieles, de cualquier condicion y dignidad que sean, recibió de Dios la Cabeza visible de la Iglesia. Niega la necesidad de la divina revelacion, y la obligacion que tiene el hombre de admitirla, si quiere alcanzar su último fin. Niega el motivo formal de la fe, esto es, la autoridad de Dios que revela, admitiendo de la doctrina revelada sólo aquellas verdades que alcanza su corto entendimiento. Niega el magisterio infalible de la Iglesia y del Papa, y en consecuencia todas las doctrinas por ellos definidas y enseñadas. Y después de esta negacion general y en

globo, niega cada uno de los dogmas, parcialmente ó en concreto, á medida que, segun las circunstancias, los encuentra opuestos á su criterio racionalista. Así niega la fe del Bautismo cuando admite ó supone la igualdad de todos los cultos; niega la santidad del matrimonio cuando sienta la doctrina del llamado matrimonio civil; niega la infalibilidad del Pontífice Romano cuando rehusa admitir como ley sus oficiales mandatos y enseñanzas, sujetándolos á su pase ó *exequatur*, no como en su principio para asegurarse de la autenticidad, sino para juzgar del contenido.

En el órden de los hechos es radical inmoralidad. Lo es porque destruye el principio ó regla fundamental de toda moralidad, que es la razon eterna de Dios imponiéndose á la humana; canoniza el absurdo principio de la moral independiente, que es en el fondo la moral sin ley, ó lo que es lo mismo, la moral libre, ó sea una moral que no es moral, pues la idea de moral, además de su condicion directiva, encierra *esencialmente* la idea de enfrenamiento ó limitacion. Además, el Liberalismo es toda inmoralidad, porque en su proceso histórico ha cometido y sancionado como lícita la infraccion de todos los mandamientos, desde el que manda el culto de un solo Dios, que es el primero del Decálogo, hasta el que prescribe el pago de los derechos temporales á la Iglesia, que es el último de los cinco de ella.

Por donde cabe decir que el Liberalismo, en el órden de las ideas, es el error absoluto, y en el órden de los hechos, es el absoluto desórden. Y por ambos conceptos es pecado, *ex genere suo*, gravísimo; es pecado mortal.

IV.

De la especial gravedad del pecado del Liberalismo.

Enseña la teología católica que no todos los pecados graves son igualmente graves, áun dentro de su esencial condicion que los distingue de los pecados veniales. Hay grados en el pecado, áun dentro de la categoría de pecado mortal, como hay grados en la obra buena dentro de la categoría de obra buena y ajustada á la ley de Dios. Así el pecado directo contra Dios, como la blasfemia, es pecado mortal más grave de sí que el pecado directo contra el hombre, como es el robo. Ahora bien, á excepcion del odio *formal* contra Dios y de la desesperacion absoluta, que rarísimas veces se cometen por la criatura, como no sea en el infierno, los pecados más graves de todos son los pecados contra la fe. La razon es evidente. La fe es el fundamento de todo el órden sobrenatural; el pecado es pecado en cuanto ataca cualquiera de los puntos de este órden sobrenatural; es, pues, pecado máximo el que ataca el fundamento máximo de dicho órden.

Un ejemplo lo aclarará. Se ocasiona una herida al árbol cortándole cualquiera de sus ramas; se le ocasiona herida mayor cuando es más importante la rama que se le destruye; se le ocasiona herida máxima ó radical si se le corta por su tronco ó raíz. San Agustin, citado por santo Tomás, hablando del pecado contra la fe, dice con fórmula incontestable: *Hoc est peccatum quo tenentur cuncta peccata*: «Pecado es éste en que se contienen todos los pecados.» Y el mismo Angel de las Escuelas discurre sobre este punto, como

siempre, con su acostumbrada claridad. «Tanto, dice, es más grave un pecado, cuanto por él se separa más el hombre de Dios. Por el pecado contra la fe se separa lo más que puede de Él, pues se priva de su verdadero conocimiento; por donde, concluye el santo Doctor, el pecado contra la fe es el mayor que se conoce.»

Pero es mayor todavía cuando el pecado contra la fe no es simplemente carencia culpable de esta virtud y conocimiento, sino que es negacion y combate formal contra dogmas expresamente definidos por la revelacion divina. Entonces el pecado contra la fe, de suyo gravísimo, adquiere una gravedad mayor, que constituye lo que se llama *herejía*. Incluye toda la malicia de la infidelidad, más la protesta expresa contra una enseñanza de la fe, ó la adhesion expresa á una enseñanza que por falsa y errónea es condenada por la misma fe. Añade al pecado gravísimo contra la fe la terquedad y contumacia en él, y una cierta orgullosa preferencia de la razon propia sobre la razon de Dios.

De consiguiente, las doctrinas heréticas y las obras hereticales constituyen el pecado mayor de todos, á excepcion de los arriba dichos, de los que, como ya dijimos, sólo son capaces por lo comun el demonio y los condenados.

De consiguiente, el Liberalismo, que es herejía, y las obras liberales, que son obras hereticales, son el pecado máximo que se conoce en el código de la ley cristiana.

De consiguiente (salvos los casos de buena fe, de ignorancia y de indeliberacion), ser liberal es más pecado que ser blasfemo, ladron, adúltero ú homicida, ó cualquier otra cosa de las que prohibe la ley de Dios y castiga su justicia infinita.

No lo comprende así el moderno Naturalismo; pero siempre lo creyeron así las leyes de los Estados cristianos hasta el advenimiento de la presente era liberal, y sigue enseñándolo así la ley de la Iglesia, y sigue juzgando y condenando así el tribunal de Dios. Sí, la herejía y las obras hereticales son los peores pecados de todos; y por tanto el Liberalismo y los actos liberales son, *ex genere suo,* el mal sobre todo mal.

V.

De los diferentes grados que puede haber y hay dentro de la unidad específica del Liberalismo.

El Liberalismo como sistema de doctrinas puede apellidarse *escuela;* como organizacion de adeptos para difundirlas y propagarlas, *secta;* como agrupacion de hombres dedicados á hacerlas prevalecer en la esfera del derecho público, *partido.* Pero, ya se considere al Liberalismo como escuela, ya como secta, ya como partido, ofrece dentro de su unidad lógica y específica varios grados ó matices que conviene al teólogo cristiano estudiar y exponer.

Ante todo conviene hacer notar que el Liberalismo es uno, es decir, constituye un organismo de errores perfecta y lógicamente encadenados, motivo por el cual se le llama *sistema.* En efecto, partiendo en él del principio fundamental de que el hombre y la sociedad son perfectamente autónomos ó libres con absoluta independencia de todo otro criterio natural ó sobrenatural que no sea el suyo propio, síguese por una perfecta ilacion de consecuencias todo lo que en nombre de él proclama la demagogia más avanzada.

La Revolucion nada tiene de grande sino su inflexible lógica. Hasta los actos más despóticos, que ejecuta en nombre de la libertad, y que á primera vista tachamos todos de monstruosas inconsecuencias, obedecen á una lógica altísima y superior. Porque reconociendo la sociedad por única ley social el criterio de los más, sin otra norma ó regulador, ¿cómo puede negarse perfecto derecho al Estado para cometer cualquier atropello contra la Iglesia siempre y cuando, segun aquel su único criterio social, sea conveniente cometerlo? Admitido que los más son los que tienen siempre razon, queda admitida por ende como única ley la del más fuerte, y por tanto muy lógicamente se puede llegar hasta la última brutalidad.

Mas á pesar de esta unidad lógica del sistema, los hombres no son lógicos siempre, y esto produce dentro de aquella unidad la más asombrosa variedad ó gradacion de tintas. Las doctrinas se derivan necesariamente y por su propia virtud unas de otras; pero los hombres al aplicarlas son por lo comun ilógicos é inconsecuentes.

Los hombres, llevando hasta sus últimas consecuencias sus principios, serian todos santos cuando sus principios fuesen buenos, y serian todos demonios del infierno cuando sus principios fuesen malos. La inconsecuencia es la que hace, de los hombres buenos y de los malos, buenos á medias y malos no rematados.

Aplicando estas observaciones al asunto presente del Liberalismo, dirémos: que liberales completos se encuentran relativamente pocos, gracias á Dios; lo cual no obsta para que los más, áun sin haber llegado al último límite de depravacion liberal, sean verda-

deros liberales, es decir, verdaderos discípulos ó partidarios ó sectarios del Liberalismo, segun que el Liberalismo se considere como escuela, secta ó partido.

Examinemos estas variedades de la familia liberal.

Hay liberales que aceptan los principios, pero rehuyen las consecuencias, á lo menos las más crudas y extremadas. Otros aceptan alguna que otra consecuencia ó aplicacion que les halaga, pero haciéndose los escrupulosos en aceptar radicalmente los principios. Quisieran unos el Liberalismo aplicado tan sólo á la enseñanza; otros á la economía civil; otros tan sólo á las formas políticas. Sólo los más avanzados predican su natural aplicacion á todo y para todo. Las atenuaciones y mutilaciones del credo liberal son tantas cuantos son los intereses por su aplicacion perjudicados ó favorecidos; pues generalmente existe el error de creer que el hombre piensa con la inteligencia, cuando lo usual es que piense con el corazon, y áun muchas veces con el estómago.

De aquí los diferentes partidos liberales que pregonan Liberalismo de tantos ó cuantos grados, como expende el tabernero el aguardiente de tantos ó cuantos grados, á gusto del consumidor. De aquí que no haya liberal para quien su vecino más avanzado no sea un brutal demagogo, ó su vecino menos avanzado un furibundo reaccionario. Es asunto de escala alcohólica y nada más. Pero así los que mojigatamente bautizaron en Cádiz su Liberalismo con la invocacion de la santísima Trinidad, como los que en estos últimos tiempos le han puesto por emblema ¡Guerra á Dios! están dentro de tal escala liberal, y la prueba es que todos aceptan, y en caso apurado invocan, este comun denominador. El criterio liberal ó independiente es uno en ellos, aunque sean en cada cual

más ó menos acentuadas las aplicaciones. ¿De qué depende esta mayor ó menor acentuacion? De los intereses muchas veces; del temperamento no pocas; de ciertos lastres de educacion que impiden á unos tomar el paso precipitado que toman otros; de respetos humanos tal vez ó de consideraciones de familia; de relaciones y amistades contraídas, etc., etc.

Sin contar la táctica satánica que á veces aconseja al hombre no extremar una idea para no alarmar, y para lograr hacerla más viable y pasadera; lo cual, sin juicio temerario, se puede afirmar de ciertos liberales conservadores, en los cuales el conservador no suele ser más que la máscara ó envoltura del franco demagogo. Mas en la generalidad de los liberales á medias, la caridad puede suponer cierta dosis de candor y de natural *bonhomie* ó bobería, que si no los hace del todo irresponsables, como dirémos después, obliga no obstante á que se les tenga alguna compasion.

Quedamos, pues, curioso lector, en que el Liberalismo es uno solo; pero liberales los hay, como sucede con el mal vino, de diferente color y sabor.

VI.

Del llamado Liberalismo católico ó Catolicismo liberal.

De todas las inconsecuencias y antinomias que se encuentran en las gradaciones medias del Liberalismo, la más repugnante de todas y la más odiosa es la que pretende nada menos que la union del Liberalismo con el Catolicismo, para formar lo que se conoce en la historia de los modernos desvaríos con

el nombre de *Liberalismo católico ó Catolicismo liberal.* Y no obstante han pagado tributo á este absurdo preclaras inteligencias y honradísimos corazones, que no podemos menos de creer bien intencionados. Ha tenido su época de moda y prestigio, que, gracias al cielo, va pasando ó ha pasado ya.

Nació este funesto error de un deseo exagerado de poner conciliacion y paz entre doctrinas que forzosamente y por su propia esencia son inconciliables enemigas. El Liberalismo es el dogma de la independencia absoluta de la razon individual y social; el Catolicismo es el dogma de la sujecion absoluta de la razon individual y social á la ley de Dios. ¿Cómo conciliar el sí y el no de tan opuestas doctrinas? A los fundadores del Liberalismo católico pareció cosa fácil. Discurrieron una razon individual ligada á la ley del Evangelio, pero coexistiendo con ella una razon pública ó social libre de toda traba en este particular. Dijeron: «El Estado como tal Estado no debe tener Religion, ó debe tenerla solamente hasta cierto punto que no moleste á los demás que no quieran tenerla. Así, pues, el ciudadano particular debe sujetarse á la revelacion de Jesucristo; pero el hombre público puede portarse como tal de la misma manera que si para él no existiese dicha revelacion.» De esta suerte compaginaron la fórmula célebre de: *La Iglesia libre en el Estado libre*, fórmula para cuya propagacion y defensa se juramentaron en Francia varios católicos insignes, y entre ellos un ilustre Prelado; fórmula que debia ser sospechosa desde que la tomó Cavour para hacerla bandera de la revolucion italiana contra el poder temporal de la Santa Sede; fórmula de la cual, á pesar de su evidente fracaso, no nos consta que ninguno de sus autores se haya retractado aún.

No echaron de ver estos esclarecidos sofistas, que si la razon individual venia obligada á someterse á la ley de Dios, no podia declararse exenta de ella la razon pública ó social sin caer en un dualismo extravagante, que somete al hombre á la ley de dos criterios opuestos y de dos opuestas conciencias. Así que la distincion del hombre en particular y en ciudadano, obligándole á ser cristiano en el primer concepto, y permitiéndole ser ateo en el segundo, cayó inmediatamente por el suelo bajo la contundente maza de la lógica íntegramente católica. El *Syllabus,* del cual hablarémos luego, acabó de hundirla sin remision. Queda todavía de esta brillante, pero funestísima escuela, alguno que otro discípulo rezagado, que ya no se atreve á sustentar paladinamente la teoría católico-liberal, de la que fué en otros tiempos fervoroso panegirista, pero á la que sigue obedeciendo aún en la práctica; tal vez sin darse cuenta á sí propio de que se propone pescar con redes que, por viejas y conocidas, el diablo ha mandado ya recoger.

VII.

En qué consiste probablemente la esencia ó intrínseca razon del llamado Catolicismo liberal.

Si bien se considera, la íntima esencia del Liberalismo llamado católico, por otro nombre llamado comunmente Catolicismo liberal, consiste probablemente tan sólo en un falso concepto del *acto de fe.* Parece, segun dan razon de la suya los católico-liberales, que hacen estribar todo el motivo de su fe, nó en la autoridad de Dios infinitamente veraz é infalible, que se ha dignado revelarnos el camino único

que nos ha de conducir á la bienaventuranza sobrenatural, sino en la libre apreciacion de su juício individual que le dicta al hombre ser mejor esta creencia que otra cualquiera. No quieren reconocer el magisterio de la Iglesia, como único autorizado por Dios para proponer á los fieles la doctrina revelada y determinar su sentido genuíno, sino que, haciéndose ellos jueces de la doctrina, admiten de ella lo que bien les parece, reservándose el derecho de creer la contraria, siempre que aparentes razones parezcan probarles ser hoy falso lo que ayer creyeron como verdadero.

Para refutacion de lo cual basta conocer la doctrina fundamental *De fide*, expuesta sobre esta materia por el santo Concilio Vaticano. Por lo demás, se llaman católicos porque creen firmemente que el Catolicismo es la única verdadera revelacion del Hijo de Dios; pero se llaman católicos liberales ó católicos libres, porque juzgan que esta creencia suya no les debe ser impuesta á ellos ni á nadie por otro motivo superior que el de su libre apreciacion. De suerte que, sin sentirlo ellos mismos, encuéntranse los tales con que el diablo les ha sustituído arteramente el principio sobrenatural de la fe por el principio naturalista del libre exámen. Con lo cual, aunque juzgan tener fe de las verdades cristianas, no tienen tal fe de ellas, sino simple humana conviccion, lo cual es esencialmente distinto.

Síguese de ahí que juzgan su inteligencia libre de creer ó de no creer, y juzgan asimismo libre la de todos los demás. En la incredulidad, pues, no ven un vicio, ó enfermedad, ó ceguera voluntaria del entendimiento, y más aún del corazon, sino un acto lícito de la jurisdiccion interna de cada uno, tan duc-

ño en eso de creer como en lo de no admitir creencia alguna. Por lo cual es muy ajustado á este principio el horror á toda presion moral ó física que venga por fuera á castigar ó prevenir la herejía, y de ahí su horror á las legislaciones civiles francamente católicas. De ahí el respeto sumo con que entienden deben ser tratadas siempre las convicciones ajenas, áun las más opuestas á la verdad revelada; pues para ellos son tan sagradas cuando son erróneas como cuando son verdaderas, ya que todas nacen de un mismo sagrado principio de libertad intelectual. Con lo cual se erige en dogma lo que se llama tolerancia, y se dicta para la polémica católica contra los herejes un nuevo código de leyes, que nunca conocieron en la antigüedad los grandes polemistas del Catolicismo.

Siendo esencialmente naturalista el concepto primario de la fe, síguese de eso que ha de ser naturalista todo el desarrollo de ella en el individuo y en la sociedad. De ahí al apreciar primaria, y á veces casi exclusivamente, á la Iglesia por las ventajas de cultura y de civilizacion que proporciona á los pueblos; olvidando y casi nunca citando para nada su fin primario sobrenatural, que es la glorificacion de Dios y salvacion de las almas. Del cual falso concepto aparecen enfermas varias de las apologías católicas que se escriben en la época presente. De suerte que, para los tales, si el Catolicismo por desdicha hubiese sido causa en algun punto de retraso material para los pueblos, ya no sería verdadera ni laudable en buena lógica tal Religion. Y cuenta que así podria ser, como indudablemente para algunos individuos y familias ha sido ocasion de verdadera material ruína el ser fieles á su Religion, sin que por eso dejase de ser ella cosa muy excelente y divina.

Este criterio es el que dirige la pluma de la mayor parte de los periódicos liberales, que si lamentan la demolicion de un templo, sólo saben hacer notar en eso la profanacion del arte; si abogan por las Ordenes religiosas, no hacen más que ponderar los beneficios que prestaron á las letras; si ensalzan á la Hermana de la Caridad, no es sino en consideracion á los humanitarios servicios con que suaviza los horrores de la guerra; si admiran el culto, no es sino en atencion á su brillo exterior y poesía; si en la literatura católica respetan las sagradas Escrituras, es fijándose tan sólo en su majestuosa sublimidad. De este modo de encarecer las cosas católicas únicamente por su grandeza, belleza, utilidad ó material excelencia, síguese en recta lógica que merece iguales encarecimientos el error cuando tales condiciones reuniere, como sin duda las reune aparentemente en más de una ocasion alguno de los falsos cultos.

Hasta á la piedad llega la maléfica accion de este principio naturalista, y la convierte en verdadero *pietismo*, es decir, en falsificacion de la piedad verdadera. Así lo vemos en tantas personas que no buscan en las prácticas devotas más que la emocion, lo cual es puro sensualismo del alma y nada más. Así aparece hoy dia en muchas almas enteramente desvirtuado el *ascetismo* cristiano, que es la purificacion del corazon por medio del enfrenamiento de los apetitos, y desconocido el *misticismo* cristiano, que no es la emocion, ni el interior consuelo, ni otra alguna de esas humanas golosinas, sino la union con Dios por medio de la sujecion á su voluntad santísima y por medio del amor sobrenatural.

Por eso es Catolicismo liberal, ó mejor, Catolicismo falso, gran parte del Catolicismo que se usa hoy entre

ciertas personas. No es Catolicismo, es mero Naturalismo, es Racionalismo puro; es Paganismo con lenguaje y formas católicas, si se nos permite la expresion.

VIII.

Sombra y penumbra, ó razon extrínseca de esta misma secta católico-liberal.

VISTA en el anterior capítulo la razon intrínseca, ó llámese formal, del Liberalismo católico, pasemos en el presente á examinar lo que podríamos llamar su razon extrínseca ó histórica, ó material, si les place más á nuestros lectores esta última calificacion escolástica.

Las herejías que estudiamos hoy, en el dilatado curso de los siglos que median entre la venida de Jesucristo y los tiempos en que vivimos, se nos presentan á primera vista como puntos clara y definidamente circunscritos en su respectivo período histórico, pudiéndose al parecer señalar, como con un compás, dónde empiezan y dónde acaban, ó sea la línea geométrica que separa estos puntos negros de lo restante del campo iluminado en que se extienden. Mas esta apreciacion, si bien se considera, no es más que ilusion de la distancia. Un más detenido estudio, que nos acerque con el catalejo de una buena crítica á aquellas épocas, y nos ponga en verdadero contacto intelectual con ellas, nos permite observar que nunca, en ninguno de esos períodos históricos, aparecen tan geométricamente definidos los límites que separan al error de la verdad, no en la realidad de ella, que ésta muy claramente formu-

lada la da la definacion de la Iglesia, sino en su aprehension y profesion externa, ó sea en el modo que ha tenido de negarla ó profesarla con más ó menos franqueza la respectiva generacion. El error en la sociedad es como una fea mancha en una tela de primoroso tejido. Se le ve claramente, pero cuesta precisar sus límites; son vagas sus fronteras, como los crepúsculos que separan el dia que muere de la noche que se avecina, y á su vez la noche que se va del renaciente dia. Preceden al error, que es negra sombra, y le siguen y le rodean unas como vagas penumbras, que pueden tomarse á veces por la misma sombra, iluminada todavía por alguno que otro reflejo de moribunda luz, ó como la misma luz á la que empañan y oscurecen ya las primeras sombras.

Así todo error claramente formulado en la sociedad cristiana tuvo en torno de sí otra como atmósfera del mismo error, pero menos denso y más tenue y mitigado. El Arrianismo tuvo su Semi-arrianismo; el Pelagianismo su Semi-pelagianismo; el Luteranismo feroz su Jansenismo, que no fué más que un Luteranismo moderado. Así, en la época presente, el Liberalismo radical tiene en torno de sí su correspondiente Semi-liberalismo, que otra cosa no es la secta católico-liberal que estamos aquí examinando. Es lo que llamó el *Syllabus* un racionalismo moderado; es el Liberalismo sin la franca crudeza de sus primeros principios al descubierto, y sin el horror de sus últimas consecuencias. Es el Liberalismo para el uso de los que no consienten todavía en dejar de parecer ó creerse catolicos. Es el Liberalismo, triste crepúsculo de la verdad que empieza á oscurecerse en el entendimiento, ó de la herejía que no ha llegado aún á tomar completa posesion de él. Obser-

vamos, en efecto, que suelen ser católicos liberales los católicos que van dejando de ser firmes católicos, y los liberales crudos que, desengañados en parte de su error, no han acabado de entrar todavía de lleno en los dominios de la íntegra verdad. Es además el medio sutil é ingeniosísimo que encontró siempre el diablo para retener por suyos á muchos que de otra manera hubieran aborecido de veras, á haberla bien conocido, su maquinacion infernal.

Este medio satánico es permitir que los tales tengan todavía un pié en el terreno de la verdad, á condicion de que el otro pié lo tengan ya completamente en el campo opuesto. Así evitan el saludable horror del remordimiento los todavía no encallecidos de conciencia; así, además, se libran de los compromisos que trae siempre toda resolucion decisiva los espíritus apocados y vacilantes, que son los más; así logran los aprovechados figurar, segun les conviene, un rato en cada campo, haciendo por aparecer en ambos como amigos y afiliados; así puede, finalmente, el hombre dar como un paliativo oficial y reconocido á la mayor parte de sus miserias, debilidades é inconsecuencias.

Tal vez no ha sido aún debidamente estudiada por este lado la presente cuestion en la historia antigua y contemporánea; lado que si es el menos noble, es por lo mismo el más práctico, ya que por desdicha en lo menos noble y levantado hay que buscar por lo comun el secreto resorte de la mayor parte de los fenómenos humanos. A nosotros nos ha parecido bien hacer aquí esta indicacion, dejando á más expertas y sutiles inteligencias el cuidado de ampliarla y desenvolverla por completo.

IX.

De otra distincion importante, ó sea del Liberalismo práctico y del Liberalismo especulativo ó doctrinal.

Enséñase en filosofía y en teología, que hay dos clases de ateísmo, uno doctrinal y especulativo, y otro práctico. Consiste el primero en negar franca y redondamente la existencia de Dios, pretendiendo anular ó desconocer las pruebas irrefragables en que se funda. Consiste el segundo en vivir y obrar sin negar la existencia de Dios, pero como si Dios realmente no existiese. Los primeros se llaman ateos teóricos ó doctrinales, los segundos ateos prácticos, y son los que abundan más.

Lo propio acontece con el Liberalismo y con los liberales. Hay liberales teóricos y liberales prácticos. Los primeros son los dogmatizadores de la secta: filósofos, catedráticos, diputados ó periodistas, que enseñan en sus libros, discursos ó artículos el Liberalismo; que defienden tal doctrina con argumentos y autoridades y con arreglo á un criterio racionalista, en oposicion embozada ó manifiesta con el criterio de la divina y sobrenatural revelacion de Jesucristo.

Los liberales prácticos son la gran mayoria del grupo, los borregos de él, que creen á pié juntillas lo que les dicen sus maestros, ó que sin creerlo siguen dóciles á quien les lleva, y siempre ajustados á su compás. Nada saben de principios ni de sistemas, y hasta quizá los detestarian si conocieran toda su deformidad; sin embargo, son las manos que obran, así como los teóricos son las cabezas que dirigen. Sin ellos no saldria el Liberalismo del recinto de las aca-

demias; ellos son los que le dan vida y movimiento exterior. Pagan el periódico liberal; votan el candidato liberal; apoyan las situaciones liberales, y vitorean á sus personajes y celebran sus fechas y aniversarios. Son la materia prima del Liberalismo, dispuesta á recibir cualquier forma y á servir siempre para cualquier barbaridad. Muchos de ellos iban á Misa y mataron á los frailes; más tarde asistian á novenas y daban carrera eclesiástica á sus hijos, y compraban fincas de la desamortizacion; hoy dia rezan tal vez el Rosario y votan al diputado librecultista. Hanse formado una como cierta ley de vivir con el siglo, y creen (ó quieren creer) que se va bien así. ¿Les exime esto de responsabilidad y culpa delante de Dios? No, por cierto, como verémos después.

Liberales prácticos son tambien los que, rehuyendo explanar la teoría liberal, que saben está ya desacreditada para ciertos entendimientos, procuran, no obstante, sostenerla en el procedimiento práctico de todos los dias, escribiendo y perorando á lo liberal; proponiendo y eligiendo candidatos liberales; elogiando y recomendando sus libros y personas; juzgando siempre de los sucesos con el criterio liberal; manifestando siempre odio tenaz á todo lo que tienda á desacreditar ó menoscabar su querido Liberalismo. Tal es la conducta de muchos periodistas *prudentes*, á quienes difícilmente se encontrará en delito de formular proposiciones concretamente liberales, pero que, sin embargo, en todo lo que dicen y en todo lo que callan no dejan de hacer la maldita propaganda sectaria. Es éste de todos los reptiles liberales el más venenoso.

X.

El Liberalismo de todo matiz y carácter, ¿ha sido formalmente condenado por la Iglesia?

Si; el Liberalismo en todos sus grados y aspectos ha sido formalmente condenado. Así que, además de las razones de malicia intrínseca que le hacen malo y criminal, tiene para todo fiel católico la suprema y definitiva declaracion de la Iglesia, que como á tal le ha juzgado y anatematizado. No podia permitirse que error de tal trascendencia dejase de ser incluído en el catálogo de los oficialmente reprobados, y lo ha sido en distintas ocasiones.

Ya al aparecer en Francia, en su primera Revolucion, la famosa *Declaracion de los derechos del hombre,* en que estaban contenidos en gérmen todos los desatinos del moderno Liberalismo, fué condenada esta Declaracion por Pio VI.

Más tarde, ampliada esta doctrina funesta, y aceptada por casi todos los Gobiernos de Europa, áun por los propios soberanos, que es una de las más horribles ceguedades que ofrece la historia de las monarquías, tomó en España el nombre con que en todas partes se le conoce hoy de Liberalismo.

Diéronsele las terribles contiendas entre realistas y constitucionales, que mutuamente se designaron desde luego con los apodos de *serviles* y *liberales*. De España se extendió á toda Europa esta denominacion. Pues bien; en lo más recio de la lucha, con ocasion de los primeros errores de Lamennais, publicó Gregorio XVI su Encíclica *Mirari vos,* condenacion explícita del Liberalismo, cual en aquella ocasion se

entendia y predicaba y practicaba por los Gobiernos constitucionales.

Mas, avanzando los tiempos y creciendo con ellos la avasalladora corriente de estas ideas funestas, y hasta tomando bajo el influjo de extraviados talentos la máscara de Catolicismo, deparó Dios á su Iglesia el Pontífice Pio IX, el cual con toda razon pasará á la historia con el dictado de *azote del Liberalismo*. El error liberal en todas sus faces y matices ha sido desenmascarado por este Papa. Para que más autoridad tuviesen sus palabras en este asunto, dispuso la Providencia que saliese la repetida condenacion del Liberalismo de labios de un Pontífice, al cual desde el principio se empeñaron en presentar como suyo los liberales. Después de él no le queda ya á este error subterfugio alguno á que acogerse. Los repetidos *Breves* y *Alocuciones* de Pio IX le han mostrado al pueblo cristiano tal cual es, y el *Syllabus* acabó de poner á su condenacion el último sello. Veamos el contenido principal de algunos de estos documentos pontificios. Sólo unos pocos citarémos entre muchísimos que se podrian citar.

En 18 de Junio de 1871, al contestar Pio IX á una Comision de católicos franceses, les habló así: «El ateísmo en las leyes, la indiferencia en materia de Religion y esas máximas perniciosas llamadas católico-liberales, éstas, sí, éstas son verdaderamente la causa de la ruína de los Estados, éstas lo han sido de la perdicion de la Francia. Creedme; el daño que os anuncio es más terrible que la Revolucion, y más aún que la *Commune*. Siempre he condenado el Liberalismo católico, y volveré cuarenta veces á condenarlo, si es menester.

En el Breve de 6 de Marzo de 1873 al Presidente y

socios del Círculo de san Ambrosio de Milan, se expresa de esta suerte: «No faltan algunos que intentan poner alianzas entre la luz y las tinieblas, y mancomunidad entre la justicia y la iniquidad á favor de las doctrinas llamadas católico-liberales, que basadas en perniciosísimos principios, muéstranse halagüeñas para con las invasiones de la potestad secular en los negocios espirituales, é inclinan los mismos á estimar, ó tolerar al menos, leyes inicuas, como si no estuviese escrito que nadie puede servir á dos señores. Los que tal hacen, de todo punto son más peligrosos y funestos que los enemigos declarados, no sólo en razon á que, sin que se les note y quizá tambien sin advertirlo ellos mismos, secundan las tentativas de los malos, sino tambien porque, encerrándose dentro de ciertos límites, se muestran con apariencias de probidad y sana doctrina para alucinar á los imprudentes amadores de conciliacion, y seducir á las gentes honradas que habrian combatido el error manifiesto.»

En el Breve de 8 de Mayo de igual año á la Confederacion de los Círculos católicos de Bélgica, dice: «Lo que sobre todo alabamos en esa vuestra religiosísima empresa, es la absoluta aversion que, segun noticias, profesais á los principios católico-liberales, y vuestro denodado intento de desarraigarlos de los mismos.. Verdaderamente, al emplearos en combatir ese insidioso error, tanto más peligroso que una enemistad declarada, cuanto más se encubre bajo el especioso velo del celo y caridad, y en procurar con ahinco apartar de él á las gentes sencillas, extirparéis una funesta raíz de discordias, y contribuiréis eficazmente á unir y fortalecer los ánimos. Seguramente vosotros, que con tan plena sumision acatais todos los

documentos de esta Sede Apostólica, cuyas reiteradas reprobaciones de los principios liberales os son conocidas, no habeis menester estas advertencias.»

En el Breve á *La Croix,* periódico de Bruselas, en 21 de Mayo de 1874, dice lo siguiente: «No podemos menos de elogiar el intento expresado en vuestra carta, y al cual hemos sabido que satisface plenamente vuestro periódico, de publicar, divulgar, comentar é inculcar en los ánimos todo cuanto esta Santa Sede tiene enseñado contra las perversas ó cuando menos falsas doctrinas profesadas en tantas partes, y señaladamente contra el Liberalismo católico, empeñado en conciliar la luz con las tinieblas y la verdad con el error.»

El 9 de Junio de 1873 escribia al Presidente y Consejo de la Asociacion católica de Orleans, y sin nombrarlo retrataba el Liberalismo pietista y moderado en los siguientes términos: «Aunque vuestra lucha haya de trabarse en rigor contra la impiedad, quizá por este lado no os amenaza riesgo tan grande como por el de ese grupo de amigos imbuídos en aquella doctrina ambigua, que mientras rehuye las últimas consecuencias de los errores, retiene obstinadamente sus gérmenes, y no queriendo ni abrazarse con la verdad íntegra, ni atreviéndose á desecharla por entero, afánase en interpretar las tradiciones y doctrinas de la Iglesia, ajustándolas al molde de sus privadas opiniones.»

Mas para no hacernos interminables y cansados, nos contentarémos con aducir las frases de otro Breve, el más expresivo de todos, y que por tal no lo podemos en conciencia omitir. Es el dirigido al Obispo de Quimper, en 28 de Julio de 1873. En él se dice lo siguiente, refiriéndose el Papa á la Asamblea gene-

ral de las Asociaciones católicas, que se acababa de celebrar en aquella diócesis: «Seguramente no se apartarán tales Asociaciones de la obediencia debida á la Iglesia ni por los escritos ni por los actos de los que con injurias é invectivas la persiguen; pero pudieran ponerla en la resbaladiza senda del error esas opiniones llamadas liberales, aceptas á muchos católicos, por otra parte hombres de bien y piadosos, los cuales por la influencia misma que les da su religion y piedad pueden muy fácilmente captarse los ánimos é inducirlos á profesar máximas muy perniciosas. Inculcad, por lo tanto, venerable Hermano, á los miembros de esa católica Asamblea, que Nos al increpar tantas veces, como lo hemos hecho, á los secuaces de esas opiniones liberales, no nos hemos referido á los declarados enemigos de la Iglesia, pues á éstos habria sido ocioso denunciarlos, sino á esos otros antes aludidos, que reteniendo el virus oculto de los principios liberales que han mamado con la leche, cual si no estuviese impregnado de palpable malignidad y fuese tan inofensivo como ellos piensan para la Religion, lo inoculan fácilmente en los ánimos, propagando así la semilla de esas turbulencias que tanto tiempo há traen revuelto al mundo. Procuren, pues, evitar estas emboscadas, y esfuércense en asestar sus tiros contra este insidioso enemigo, y ciertamente merecerán bien de la Religion y de la patria.»

Ya lo ven nuestros amigos y tambien nuestros adversarios: todo lo dice el Papa en esos Breves, particularmente en el último, que de un modo especial deben desmenuzar y estudiar.

XI.

De la última y más solemne condenacion del Liberalismo por medio del «Syllabus.»

Resumiendo cuanto ha dicho del Liberalismo el Papa en distintos documentos, podemos sólo indicar los siguientes durísimos epítetos con que en diferentes ocasiones le ha calificado. En efecto, en su Breve á Segur con motivo de su conocido libro *Hommage*, le llamó *pérfido enemigo;* en su alocucion al Obispo de Nevers, *verdadera calamidad actual;* en su carta al Círculo católico de San Ambrosio de Milan, *pacto entre la justicia y la iniquidad;* en este mismo documento le calificó de *más funesto y peligroso que un enemigo declarado;* en la citada carta al Obispo de Quimper, *virus oculto;* en el Breve á los de Bélgica, *error insidioso y solapado;* en otro Breve á Mons. Gaume, *peste perniciosísima.* Todos estos documentos se pueden leer íntegros en el citado libro de Segur, *Hommage aux catholiques libéraux.*

Sin embargo, podia con cierta apariencia de razon el Liberalismo recusar la autoridad de estas declaraciones pontificias, por haber sido todas ellas dadas en documentos de carácter meramente privado. La herejía es siempre tenaz y cavilosa, y se agarra á cualquier pretexto ó excusa para eludir la condenacion. Necesitábase, pues, un documento oficial, público, solemne, de carácter general, universalmente promulgado, y por tanto definitivo. La Iglesia no podia negar á la ansiedad de sus hijos esta formal y decisiva palabra de su soberano magisterio. Y la dió, y fué el *Syllabus* de 8 de Diciembre de 1864.

Acogiéronle todos los buenos católicos con entusiasmo igual á los paroxismos de furor con que le saludaron los liberales. Los católico-liberales creyeron más prudente herirle de soslayo con capciosas interpretaciones. Razon tenian unos y otros en reconocerle debida importancia. El *Syllabus* es un catálogo oficial de los principales errores contemporáneos, en forma de proposiciones concretas, tales como se encuentran en los autores más conocidos que los propalaron. En ellos se encuentran, pues, en detalle todos los que constituyen el dogmatismo liberal. Aunque en una sola de sus proposiciones se nombra al Liberalismo, lo cierto es que la mayor parte de los errores allí sacados á la picota son errores liberales, y por tanto de la condenacion separada de cada uno resulta la condenacion total del sistema. No harémos más que enumerarlos aquí rápidamente.

En la proposicion XV y en las LXXVII y LXXVIII se condena la libertad de cultos; el pase regio en la XX y XXVIII; la desamortizacion en las XXVI y XXVII; la supremacía absoluta del Estado en la XXXIX; el laicismo en la enseñanza pública en la XLV, XLVII y XLVIII; la separacion de la Iglesia y del Estado en la LV; el absoluto derecho de legislar sin Dios en la LVI; el principio de no intervencion en la LXII; el llamado derecho de insurreccion en la LXIII; el matrimonio civil en la LXXIII y alguna otra; la libertad de imprenta en la LXXIX; el sufragio universal como principio de autoridad en la LX; por fin, el mismo nombre de Liberalismo en la LXXX.

Varios libros se han escrito desde entonces para la exposicion clara y sucinta de cada una de estas proposiciones, y á ellos puédese acudir. Pero la interpretacion y comentario más autorizado se lo han

dado al *Syllabus* sus propios impugnadores, los liberales de todos matices, cuando nos lo han presentado siempre como su más odioso enemigo y como el símbolo más completo de lo que llaman clericalismo, ultramontanismo y reaccion. Satanás, que es malvado pero no tonto, vió muy claro á donde iba á parar derechamente golpe tan certero, y le ha puesto á tan grandioso monumento el sello más autorizado de todos después del de Dios: el de su profundo rencor. Creamos en esto al padre de la mentira; que lo que él aborrece y difama, lleva con esto solo, cierto y seguro testimonio de ser la verdad.

XII.

De algo que pareciendo Liberalismo no lo es, y de algo que lo es aunque no lo parezca.

Es gran maestro el diablo en artes y embelecos, y lo mejor de su diplomacia se ejerce en introducir en las ideas la confusion. La mitad de su poderío sobre los hombres perderia el maldito con que las ideas, buenas ó malas, apareciesen francas y deslindadas. Adviértase de paso que llamarle al diablo de esta manera no es moda hoy, tal vez porque el Liberalismo nos ha acostumbrado á tratar áun al señor diablo con cierto respeto. El diablo, pues, en tiempos de cismas y herejías, lo primero que procuró fué que se barajasen y trastocasen los vocablos, medio seguro para traer desde luego mareadas y al retortero la mayor parte de las inteligencias. Esto pasó con el Arrianismo, en términos que varios Obispos de gran santidad llegaron á suscribir en el Concilio de Milan una fórmula en que se condenaba al insigne Atana-

sio, martillo de aquella herejía. Y aparecerian en la historia como verdaderos fautores de ella si Eusebio Mártir, legado pontificio, no hubiese acudido á tiempo á desenredar de tales lazos lo que el Breviario llama *captivatam simplicitatem* de alguno de aquellos candorosos ancianos. Lo mismo sucedió con el Pelagianismo; lo mismo con el Jansenismo tiempo atrás; lo mismo acontece hoy con el Liberalismo.

Liberalismo son para unos las formas políticas de cierta clase; Liberalismo es para otros cierto espíritu de tolerancia y generosidad opuestos al despotismo y tiranía; Liberalismo es para otros la igualdad civil, salva la inmunidad y fuero de la Iglesia; Liberalismo es, en fin, para muchos una cosa vaga é incierta, que pudiera traducirse sencillamente por lo opuesto á toda arbitrariedad gubernamental. Urge, pues, volver á preguntar aquí: ¿Que es el Liberalismo? ó mejor, ¿qué no es?

En primer lugar, no son *ex se* Liberalismo las formas políticas de cualquier clase que sean, por democráticas ó populares que se las suponga. Cada cosa es lo que es. Las formas son formas, y nada más. Una república unitaria ó federal, democrática, aristocrática ó mixta; un gobierno representativo ó mixto, con más ó menos atribuciones del poder Real, ó con el máximum ó mínimum de rey que se quiera hacer entrar en la mixtura; la monarquía absoluta ó templada, hereditaria ó electiva, nada de eso tiene que ver *ex se* (repárese bien este *ex se*) con el Liberalismo. Tales Gobiernos pueden ser perfecta é íntegramente católicos. Como acepten sobre su propia soberanía la de Dios y reconozcan haberla recibido de Él, y se sujeten en su ejercicio al criterio inviolable de la ley cristiana, y dén por indiscutible en sus Parla-

mentos todo lo definido, y reconozcan como base del derecho público la supremacía moral de la Iglesia y el absoluto derecho suyo en todo lo que es de su competencia; tales Gobiernos son verdaderamente católicos, y nada les puede echar en cara el más exigente ultramontanismo, porque son verdaderamente ultramontanos. La historia nos ofrece repetidos ejemplos de poderosísimas repúblicas, fervorosísimas católicas. Ahí está la aristocrática de Venecia; ahí la mercantil de Génova y ciertos cantones suizos.

Como ejemplo de monarquías mixtas muy católicas podemos citar nuestra gloriosísima de Cataluña y Aragon, la más democrática y á la vez la más católica del mundo en los siglos medios; la antigua de Castilla hasta la casa de Austria; la electiva de Polonia hasta la inicua desmembracion de este religiosísimo reino. Es una preocupacion creer que las monarquías han de ser *ex se* más religiosas que las repúblicas. Precisamente los más escandalosos ejemplos de persecucion al Catolicismo los han dado en los tiempos modernos monarquías como la de Rusia y la de Prusia. Un Gobierno, de cualquier forma que sea, es católico si basa su Constitucion y legislacion y política en principios católicos; es liberal si basa su Constitucion, su legislacion y su política en principios racionalistas. No en que legisle el rey en la monarquía, ó en que legisle el pueblo en la república, ó en que legislen ambos en las formas mixtas, está la esencial naturaleza de una legislacion ó Constitucion; sino en que se haga ó no se haga todo bajo el sello inmutable de la fe y conforme á lo que manda á los Estados como á los individuos la ley cristiana. Así como en los individuos, lo mismo puede ser católico un rey con su púrpura, un noble con sus blasones ó

un trabajador con su blusa de algodon; de igual suerte los Estados pueden ser católicos, sea cual fuere la clasificacion que se les dé en el cuadro sinóptico de las formas gubernativas. De consiguiente, tampoco tiene que ver el ser liberal ó no serlo, con el horror natural que todo hombre debe profesar á la arbitrariedad y tiranía, con el deseo de la igualdad civil entre todos los ciudadanos, salva la eclesiástica inmunidad, y mucho menos con el espíritu de tolerancia y generosidad, que (en su debida acepcion) no son sino virtudes cristianas. Y sin embargo, todo esto en el lenguaje de ciertas gentes, y áun de ciertos periódicos, se llama Liberalismo. Hé aquí, pues, una cosa que, pareciendo Liberalismo, no lo es en manera alguna.

Hay en cambio alguna cosa que, no pareciéndose al Liberalismo, efectivamente lo es. Suponed una monarquía absoluta, como la de Rusia, ó como la de Turquía, si os parece mejor; ó suponed un Gobierno de los llamados conservadores de hoy, el más conservador que os sea dable imaginar, y suponed que tal monarquía absoluta ó tal Gobierno conservador tengan establecida su Constitucion y basada su legislacion, no sobre principios de derecho católico, ni sobre la indiscutibilidad de la fe, no sobre la rigurosa observancia del respeto á los derechos de la Iglesia, sino sobre el principio, ó de la voluntad libre del rey, ó de la voluntad libre de la mayoría conservadora... Tal monarquía y Gobierno conservador son perfectamente liberales y anticatólicos.

Que el librepensador sea un monarca, con sus ministros responsables, ó que lo sea un ministro responsable, con sus Cuerpos colegisladores, para el efecto es igual. En uno y otro caso anda aquélla in-

formada por el criterio librepensador, y de consiguiente liberal. Que tenga ó no tenga, por sus miras, aherrojada la prensa, que azote por cualquier nonada al país, que rija con vara de hierro á sus vasallos, podrá no ser libre aquel mísero país, pero será perfectamente liberal. Tales fueron los antiguos imperios asiáticos; tales varias modernas monarquías; tal el imperio aleman de hoy, como lo sueña Bismarck; tal la actual monarquía española, cuya Constitucion declara inviolable al monarca, pero no declara inviolable á Dios. Y hé aquí el caso de algo que pareciendo no ser Liberalismo, lo es sin embargo, y del más refinado y del más desastroso, por lo mismo que no tiene apariencia de tal.

Por donde se verá con qué delicadeza se ha de proceder cuando se tratan tales cuestiones. Es preciso ante todo definir los términos del debate y evitar el equívoco, que es lo que más favorece al error.

XIII.

Notas y comentarios á la doctrina expuesta en el capítulo anterior.

HEMOS dicho que no son *ex se* liberales las formas democráticas ó populares, puras ó mixtas, y creemos haberlo suficientemente probado. Sin embargo, esto que especulativamente hablando, ó sea en abstracto, es una verdad; no lo es tanto *in praxi*, ó sea en el órden de los hechos, al que principalmente debe andar siempre atento el propagandista católico.

En efecto; á pesar de que, consideradas en sí mismas, no son liberales tales formas de gobierno; lo

son en nuestro siglo, dado que la Revolucion moderna, que no es otra cosa que el Liberalismo en accion, no nos las presenta más que basadas en sus erróneas doctrinas. Así que muy cuerdamente el vulgo, que entiende poco de distingos, califica de Liberalismo todo lo que en nuestros dias se le presenta como reforma democrática en el gobierno de las naciones; porque, áun cuando por la natural esencia de las ideas no lo sea, *de hecho* lo es. Y por tanto discurrian con singular tino y acierto nuestros padres cuando rechazaban como contraria á su fe la forma constitucional ó representativa, prefiriendo la monarquía pura que en los últimos siglos era el gobierno de España. Porque cierto natural instinto decia, áun á los menos avisados, que las nuevas formas políticas, en sí inofensivas como tales formas, venian impregnadas del principio herético liberal, por lo que hacian muy bien en llamarlas liberales; de igual suerte que la monarquía pura, que de sí podia ser muy impía y áun herética, se les presentaba como forma esencialmente católica, pues desde muchos siglos atrás venian recibiéndola los pueblos informada con el espíritu del Catolicismo.

Erraban, pues, *ideológicamente* hablando, nuestros realistas, que identificaban la Religion con el antiguo régimen político, y reputaban impíos á los constitucionales; pero acertaban, *prácticamente* hablando, porque en lo que se les queria presentar como mera forma política indiferente veían ellos, con el claro instinto de la fe, envuelta la idea liberal. Esto sin contar con que los corifeos y sectarios del bando liberal hicieron todo lo posible, con blasfemias y atentados, para que no desconociese el verdadero pueblo cuál era en el fondo la significacion de su odiosa bandera.

Tampoco es rigurosamente exacto que las formas políticas sean indiferentes á la Religion, aunque ésta las acepte todas. El sano filósofo las estudia y analiza, y sin condenar alguna, no deja de manifestar preferencia por las que más á salvo dejan el principio de autoridad, que está basado principalmente en la unidad. Con lo cual dicho se está que la forma más perfecta de todas es la monarquía, que es la que más se asemeja al gobierno de Dios y de la Iglesia. Así como la más imperfecta es la república por la inversa razon. La monarquía exige la virtud de un hombre solo, y la república exige la virtud de la mayoría de los ciudadanos. Es, pues, lógicamente hablando, más irrealizable el ideal republicano que el ideal monárquico. Este es más humano que aquél, porque exige menos perfeccion humana y se acomoda más á la rudeza y vicios de la generalidad.

Mas para el católico de nuestro siglo la mayor de todas las razones para prevenirle en contra de los gobiernos de forma popular, debe ser el afan constante con que en todas partes ha procurado implantarlos la Masonería. Por intuicion maravillosa ha conocido el infierno que éstos eran los sistemas mejor conductores de su electricidad, y que ningunos podrán servirle más á su gusto. Es, pues, indudable que un católico debe mirar como sospechoso todo lo que en este concepto le predica como más acomodado á sus miras la Revolucion; y que, por tanto, todo lo que la Revolucion acaricia y pregona con el nombre de Liberalismo, hará bien en mirarlo él como tal Liberalismo, aunque sólo de formas se trate; pues tales formas no son en este caso más que el envase ó envoltura con que se quiere que admita en casa el contrabando de Satanás.

XIV.

Si en vista de esto es lícito ó no al buen católico aceptar en buen sentido la palabra «Liberalismo,» y asimismo en buen sentido gloriarse de ser liberal.

Permítasenos sobre esto trasladar aquí íntegro un capítulo de otra obrita nuestra *(Cosas del dia)*, en que se da contestacion á esta singular consulta: Dice así:

«¡Válgame Dios, amigo mio, con las palabritas Liberalismo y liberal! Andas realmente enamorado de ellas, y tráete ciego el amor como á todos los enamorados. ¿Qué inconvenientes tiene su uso? Tantos tiene para mí, que en él llego á ver hasta materia de pecado. No te asustes, sino escúchame con paciencia. Vas á entenderme pronto y sin dificultad. Es indudable que la palabra Liberalismo tiene en Europa en el presente siglo significacion de cosa sospechosa y que no concuerda del todo con el verdadero Catolicismo. No me dirás que planteo el problema en términos exagerados. Efectivamente, Me has de conceder que en la acepcion ordinaria de la palabra, Liberalismo y Liberalismo católico son cosas reprobadas por Pio IX. Prescindamos por ahora de los pocos ó muchos que pretenden poder continuar profesando un cierto Liberalismo, que en el fondo quizá no lo sea. Pero lo cierto es que la corriente liberal en Europa y América, en el siglo XIX en que escribimos, es anticatólica y racionalista. Pasa revista al mundo. Mira qué significa partido liberal en Bélgica, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Holanda, en Austria, en Italia, en las repúblicas hispano-americanas y en las

nueve décimas partes de la prensa española. Pregunta á todos qué significa, en el idioma comun, criterio liberal, corriente liberal, atmósfera liberal, etc., y mira si de los hombres que se dedican á estudios políticos y sociales en Europa y América, los noventa y nueve por ciento no entienden por Liberalismo el puro y crudo racionalismo aplicado á la ciencia social.

«Ahora bien. Por más que tú y unas cuantas docenas más de caballeros particulares os empeñeis en dar un sentido de cosa indiferente á lo que la corriente general ha sellado ya con el sello de cosa anticatólica, es lo cierto que el uso, árbitro y norma suprema en materia de lenguaje, sigue teniendo al Liberalismo como bandera contra el Catolicismo. Por consiguiente, aunque con mil distingos y salvedades y sutilezas logres formarte para tí solo un Liberalismo que nada tenga de contrario á la fe, en la opinion de los más, desde que te llames liberal, pertenecerás como todos á la gran familia del Liberalismo europeo, tal como todos lo entienden; tu periódico, si lo redactas, y lo llamas liberal, será en la comun creencia un soldado más entre los que bajo esta divisa combaten de frente ó por el flanco á la Iglesia católica. En vano será que te excuses alguna que otra vez. Estas excusas y explicaciones no las puedes dar todos los dias, que fuera cosa asaz pesada; en cambio, la palabra liberal has de usarla en cada párrafo; serás, pues, en la comun creencia nada más que un soldado como tantos otros que militan bajo esta divisa, y por más que en tus adentros seas tan católico como el Papa (como de eso se jactan algunos liberales), lo cierto es que en el movimiento de las ideas, en la marcha de los sucesos, influirás como liberal,

y áun á pesar tuyo, serás un satélite que no podrás menos que moverte dentro la órbita general en que gira el Liberalismo. ¡Y todo por una palabra! ¡Vea V., no más que por una palabra! Sí, amigo mio. Esto sacarás de llamarte liberal y de llamar liberal á tu periódico. Desengáñate. El uso de la palabra te hace casi siempre y en gran parte solidario de lo que se ampara á su sombra. Y lo que á su sombra se ampara, ya lo ves y no me lo has podido negar, es la corriente racionalista. Escrúpulo tendria yo, pues, en mi conciencia de aceptar esta solidaridad con los enemigos de Jesucristo.

«Vamos á otra reflexion. Es tambien indudable que de los que leen tus periódicos y oyen tus conversaciones, pocos están en el caso de poder hilar tan delgado como tú en materia de distinciones entre Liberalismo y Liberalismo. Es, pues, evidente que una gran parte tomará la palabra en el sentido general, y creerá que la empleas en igual sentido. Tú no tendrás esta intencion, pero contra tus intenciones producirás este resultado, adquirir adeptos al error racionalista. Díme ahora, pues, ¿sabes lo qué es escándalo? ¿sabes lo qué es inducir al prójimo á error con palabras ambiguas? ¿sabes lo que es, por cariño más ó menos justificado á una palabra, sembrar dudas, desconfianzas, hacer vacilar en la fe á las inteligencias sencillas? Yo, á fuer de moralista católico, veo en esto materia de pecado, y si no te abona una suma buena fe ó algun otro atenuante, materia de pecado mortal. Óyeme una comparacion. Sabes que ha nacido casi en nuestros dias una secta que se llama de los viejos católicos. Ha tenido la humorada de llamarse así, y paz con todos. Haz cuenta, pues, que yo, que por la gracia de Dios, aunque

pecador, soy católico, y por añadidura soy de los más viejos, porque mi Catolicismo data del Calvario y del cenáculo de Jerusalen, que son fechas muy viejas; haz cuenta, digo, que fundo un periódico más ó menos ambiguo, y le llamo con todas las letras *Diario viejo católico*. ¿Diré mentira? No, porque lo soy en el buen sentido de la palabra. Pero ¿á qué, me dirás tú, adoptar un título mal sonante, que es divisa de un cisma, y que dará lugar á que crean los incautos que soy cismático, y á que tengan un alegron los viejos católicos de Alemania, creyendo que acá les ha nacido un nuevo cofrade? ¿á qué, me dirás, escandalizar á los sencillos?—Pero yo lo digo en buen sentido.—Es verdad, pero ¿no seria mejor no dar lugar á que se crea que lo dices en sentido malo?

«Hé aquí, pues, lo que diria yo á quien se empeñase en sostener todavía como inofensivo el dictado de liberal, que es objeto de tantas reprobaciones por parte del Papa, y de tanto escándalo por parte de los verdaderos creyentes. ¿A qué hacer gala de títulos que necesitan explicacion? ¿A qué suscitar sospechas que luego hay que apresurarse á desvanecer? ¿A qué contarse en el número de los enemigos y hacer gala de su divisa, si en el fondo se es de los amigos?

«¡Que las palabras, dices, no tienen importancia! Más de lo que te figuras, amigo mio. Las palabras vienen á ser la fisonomía exterior de las ideas, y tú sabes cuán importante es á veces en un asunto su buena ó mala fisonomía. Si las palabras no tuviesen importancia alguna, no cuidarian tanto los revolucionarios de disfrazar al Catolicismo con feas palabras; no andarian llamándole á todas horas oscurantismo, fanatismo, teocracia, reaccion, sino pura y

sencillamente Catolicismo, ni harian ellos por engalanarse á todas horas con los hermosos vocablos de libertad, progreso, espíritu del siglo, derecho nuevo, conquistas de la inteligencia, civilizacion, luces, etc., sino que se dirian siempre con su propio y verdadero nombre : *Revolucion.*

«Lo mismo ha pasado siempre. Todas las herejías han empezado por ser juego de palabras, y han acabado por ser lucha sangrienta de ideas. Y algo de esto debió ya pasar en tiempo de san Pablo, ó previó el bendito Apóstol que pasaria en los tiempos futuros, cuando dirigiendose á Timoteo (*I ad Timot.* VI, c. 20, le exhorta á vivir prevenido, no sólo contra la falsa ciencia, *oppositiones falsi nominis scientiæ,* sino contra las simples novedades en la expresion ó palabra, *profanas vocum novitates.* ¿Qué diria hoy el Doctor de las gentes si viese á ciertos católicos adornarse con el adjetivo de liberales, en oposicion á los que se llaman simplemente con el apellido antiguo de la familia, y desentenderse de las repetidas reprobaciones que sobre esta profana novedad de palabras ha lanzado con tanta insistencia la Cátedra apostólica? ¿Qué diria al verles añadir á la palabra inmutable Catolicismo, ese feo apéndice que no conoció Jesucristo, ni los Apóstoles, ni los Padres, ni los Doctores, ni ninguno de los maestros autorizados que constituyen la hermosa cadena de la tradicion cristiana?

«Medítalo, amigo mio, en tus intervalos lúcidos, si alguno te concede la ceguedad de tu pasion, y conocerás la gravedad de lo que á primera vista te parece mera cuestion de palabras. Nó, no puedes ser católico-liberal, ni puedes llamarte con este nombre reprobado, aunque por medio de sutiles cavilaciones

llegues á encontrar un medio secreto de conciliarlo con la integridad de la fe. Nó; te lo prohibe la caridad cristiana, esta santa caridad que estás á todas horas invocando, y que, segun comprendo, es en tí sinónima de la tolerancia revolucionaria. Y te lo prohibe la caridad, porque la primera condicion de la caridad es que no haga traicion á la verdad, que no sea lazo para sorprender la buena fe de tus hermanos menos avisados. Nó, amigo mio, nó; no puedes llamarte liberal.»

Y nada más nos ocurre decir aquí sobre este punto, completamente resuelto para un hombre de buena fe. Además de que hoy los mismos liberales hacen ya menos uso que antes de este apellido; tan gastado y desacreditado anda él, por la misericordia de Dios. Más frecuente es todavía encontrar hombres que, renegando cada dia y cada hora del Liberalismo, le tengan aún metido hasta los tuétanos, y no sepan escribir y hablar y obrar sino inspirados por él. Estos son en el dia los más de temer.

XV.

Una observacion sencillísima que acabará de poner en su verdadero punto de vista la cuestion.

Mil veces me he hecho una reflexion que no sé cómo no les ha ocurrido cada dia á los liberales *de buena fe,* si alguno hay que merezca aún esta caritativa atenuacion de su feo apellido. Es la siguiente.

Tiene hoy todavía el mundo católico en justo y merecido concepto de impiedad el calificativo de *librepensador,* aplicado á cualquier persona, periódico ó

institucion. Academia librepensadora, sociedad de librepensadores, periódico escrito con criterio librepensador, son todavía frases horripilantes y que les ponen los pelos en punta á la mayor parte de nuestros hermanos, áun á los que afectan más desvío por la feroz intransigencia ultramontana. Y sin embargo, véase lo que son las cosas y cuán necia importancia se da por lo comun á meras palabras. Persona, asociacion, libro ó Gobierno á los que no preside en materias de fe y moral el criterio *único* y *exclusivo* de la Iglesia católica, son liberales. Y se reconoce que lo son, y se honran ellos con serlo, y nadie se escandaliza con eso más que nosotros, los fieros intransigentes. Cambiad, empero, la palabra; llamadlos librepensadores. Al punto os rechazan el epíteto como una calumnia, y gracias si no os piden satisfaccion por el insulto. Pero qué, amigos mios, *cur tam varie?* ¿No habeis rechazado de vuestra conciencia, de vuestro gobierno ó de vuestro periódico ó academia el *veto absoluto* de la Iglesia? ¿No habeis erigido en criterio fundamental de vuestras ideas y resoluciones la razon libre?

Pues, decís bien: sois liberales, y nadie os puede regatear este dictado. Pero, sabedlo: sois con eso librepensadores, aunque os sonroje tal denominacion. Todo liberal, de cualquier grado ó matiz que sea, es, *ipso facto*, librepensador. Y todo librepensador, por odiosa que sea y áun ofensiva á las conveniencias sociales esta denominacion, no pasa de ser un lógico liberal. Es doctrina precisa y exácta, como de matemáticas, y no tiene vuelta de hoja, como se suele decir.

Aplicaciones prácticas. Sois católico más ó menos condescendiente ó resabiado, y perteneceis, por ma-

los de vuestros pecados, á un Ateneo liberal. Recogeos un momento, y preguntaos: ¿Seguiria perteneciendo yo á ese Ateneo si mañana se declarase pública y paladinamente *Ateneo librepensador?* ¿Qué os dicen la conciencia y la vergüenza? Que nó. Pues mandad que os borren de las listas de ese Ateneo, porque no podeis, como católico, pertenecer á él.

Teneis un periódico, y lo leeis y dais á leer á los vuestros sin escrúpulo, á pesar de que se llama y discurre como liberal. ¿Seguiríais suscrito á él si de repente apareciese en su primera página el título de *periódico librepensador?* Paréceme que de ninguna manera. Pues cerradle desde luego las puertas de vuestra casa; el tal liberal, manso ó fiero, años há que era ni más ni menos que librepensador.

¡Ah! ¡De cuántas preocupaciones nos corregiríamos con sólo fijar un poco la atencion en el significado de las palabras! Toda asociacion científica, literaria ó filantrópica, liberalmente constituída, es asociacion librepensadora. Todo Gobierno, liberalmente organizado, es gobierno librepensador. Todo libro ó periódico, liberalmente escrito, es periódico ó libro de librepensadores. Hacer asco á la palabra y no hacerlo á la realidad por ella representada es manifiesta obcecacion. Piénsenlo bien aquellos de nuestros hermanos que, sin escrúpulo alguno de su ó endurecida ó demasiado blanda y acomodaticia conciencia, forman parte de Círculos, Certámenes, Redacciones, Gobiernos ú otra clase cualquiera de instituciones erigidas con entera independencia del magisterio de la fe. Tales instituciones son liberales y son por lo mismo librepensadoras. Y á una agrupacion librepensadora no puede pertenecer católico alguno, sin dejar de serlo por el mero hecho de aceptar como suyo

el criterio librepensador de la agrupacion consabida. Luego tampoco puede pertenecer á una agrupacion liberal.

¡Cuántos católicos, no obstante, sirven muy buenamente al diablo en obras de este jaez! ¿Se van convenciendo ahora de cuán perversa cosa es el Liberalismo, y de cuán merecido es el horror con que debe mirar un buen católico las cosas liberales, y de cuán justificada es y natural nuestra feroz intolerancia ultramontana?

XVI.

¿Cabe hoy en lo del Liberalismo error de buena fe?

He hablado arriba de liberales de buena fe, y me he permitido cierta frase de duda sobre si hay ó no hay *in rerum natura* algun tipo de esta rarísima familia. Inclínome á creer que pocos hay, y que apenas cabe hoy dia en la cuestion del Liberalismo ese error de buena fe, que podria alguna vez hacer excusable su profesion. No negaré en absoluto que tal ó cual caso excepcional puede darse, pero ha de ser verdaderamente caso fenomenal.

En todos los períodos históricos dominados por una herejía se han dado casos frecuentísimos de algun ó algunos individuos que, á pesar suyo, arrollados en cierta manera por el torrente invasor, se han encontrado participantes de la herejía, sin que se pueda explicar tal participacion más que por una suma ignorancia ó buena fe.

Forzoso es, no obstante, convenir en que si algun error se presentó jamás con ningunas apariencias que le hiciesen excusable, fué este del Liberalismo.

La mayor parte de las herejías que han asolado el campo de la Iglesia procuraron encubrirse con disfraces de afectada piedad, que disimulasen su maligna procedencia. Los Jansenistas, más hábiles que ningun otro de sus antecesores, llegaron á tener adeptos en gran número, á quienes faltó poco para que el vulgo ciego tributase los honores sólo debidos á la santidad. Su moral era rígida, sus dogmas tremendos, el aparato exterior de sus personas ascético y hasta iluminado. Añádase que la mayor parte de las antiguas herejías versaron sobre puntos muy sutiles del dogma, sólo discernibles por el hábil teólogo, y en que no podia por sí propia formar criterio la indocta multitud, como no fuese sometiéndose confiada al criterio de sus maestros reconocidos. Por donde, era natural que caído en el error el superior jerárquico de una diócesis ó provincia, cayesen con él igualmente la mayor parte de sus subordinados que tenian depositada en su Pastor la mayor confianza; máxime cuando las comunicaciones, en otro tiempo menos fáciles con Roma, hacian menos accesible á toda la grey cristiana la voz nunca errada del Pastor universal. Esto explica la difusion de muchas antiguas herejías, que nos permitirémos calificar de meramente teológicas; esto da la razon de aquel angustioso grito con que exclamaba san Jerónimo en el siglo IV, cuando decia: *Ingemuit universus orbis se esse arianum:* «Gimió el mundo entero asombrado de encontrarse arriano.» Y esto hace comprender cómo en medio de los mayores cismas y herejías, como son los actuales de Rusia é Inglaterra, es posible tenga Dios muchas almas suyas en quienes no está extinguida la raiz de la verdadera fe, por más que ésta, en su profesion externa, aparezca deforme y viciada. Las

cuales, unidas al cuerpo místico de la Iglesia por el Bautismo, y á su alma por la gracia interior santificante, pueden llegar á ser con nosotros partícipes del reino celestial.

¿Acontece esto con el Liberalismo? Presentóse envuelto con el disfraz de meras formas políticas; pero éste fué ya desde el principio tan transparente, que muy ciego hubo de ser quien no le adivinó al ruin disfrazado toda su perversidad. No supo contenerse en los embozos de la mojigatería y del pietismo con que le envolvia alguno que otro de sus panegiristas; rompió al momento por todo, y anunció con siniestros resplandores su abolengo infernal. Saqueó iglesias y conventos; asesinó Religiosos y clérigos, dió rienda suelta á toda impiedad; hasta en las imágenes más venerandas cebó su odio de condenado. Acogió al momento bajo su bandera á toda la hez social; fué su precursora y aposentadora en todas partes la corrupcion calculada.

No eran dogmas abstractos y metafísicos los nuevos que predicaba en sustitucion de los antiguos; eran hechos brutales que bastaba tener ojos para verlos y simple buen sentido para abominarlos. Gran fenómeno se vió en esta ocasion, y que se presta mucho á sérias meditaciones. El pueblo sencillo é iliterato, pero honrado, fué el más refractario á la novedad. Los grandes talentos corrompidos por el filosofismo fueron los primeros seducidos. El buen sentido natural de los pueblos hizo justicia en seguida á los atrevidos reformadores. En esto, como en todo, se confirmó que veían más claro, nó los listos de entendimiento, sino los limpios de corazon. Y si esto podia decirse del Liberalismo en sus albores, ¿qué no se podrá decir hoy de él, cuando tanta luz se ha he-

cho sobre su odioso proceso? Nunca error alguno tuvo en contra sí más severas condenaciones de la experiencia, de la historia y de la Iglesia. Al que no quiera creer á ésta como buen católico, han de forzarle aquéllas á que se convenza como hombre de mera honradez natural.

El Liberalismo en menos de cien años de reinar en Europa ha dado ya de sí todos sus frutos; la generacion presente está recogiendo los últimos, que traen harto amargado su paladar y perturbada su tranquila digestion. El argumento del divino Salvador que nos encarga juzgar del árbol por sus frutos, rara vez tuvo aplicacion más oportuna.

Por otra parte, ¿no se vió muy claro desde el principio cuál era el parecer de la Iglesia ante la nueva reforma social? Algunos desdichados ministros de ella fueron arrastrados por el Liberalismo á la apostasía; este era el primer dato con que habian de juzgar los simples fieles de una doctrina que tales prosélitos arrastraba. Pero el conjunto de la jerarquía, ¿cuándo no fué reputado con gran razon como enemigo del Liberalismo? ¿Qué significa el dictado de *clericalismo* con que se ha honrado por los liberales á la escuela más tenaz enemiga de sus doctrinas, sino una confesion de que la Iglesia docente fué siempre enemiga de ellas? ¿Por qué se ha tenido al Papa? ¿Por qué á los Obispos y curas? ¿Por qué á los frailes de todo color? ¿Por qué al comun de las gentes de piedad y de sana conducta? Por clericales siempre, es decir, por antiliberales. ¿Cómo puede, pues, nadie alegar buena fe en un asunto en que aparece tan claramente deslindada la corriente ortodoxa de la que no lo es? Así los que comprenden claramente la cuestion, pueden ver las razones intrínsecas de ella;

los que no la comprenden tienen de sobra autoridad extrínseca para formar juicio cabal, como debe formarlo en todas las cosas que se rozan con su fe un buen cristiano. Luz no ha faltado, por la misericordia de Dios; lo que ha sobrado son indocilidad, intereses bastardos, deseo de ancha vida. No engañó aquí la seduccion que deslumbra al entendimiento con falso resplandor, sino la que le oscurece ensuciando con negros vapores el corazon.

Creemos, pues, que salvas muy raras excepciones, sólo grandes esfuerzos de ingeniosísima caridad pueden hacer que, discurriendo segun rectos principios de moral, se admita hoy en el católico la excusa de buena fe en el asunto del Liberalismo, particularmente en los liberales teóricos.

XVII.

De varios modos con que sin ser liberal un católico puede hacerse no obstante cómplice del Liberalismo.

Danse varios modos con que, sin ser precisamente liberal, puede un católico hacerse cómplice del Liberalismo. Y hé aquí un punto todavía más práctico que el anterior, y acerca del cual debe estar muy ilustrada y prevenida la conciencia del fiel cristiano en estos tiempos.

Sabido es que hay pecados de los cuales nos hacemos reos, digámoslo así, nó por verdadera y directa comision de ellos, sino por mera complicidad ó connivencia con sus autores. Siendo de tal naturaleza esta complicidad, que llega muchas veces á igualar en gravedad á la accion pecaminosa directamente come-

tida. Puede, pues, y debe aplicarse al pecado de Liberalismo cuanto sobre este punto de la complicidad enseñan los tratadistas de Teología moral. Nuestro objeto no es más que dejar apuntados aquí brevemente los principales modos con que acerca del Liberalismo se suele contraer hoy dia esta complicidad.

1.° Afiliándose formalmente á un partido liberal. Es la complicidad mayor que puede darse en esta materia, y apenas se distingue de la accion directa á que se refiere. Muchos hay que, en su claro juício, ven toda la falsedad doctrinal del Liberalismo, y conocen sus siniestros propósitos y abominan su detestable historia. Mas, ó por tradicion de familia, ó por heredados rencores, ó por esperanzas de medro personal, ó por consideracion á favores recibidos, ó por temor á perjuícios que les puedan sobrevenir, ó por otra causa cualquiera, aceptan un puesto en el partido que tales doctrinas sustenta y tales propósitos abriga, y permiten se les cuente públicamente entre sus individuos y se honran con su apellido y trabajan bajo su bandera Estos desdichados son los primeros cómplices, los grandes cómplices de todas las iniquidades de su partido; áun sin conocerlas detalladamente, son verdaderos coautores de ellas y participan de su inmensa responsabilidad. Así hemos visto en nuestra patria á hombres *muy de bien,* excelentes padres de familia, honrados comerciantes ó artesanos, figurar en partidos que traen en su programa usurpaciones y rapiñas, que ninguna honradez humana puede justificar. Son, pues, ante Dios responsables de este atentado como el tal partido que los cometió, siempre que el tal partido los considere, no como hecho accidental, sino como lógico proce-

imiento suyo. La honradez de tales sujetos sólo sirve de hacer más grave esta complicidad. Porque es claro que si un partido malo no se compusiera más que de malvados, no habria gran cosa que temer de él. Lo horrible ès el prestigio que á un partido malo dan las personas relativamente buenas que le honran y recomiendan con figurar en sus filas.

2.° Aun sin estar formalmente afiliados á un partido liberal, antes haciendo pública protesta de no pertenecer á él, contraen tambien complicidad liberal los que manifiesten por él públicas simpatías, elogiando sus personajes, defendiendo ó excusando sus periódicos, tomando parte en sus festejos. La razon es evidente. El hómbre, sobre todo si vale algo por su talento ó posicion, hace mucho en favor de cualquier idea con sólo mostrarse en relaciones más ó menos benévolas con sus fautores. Da más con el obsequio de su prestigio personal, que si diese dinero, armas ó cualquier otro material auxilio. Así, por ejemplo, honrar un católico, sobre todo si es sacerdote, á un periódico liberal con su colaboracion, es manifiestamente favorecerle con el prestigio de su firma, aunque con ella no se defienda la parte mala del periódico, aunque con ella se disienta de esta misma parte mala. Se dirá tal vez que con escribir allí se logra hacer oir la voz del bien por muchos que en otro periódico no la escucharian. Es verdad; pero tambien la firma del hombre bueno sirve allí de abonar tal periódico á la vista de los lectores poco hábiles en distinguir las doctrinas de un redactor de las de su vecino; y así, lo que se pretendia fuese contrapeso y compensacion del mal, se convierte para la generalidad en efectiva recomendacion de él. Mil veces lo hemos oído: «¿Malo es tal periódico? Pues

¿no escribe en él D. Fulano de Tal?» Así discurre el vulgo, y vulgo somos casi la totalidad del género humano. Por desgracia es frecuentísima en nuestros dias esta complicidad.

3.° Se comete verdadera complicidad votando candidatos liberales, y esto aunque no se voten por la razon de tales, sino por opiniones económicas ó administrativas, etc., de aquel diputado. Por más que en una cuestion de éstas puede estar conforme tal diputado con el Catolicismo, es evidente que en las demás cuestiones ha de hablar y votar segun su criterio herético; y se hace cómplice de sus herejías el que le puso en el caso de que fuése á escandalizar con ellas el país.

4.° Es complicidad estar suscrito al periódico liberal ó recomendarlo en el periódico sano por falsa razon de compañerismo, ó lamentar por análoga razon de falsa cortesia, su cese ó suspension. Ser suscritor de un periódico liberal, es dar dinero para fomentar el Liberalismo; más aún, es ocasionar que otro incauto se decida á leerlo viendo que vos lo tomais; es, además, propinar á la familia y á los amigos de la casa una lectura más ó menos envenenada. ¡Cuántos periódicos malos debieran desistir de su ruin y maléfica propaganda, si no los apoyasen ciertos bonachones suscritores! Lo mismo decimos de la frase de cajon entre periodistas: *nuestro estimado colega,* ó la otra de desearle *abundante suscricion,* ó la más comun de *sentimos el percance de nuestro compañero,* tratándose respectivamente de la primera salida ó de la suspension de un periódico liberal. No debe haber estos compadrazgos entre soldados de tan opuesta bandera como lo son la de Dios y la de Satanás. Al cesar ó ser suspendido un periódico de

éstos, deben darse gracias á Dios porque tenga Su Divina Majestad un enemigo menos: al anunciarse su aparicion debe, no saludarse ésta, sino lamentarse como una calamidad.

5.° Complicidad es administrar, imprimir, vender, repartir, anunciar ó subvencionar tales periódicos ó libros, aunque sea haciéndolo á la vez con los buenos, aunque sea por mera profesion industrial, aunque sea como medio material de ganar el diario sustento.

6.° Es complicidad en los padres de familia, directores espirituales, dueños de talleres, catedráticos y maestros, callar cuando son preguntados sobre estas cosas; ó simplemente no explicarlas cuando tienen obligacion, para ilustrar las conciencias de sus subordinados.

7.° Es complicidad á veces ocultar la conviccion propia buena, dando lugar á que se sospeche que se tiene mala. No se olvide que hay mil ocasiones en que es obligacion del cristiano dar público testimonio de la verdad, áun sin ser formalmente requerido.

8.° Es complicidad comprar fincas sagradas ó de beneficencia sin el beneplácito de la Iglesia, aunque las saque á pública subasta la desamortizacion; como no se compren para devolverlas á su legítimo dueño. Es complicidad redimir censos eclesiásticos sin permiso del verdadero señor de ellos, aunque se presente muy lucrativa la operacion. Es complicidad intervenir como agente en tales compras y ventas, publicar los anuncios de subastas, practicar corredurías, etc. Todos estos actos traen además consigo obligacion de restituir en la proporcion de lo que con ellos se ha contribuído al inicuo despojo.

9.° Es en algun modo complicidad prestar la casa propia para actos liberales ó cederla en alquiler para ellos, como por ejemplo, para casinos patrióticos, escuelas laicas, clubs, redacciones de periódicos liberales, etc.

10. Es complicidad celebrar fiestas cívicas ó religiosas por actos notoriamente liberales ó revolucionarios; asistir voluntariamente á dichas fiestas; celebrar exequias patrióticas que tienen más de significacion revolucionaria que de sufragio cristiano; pronunciar discursos fúnebres en elogio de difuntos notoriamente liberales; adornar con coronas y cintas sus sepulcros, etc. ¡Cuántos incautos han flaqueado en su fe por estas causas!

Estas indicaciones hacemos, abarcando sólo lo más comun en esta materia. Las complicidades pueden ser de variedad infinita, como los actos de la vida del hombre, que son, por lo infinitos, inclasificables. Grave es la doctrina que en algunos puntos hemos sentado, pero si es cierta la Teología moral aplicada á otros errores y crímenes, ¿ha de serlo menos aplicada al que nos ocupa en esta ocasion?

XVIII.

De las señales ó síntomas más comunes con que se puede conocer si un libro, periódico ó persona andan atacados ó solamente resabiados de Liberalismo.

En esta variedad, ó mejor, confusion de matices y medias tintas que ofrece la abigarrada familia del Liberalismo, ¿hay señales ó notas características con que distingir fácilmente al liberal del que no lo es?

Hé aquí otra cuestion tambien muy práctica para el católico de hoy, y que de un modo ú otro frecuentemente el teólogo moralista ha de resolver.

Dividirémos para esto los liberales (sean personas, sean escritos) en tres clases.

Liberales fieros.

Liberales mansos.

Liberales impropiamente dichos, ó solamente resabiados de Liberalismo.

Ensayemos una descripcion semi fisiológica de cada uno de estos tipos. Es estudio que no carece de interés.

El liberal fiero se conoce desde luego, porque no trata de negar ni de encubrir su maldad. Es enemigo formal del Papa y de los Curas y de la gente toda de Iglesia; bástale sea sagrada cualquier cosa para excitar su desapoderado rencor. Busca entre los periódicos los más encandilados; vota entre los candidatos los más abiertamente impíos; de su funesto sistema acepta hasta las últimas consecuencias. Hace gala de vivir sin práctica alguna de religion, y á duras penas la tolera en su mujer é hijos. Suele pertenecer á sectas secretas, y muere por lo regular sin consuelo alguno de la Iglesia.

El liberal manso suele ser tan malo como el anterior, pero cuida bastante de no parecerlo. Las buenas formas y las conveniencias sociales lo son todo para él; salvado este punto, no le importa gran cosa lo demás. Incendiar un convento no le parece bien; apoderarse del solar del convento incendiado, es cosa para él ya más regular y tolerable. Que un periodicucho cualquiera de esos de burdel venda sus blasfemias en prosa, verso ó grabado á dos cuartos ejemplar, es un exceso que él prohibiria y hasta lamenta

no lo prohiba un Gobierno conservador; pero que se diga todo lo mismo en frases cultas, en un libro de buena impresion ó en un drama de sonoros versos, sobre todo si el autor es académico ó cosa así, ya no ofrece inconveniente. Oir hablar de clubs le da calofrios y calentura, porque allí, dice él, se seduce á las *masas* y se subvierten los fundamentos del órden social. Pero ateneos libres se pueden múy bien consentir, porque la discusion científica de todos los problemas sociales ¿quién la va á condenar? Escuela sin catecismo es un insulto al católico país que la paga. Mas universidad catolica, es decir, con sujccion entera al catecismo, ó sea el criterio de la fe, debe dejarse para los tiempos de la Inquisicion. El liberal manso no aborrece al Papa, sólo no encuentra bien ciertas pretensiones de la *Curia romana* y ciertos extremos del ultramontanismo que no dicen bien con las ideas de hoy. Ama á los Curas, sobre todo á los ilustrados, es decir, á los que piensan á la moderna como él; en cuanto á los fanáticos y reaccionarios, los evita ó los compadece. Va á la iglesia, y tal vez hasta á los Sacramentos; pero su maxima es, que en la Iglesia se debe vivir como cristiano, mas fuera de ella conviene vivir con el siglo en que se ha nacido y no obstinarse en remar contra la corriente. Navega así entre dos aguas, y suele morir con el sacerdote al lado, pero llena de libros prohibidos la librería.

El católico simplemente resabiado de Liberalismo se conoce en que, siendo hombre de bien y de prácticas sinceramente religiosas, huele no obstante á Liberalismo en cuanto habla ó escribe ó trae entre manos. Podria decir á su modo, como Mad. Sevigné: «No soy la rosa, pero estuve cerca de ella y tomé algo de su olor.» El buen resabiado discurre y habla y

obra como liberal de veras, sin que él mismo, pobrecito, lo eche de ver. Su fuerte es la *caridad:* este hombre es la caridad misma. ¡Cómo aborrece él las exageraciones de la prensa ultramontana! Llamarle malo á un hombre que difunde malas ideas, parécele á ese singular teólogo pecado contra el Espíritu Santo. Para él no hay más que extraviados. No se debe resistir ni combatir; lo que se debe procurar siempre, es atraer. «Ahogar el mal con la abundancia del bien:» esta es su fórmula favorita, que leyó un dia en Balmes por casualidad, y fué lo único que del gran filósofo catalan se le quedó en la memoria. Del Evangelio aduce únicamente los textos que saben á miel y almíbar. Las invectivas espantosas contra el farisaísmo, diríase que las tiene él por genialidades é intemperancias del divino Salvador. A bien que sabe usarlas él mismo muy reciamente contra los irritables ultramontanos, que con sus exageraciones comprometen cada dia la causa de una religion que toda es paz y amor. Contra éstos anda acerbo y duro el buen resabiado, contra éstos es amargo su celo y agria su polémica y agresiva su caridad. Por él exclamó el P. Félix en un discurso célebre, á propósito de las acusaciones de que era objeto la persona del gran Veuillot: «Señores, amemos y respetemos hasta á nuestros *amigos.*» Pero nó; el buen resabiado no lo hace así: guarda todos sus tesoros de tolerancia y de caridad liberal para los enemigos jurados de su fe. ¡Es claro, como que el infeliz los ha de atraer! En cambio, no tiene más que el sarcasno y la intolerancia cruel para sus más heroicos defensores. En suma: al buen resabiado, aquello de la oposicion *per diametrum* del Padre san Ignacio en sus Ejercicios espirituales, nunca le pudo entrar. No conoce más tác-

tica que la de atacar por los flancos, que en religion suele ser la más cómoda, pero no la más decisiva. Bien quisiera él vencer, pero á trueque de no herir al enemigo ni causarle mortificacion ó enfado. El nombre de guerra le alborota los nervios; más le acomoda la pacífica discusion. Está por los Círculos liberales en que se perora y delibera, nó por las Asociaciones ultramontanas en que se dogmatiza é increpa. En una palabra, si por sus frutos se conoce al liberal fiero y al manso, por sus aficiones principalmente es como al resabiado de Liberalismo se le ha de conocer.

Por estos rasgos mal perfilados, que no llegan á diseños ó bocetos, cuando menos á verdaderos y acabados retratos, será fácil conocer muy luego á cualquiera de los tipos de la familia en sus diversas gradaciones. Resumiendo en pocas palabras el rasgo más característico de su respectiva fisonomía, dirémos que el liberal fiero ruge su Liberalismo; el liberal manso lo perora; el pobre resabiado lo suspira y gimotea.

Todos son peores, como decia de su padre y madre aquel pillete del cuento; pero al primero le paraliza muchas veces su propio furor; al tercero su condicion híbrida, de suyo infecunda y estéril. El segundo es el tipo satánico por excelencia, y el que en nuestros tiempos produce el verdadero estrago liberal.

XIX.

De las principales reglas de prudencia cristiana que debe observar el buen católico en su trato con liberales.

Y no obstante, ¡oh lector! con liberales fieros y mansos, ó con católicos miserablemente resabiados de Liberalismo, hay que vivir en el siglo presente, como con arrianos se vivió en el cuarto, y con pelagianos en el quinto, y con jansenistas en el décimoséptimo. Y no es posible dejar de alternar con ellos, porque se los encuentra uno por todas partes, en el negocio, en las diversiones, en las visitas, hasta en la Iglesia tal vez, hasta en la propia familia. ¿Cómo se habrá, pues, de portar el buen católico en sus relaciones con tales apestados? ¿Cómo podrá prevenir y evitar, ó disminuir por lo menos, ese constante riesgo de infeccion?

Dificilísimo es señalar reglas precisas para cada caso. Sin embargo, máximas generales de conducta se pueden muy bien indicar, dejando á la prudencia de cada uno lo concreto é individual de su aplicacion.

Parécenos que ante todo conviene distinguir tres clases de relaciones que se pueden suponer entre un católico y un liberal, ó sea entre un católico y el Liberalismo. Decimos así porque las ideas en la práctica no se pueden considerar separadas de las personas que las profesan y sustentan. El Liberalismo ideológico es puro concepto intelectual: el Liberalismo real y práctico son las instituciones, personas, libros y periódicos liberales. Tres clases, pues, de

relaciones se pueden suponer entre un católico y el Liberalismo.

Relaciones necesarias.

Relaciones útiles.

Relaciones de pura aficion ó placer.

Relaciones necesarias. Son las que *inevitablemente* trae á cada cual su estado ó posicion particular. Así son las que deben mediar entre hijos y padre, marido y mujer, hermanos y hermanas, súbditos y superiores, amos y criados, discípulos y profesores, etc. Claro es que si un buen hijo tiene la desdicha de que su padre sea liberal, no por eso le ha de abandonar; ni la mujer al marido; ni el hermano ó pariente á otro de la familia, más que en los casos en que el liberalismo de los tales llegase á exigir de su súbdito respectivo actos esencialmente contrarios á la Religion, y que indujesen á formal apostasía de ella. Nó cuando solamente impidiese la libertad de cumplir los preceptos de la Iglesia; pues sabido es que la Iglesia no entiende obligar á los tales *sub gravi incommodo*. En todos estos casos debe el católico soportar con paciencia su dura situacion; rodearse de todas las precauciones para evitar el contagio del mal ejemplo, como se aconseja en todos los libros al tratar de las ocasiones próximas necesarias; tener muy levantado el corazon á Dios, y rogar cada dia por su propia salvacion y por la de las infelices víctimas del error; rehuir tòdo lo posible la conversacion ó disputa sobre tales materias, ó no entrar en ellas sino muy pertrechado de armas ofensivas y defensivas. Buscar éstas en la lectura de libros y periódicos sanos á juicio de un prudente director; contrapesar la inevitable influencia de tales personas inficionadas, con el trato frecuente de otras de autoridad y luces que es-

tén en clara posesion de la sana doctrina. Obedecer al superior en todo lo que no se oponga á la fe y moral católicas, pero renovar cada dia el firme propósito de negar la obediencia á quien quiera que sea, en lo que directa ó indirectamente sea opuesto á la integridad del Catolicismo. Y no desmaye el que en tal situacion se encontrare. Dios, que ve sus luchas, no le faltará con el auxilio conveniente. Hemos reparado que los buenos católicos de países liberales y de familias liberales suelen distinguirse, cuando son verdaderamente buenos, por cierto especial vigor y temple de espíritu. Es este el constante proceder de la gracia de Dios, que allí alienta con más firmeza donde más apurada y apretada ve la necesidad.

Relaciones útiles. Otras relaciones hay que no son absolutamente indispensables, pero que lo son moralmente, por cuanto sin ellas no es apenas posible la vida social, que toda estriba en un cambio mutuo de servicios. Tales son las relaciones de comercio, las de empresarios y trabajadores, las del artesano con sus parroquianos, etc. En éstas no hay la estrecha sujecion que en las del grupo anterior; puede hacerse, pues, alarde de mayor independencia. La regla fundamental es no ponerse en contacto con tales gentes más que por el lado en que sea preciso engranar con ellas para el movimiento de la máquina social. Si es comerciante, no trabar con ellas otras relaciones que las de comercio; si es criado, ningunas otras más que las de servicio; si es artesano, no otras que las de *toma y daca* relativas á su profesion. Guardando esta prudencia, se puede vivir sin menoscabo de la fe, áun en medio de un pueblo de judíos. Sin olvidar las demás prevenciones generales recomendadas en el grupo anterior, y teniendo en

cuenta que aquí no media razon alguna de vasallaje, y que de la independencia católica conviene hacer alarde en frecuentes ocasiones para imponer respeto con ella á los que crean poder anonadarnos con su desvergüenza liberal. Mas si llegase el caso de una imposicion descarada, débese repelerla con toda franqueza, y erguirse ante el descaro del sectario con todo el noble y santo descaro del discípulo de la fe.

Relaciones de mera aficion. Estas son las que contraemos y sostenemos por nuestro gusto é inclinacion, y de que podemos abstenernos libremente con sólo quererlo. Con liberales debemos abstenernos de ellas como de verdaderos peligros para nuestra salvacion. Aquí tiene lugar de lleno la sentencia del Salvador: *El que ama el peligro perecerá en él.* ¿Cuesta? Rómpase el lazo peligroso, aunque mucho cueste. Tengamos presente para eso las siguientes consideraciones, que sin duda nos convencerán, ó por lo menos nos confundirán, si no nos convencen. Si aquella persona estuviese atacada de mal físico contagioso, ¿la frecuentarias? Sin duda que nó. Si tu trato con ella comprometiese tu reputacion mundana, ¿lo mantendrias? Pues, cierto que nó. Si profesase ideas injuriosas con respecto á tu familia, ¿la fuéras á visitar? Clarito que nó. Pues bien: miremos en este asunto de honra divina y de espiritual salud lo que nos dicta la humana prudencia con respecto á los propios intereses y honra humana. Sobre esto le habíamos oido decir á persona de gran jerarquía hoy en la Iglesia de Dios: «¡Nada con liberales; no frecuenteis sus casas; no cultiveis sus amistades!» A bien que antes lo habia dicho ya de sus congéneres el Apóstol: *Ne commisceamini:* «No os relacioneis con ellos. *(I Corinth.* v, 9).» *Cum ejusmodi nec cibum sumere:* «Con ellos ni sentarse á la mesa. *(Ibid.* v, 11).»

¡Horror, pues, á la herejía, que es el mal sobre todo mal! En país apestado lo primero que se procura es aislar. ¡Quién nos diese hoy poder establecer cordon sanitario absoluto entre católicos y sectarios del Liberalismo!

XX.

De cuán necesario sea precaverse contra las lecturas liberales.

Si esta conducta conviene observar con las personas, mucho más conveniente, y por suerte mucho más fácil, es observarla con las lecturas.

El Liberalismo es sistema completo, como el Catolicismo, aunque en sentido inverso. Tiene, pues, sus artes, ciencias, letras, economía, moral, es decir, un organismo enteramente propio y suyo, animado por su espíritu, marcado con su sello y fisonomía. Tambien lo han tenido las más poderosas herejías, como, por ejemplo, el arrianismo en la antigüedad y el jansenismo en los siglos modernos. Hay, pues, no sólo periódicos liberales, sí que libros liberales ó resabiados de Liberalismo, y los hay en abundancia, y triste es decirlo, en ellos se apacienta principalmente la generacion actual, y por esto, áun sin saberlo ó advertirlo, son tantos los que se encuentran miserablemente contagiados.

¿Qué reglas hay que dar para este caso?

Análogas ó casi iguales á las que se han dado con relacion á las personas. Vuélvase á leer lo dicho poco há, y aplíquese á los libros lo que de los individuos se dijo. No es trabajo difícil, y ahorrará á nosotros y á los lectores la molestia de la repeticion.

Una cosa sola advertirémos aquí, que especialmente se refiere á esta materia. Y es que nos guardemos de deshacernos en elogios de libros liberales, sea cual fuere su mérito científico ó literario, á menos que no hagamos tales elogios sino con grandísimas reservas y salvando siempre la reprobacion que merecen por su espíritu ó sabor liberal. Y hacemos hincapié en esto, porque son muchos los católicos bonachones (áun en el periodismo católico) que, para que les tengan por imparciales, y por darse barniz de ilustracion, que siempre halaga, tocan el bombo y soplan la trompeta de la Fama en favor de cualquier obra científica ó literaria que nos venga del campo liberal; y dicen que hacerlo así es probar que á los católicos no nos duele reconocer el mérito donde quiera que lo veamos, que así se atrae al enemigo (maldito sistema de atraccion, que viene á ser nuestro juego de *gana-pierde*, pues insensiblemente somos nosotros los atraídos); que, finalmente, no hay peligro alguno en esto, y sí notorio espíritu de equidad. ¡Qué pena nos dió hace pocos meses leer en un periódico fervorosamente católico repetidos elogios y recomendaciones de un poeta célebre que ha escrito, en odio á la Iglesia, poemas como la *Vision de Fr. Martin* y *La última lamentacion de lord Byron!* ¿Qué importa sea ó no grande su mérito literario, si con este su mérito literario nos asesina las almas que hemos de salvar? Lo mismo fuera guardarle consideracion al bandido por el brillo de la espada con que nos embiste, ó por los bellos dibujos que adornan el fusil con que nos dispara. La herejía envuelta en los artificiosos halagos de una rica poesía, es mil veces más mortífera que la que sólo se da á tragar en los áridos y fastidiosos silogismos de la escuela. La gran propaganda herética

de casi todos los siglos, leo en las historias, que la han ayudado á hacer los sonoros versos. Poetas de propaganda tuvieron los arrianos; tuviéronlos los luteranos, que muchos se preciaban, con su Erasmo, de cultos humanistas; de la escuela jansenista de Arnaldo, de Nicole y de Pascal no hay que decir que fué esencialmente literaria. Voltaire ya se sabe á qué debió los principios y sosten de su espantosa popularidad. ¿Cómo hemos, pues, de hacernos cómplices los católicos de tales sirenas del infierno, y darles nombre y fama, y ayudarlos en su obra de fascinacion y corrupcion de la juventud? El que lee en nuestros periódicos que tal ó cual poeta es admirable poeta, *aunque liberal;* va y coge y compra en la librería aquel admirable poeta, *aunque liberal;* y lo traga y devora, *aunque liberal;* y lo digiere é inficiona con él su sangre, *aunque liberal;* y tórnase á la postre el desdichado lector liberal como su autor favorito. ¡Cuántas inteligencias y corazones echó á perder el infeliz Espronceda! ¡Cuántas el impío Larra! ¡Cuántas casi hoy dia el malhadado Becquer! Por no citar nombres de vivos, que no nos costara por cierto citarlos á docenas. ¿Por qué le hemos de hacer á la Revolucion el servicio de pregonar sus glorias infaustas? ¿A título de qué? ¿De imparcialidad? Nó; que no debe haber imparcialidad en ofensa de lo principal, que es la verdad. Una mala mujer es infame por bella que sea, y es más peligrosa cuanto es más bella. ¿Acaso por título de gratitud? Nó, porque los liberales, *más prudentes* que nosotros, no recomiendan lo nuestro aunque sea tan bello como lo suyo, antes procuran oscurecerlo con la crítica ó enterrarlo con el silencio.

De san Ignacio de Loyola, dice su ilustre historia-

dor el P. Rivadeneyra, que era tan celoso de esto, que nunca permitió se leyese en su clase obra alguna del famoso humanista de su época Erasmo de Rotterdam, á pesar de que muchos de sus elegantes escritos no se referian á religion, sólo porque en la mayor parte de ellos mostraba sabor protestante.

Del P. Fáber, á quien no se tachará de poco ilustrado, intercalamos aquí un precioso fragmento á propósito de sus famosos compatricios Milton y Byron. Decia así el gran escritor inglés, en una de sus hermosísimas cartas: «No comprendo la extraña anomalía de las gentes de salon, que citan con elogio á hombres como Milton y Byron, manifestando al mismo tiempo que aman á Cristo y ponen en Él toda esperanza de salvacion. Se ama á Cristo y á la Iglesia, y se alaba en sociedad á los que de Ellos blasfeman; se truena y se habla contra la impureza como cosa odiosa á Dios, y se celebra á un sér cuya vida y obras han estado saturadas de ella. No puedo comprender la distincion entre el hombre y el poeta; entre los pasajes puros y los impuros. Si un hombre ofende al objeto de mi amor, no puedo recibir de él consuelo ni placer, y no puedo concebir que con amor ardiente y delicado hácia nuestro Salvador puedan gustar las obras de su enemigo. La inteligencia admite distinciones, pero el corazon nó. Milton (¡maldita sea la memoria del blasfemo!) pasó gran parte de su vida escribiendo contra la divinidad de mi Señor, mi única fe, mi único amor; este pensamiento me envenena. Byron, hollando sus deberes para con su patria y todos los afectos naturales, se rebajó vergonzosamente, vistiendo con hermosos versos el crímen y la incredulidad. El monstruo que puso (¿me atreveré á escribirlo?) á Jesucristo al nivel y como compañero de

Júpiter y de Mahoma, no es para mi otra cosa que *bestia fiera,* hasta en sus pasajes más puros, y nunca me he arrepentido de haber arrojado al fuego en Oxford una hermosa edicion de sus obras en cuatro volúmenes... Inglaterra no necesita á Milton. ¿Cómo puede necesitar mi país una política, un valor, un talento ó cualquier otra cosa que esté maldita de Dios? ¿Y cómo el eterno Padre puede bendecir el talento y la obra de quien en prosa y en verso ha renegado, ridiculizado y blasfemado la divinidad de su Hijo? *Si quis non amat Dominum Nostrum Jesum Christum, sit anathema.* Así decia san Pablo.»

En tales términos escribia el gran literato católico inglés, una de las más grandes figuras literarias de la Inglaterra moderna. Eso escribia cuando no habia hecho aún su completa abjuracion del Protestantismo. Así ha discurrido siempre la sana intransigencia católica, así habló siempre el buen sentido de la fe.

Asómbrame que se hayan tenido tantas polémicas sobre si conviene ó no la educacion clásica, basada en el estudio de los autores griegos y latinos de la pagana antigüedad, á pesar de lo que les disminuye á éstos su eficacia la distancia de los siglos, el mundo distinto de ideas y costumbres, y la diversidad del idioma. Asómbrame esto, y que apenas nada se haya escrito sobre lo venenoso y letal de la educacion revolucionaria, que sin escrúpulo se da ó se tolera dar por muchos católicos á la juventud.

XXI.

De la sana intransigencia católica en oposicion á la falsa caridad liberal.

INTRANSIGENTE! ¡Intransigencia! Oigo exclamar aquí á una porcion de mis lectores más ó menos resabiados, tras la lectura del capítulo anterior. ¡Qué modo de resolver la cuestion, tan poco cristiano! ¿Son ó no prójimos, como cualquier otro, los liberales? ¿A dónde vamos á parar con estas ideas? ¿Cómo tan descaradamente se recomienda contra ellos el desprecio de la caridad?

«¡Ya pareció aquello!» exclamarémos nosotros á nuestra vez. Ya se nos echa en rostro lo de la «falta de caridad.» Vamos, pues, á contestar tambien á este reparo, que es para algunos el verdadero caballo de batalla de la cuestion. Si no lo es, sirve á lo menos á nuestros enemigos de verdadero parapeto. Es, como muy á propósito ha dicho un autor, hacer bonitamente servir á la caridad de barricada contra la verdad.

Sepamos ante todo qué significa la palabra caridad.

La teología católica nos da de ella la definicion por boca de un órgano el más autorizado para la propaganda popular, que es el sabio y filosófico *Catecismo*. Dice así: *Caridad es una virtud sobrenatural que nos inclina á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios*. De esta definicion, después de la parte que á Dios se refiere, resulta que debemos amar al prójimo como á nosotros mismos, y esto no de cualquier manera, sino en ór-

den y con sujecion á la ley de Dios y por amor de Dios.

Ahora bien: ¿Qué es amar? *Amare est velle bonum,* dice la filosofía: «Amar es querer bien á quien se ama.» ¿Y á quién dice la caridad que se ha de amar ó querer bien? Al prójimo, esto es, no á tal ó cual hombre solamente, sino á todos los hombres. ¿Y cuál es este bien que se les ha de querer para que resulte verdadero amor? Primeramente el bien supremo de todos, que es el bien sobrenatural: luego después, los demás bienes de órden natural, no incompatibles con aquél. Todo lo cual viene á resumirse en aquella frase «por amor de Dios,» y otras mil de análogo sentido.

Síguese, pues, de ahí, que se puede amar y querer bien al prójimo (y mucho) disgustándole, y contrariándole, y perjudicándole materialmente, y áun privándole de la vida en alguna ocasion. Todo estriba en examinar si, en aquello en que se le disgusta ó contraría ó mortifica se obra ó no en bien suyo, ó de otro que tenga más derecho que él á este bien, ó simplemente en mayor servicio de Dios.

1.° O en bien suyo. Si claramente aparece que disgustando y ofendiendo al prójimo, se obra en bien suyo, claro está que se le ama áun en aquello en que por su bien se le disgusta y contraría. Así al enfermó se le ama abrasándole con el cauterio ó cortándole la gangrena con el bisturí; al malo se le ama corrigiéndole con la reprension ó el castigo, etc. Todo lo cual es excelente caridad.

2.° O en bien de otro prójimo que tenga derecho mejor. Sucede frecuentemente que hay que disgustar á uno, no en bien propio suyo, sino para librar de un mal á otro á quien el primero se lo procura

causar. En este caso es ley de caridad defender al agredido de la violencia injusta del agresor, y se puede hacer mal á éste cuanto sea preciso ó conveniente para la defensa de aquél. Así sucede cuando en defensa del pasajero á quien acomete el ladron, se mata á éste. Y entonces matar ó dañar, ó de otra cualquier manera ofender al injusto agresor, es acto de verdadera caridad.

3.° O en el debido servicio de Dios. El bien de todos los bienes es la divina gloria, como el prójimo de todos los prójimos es para el hombre su Dios. De consiguiente, el amor que se debe á los hombres como prójimos, debe entenderse siempre subordinado al que debemos todos á nuestro comun Señor. Por su amor y servicio, pues, se debe (si es necesario) disgustar á los hombres; se debe (si es necesario) herirlos y matarlos. Adviértase la fuerza de los paréntesis (si es necesario), lo cual dice claramente el caso único en que exige tales sacrificios el servicio de Dios. Así en guerra justa, como se hieren y se matan hombres por el servicio de la patria, se pueden herir y matar hombres por el servicio de Dios; y como con arreglo á la ley se pueden ajusticiar hombres por infraccion del Código humano, puédense en sociedad católicamente organizada ajusticiar hombres por infraccion del Código divino, en lo que obliga éste en el fuero externo, lo cual justifica plenamente á la tan maldecida Inquisicion. Todo lo cual (cuando tales actos sean necesarios y justos) son actos de virtud, y pueden ser imperados por la caridad.

No lo entiende así el Liberalismo moderno, pero entiende mal en no entenderlo así. Por esto tiene y da á los suyos una falsa nocion de la caridad, y aturrulla y apostrofa á todas horas á los católicos firmes,

con la decantada acusacion de intolerancia é intransigencia. Nuestra fórmula es muy clara y concreta. Es la siguiente: La suma intransigencia católica es la suma católica caridad. Lo es en órden al prójimo por su propio bien, cuando por su propio bien le confunde y sonroja y ofende y castiga. Lo es en órden al bien ajeno, cuando por librar á los prójimos del contagio de un error desenmascara á sus autores y fautores, los llama con sus verdaderos nombres de malos y malvados, los hace aborrecibles y despreciables como deben ser, los denuncia á la execracion comun, y si es posible, al celo de la fuerza social encargada de reprimirlos y castigarlos. Lo es, finalmente, en órden á Dios cuando por su gloria y por su servicio se hace *necesario* prescindir de todas las consideraciones, saltar todas las vallas, lastimar todos los respetos, herir todos los intereses, exponer la propia vida y la de los que sea preciso para tan alto fin.

Y todo esto es pura intransigencia en el verdadero amor, y por esto es suma caridad, y los tipos de esta intransigencia son los héroes más sublimes de la caridad, como la entiende la verdadera Religion. Y porque hay pocos intransigentes, hay en el dia pocos caritativos de veras. La caridad liberal que hoy está de moda es en la forma el halago y la condescendencia y el cariño; pero es en el fondo el desprecio esencial de los verdaderos bienes del hombre y de los supremos intereses de la verdad y de Dios.

XXII.

De la caridad en lo que se llama las formas de la polémica, y si tienen en eso razon los liberales contra los apologistas católicos.

Mas no es este último principalmente el terreno en que coloca la cuestion el Liberalismo, porque sabe que en el de los principios seria irremediablemente vencido. Más á menudo acusa á los católicos de poca caridad en las formas de su propaganda, y en este punto es donde, como hemos dicho, suelen hacer especial hincapié ciertos católicos buenos en el fondo, pero resabiados de la maldita peste liberal. ¿Qué hay, pues, sobre el particular?

Hay lo siguiente: Que tenemos razon los católicos en esto como en lo demás, y no la tienen, ni sombra de ella, los liberales. Fijémonos para esto en los siguientes puntos:

1.° Puede claramente el católico decir á su adversario liberal, que lo es. Nadie pondrá en duda esta proposicion. Si tal autor ó periodista ó diputado empieza por jactarse de Liberalismo, y no oculta poco ni mucho sus ideas ó aficiones liberales, ¿qué injuria se le hace en llamarle liberal? Es principio de derecho: *Si palam res est, repetitio injuria non est*: «No hay injuria en decir lo que está á la vista de todos.» Mucho menos en decir del prójimo lo que él mismo dice á todas horas de sí. ¿Cuántos liberales, no obstante, particularmente del grupo de los mansos ó templados, tienen á gran injuria que los llamen liberales ó amigos del Liberalismo un adversario católico?

2.° Dado que el Liberalismo es cosa mala, no es faltar á la caridad llamar malos á los defensores públicos y conscientes del Liberalismo. Es en sustancia aplicar al caso presente la ley de justicia que se ha aplicado en todos los siglos. Los católicos de hoy no hacemos innovacion en este punto, nos atenemos á la práctica constante de la antigüedad. Los propaladores y fautores de herejías han sido en todos tiempos llamados herejes, como los autores de ellas. Y como la herejía ha sido siempre considerada en la Iglesia como gravísimo mal, á tales fautores y propaladores ha llamado siempre la Iglesia malos y malvados. Regístrense las colecciones de los autores eclesiásticos. Véase cómo trataron los Apóstoles á los primeros heresiarcas, y cómo siguieron tratándolos los santos Padres, cómo los han seguido tratando los modernos controversistas y la misma Iglesia en su lenguaje oficial. No hay, pues, falta de caridad en llamar á lo malo, malo; á los autores, fautores y seguidores de lo malo, malvados; y al conjunto de todos sus actos, palabras y escritos, iniquidad, maldad, perversidad. El lobo fué llamado siempre lobo á secas, y nunca se creyó hacer mala obra al rebaño ni á su dueño con llamarle y apostrofarle así.

3.° Si la propaganda del bien y la necesidad de atacar el mal exigen el empleo de frases duras contra los errores y sus reconocidos corifeos, éstas pueden emplearse sin faltar á la caridad. Es este un corolario ó consecuencia del principio anterior. Al mal debe hacérsele aborrecible y odioso; y no puede hacérsele tal sino denostándolo como malo y perverso y despreciable. La oratoria cristiana de todos los siglos autoriza el empleo de las figuras retóricas más

vivas contra la impiedad. En los escritos de los grandes atletas del Cristianismo es continuo el uso de la ironía, de la imprecacion, de la execracion, de los epítetos depresivos. La ley de todo esto deben ser únicamente la oportunidad y la verdad.

Hay otra razon además. La propaganda y apologética popular (y siempre es popular la religiosa) no puede guardar las formas enguantadas y sobrias de la academia y de la escuela. No se convence al pueblo sino hablándole al corazon y á la imaginacion, y éstos sólo se emocionan con la literatura calurosa y encendida y apasionada. No es malo el apasionamiento producido por la santa pasion de la verdad. Las llamadas intemperancias del moderno periodismo ultramontano, aparte de ser muy flojas comparadas con las del periodismo liberal (ejemplos recientes tenemos por ahí cerca), están justificadas con sólo abrir por cualquier página las obras de los grandes polemistas católicos de los mejores tiempos.

El Bautista empezó por llamar á los fariseos «raza de víboras.» Cristo Dios no se abstuvo de apostrofarlos con los epítetos de «hipócritas, sepulcros blanqueados, generacion malvada y adúltera,» sin que creyese por ello manchar la santidad de su mansísima predicacion. San Pablo decia de los cismáticos de Creta, que eran mentirosos, malas bestias, barrigones, perezosos.» Al seductor Elimas Mago llámale el mismo Apóstol «hombre lleno de todo fraude y embuste, hijo del diablo, enemigo de toda verdad y justicia.»

Si abrimos las colecciones de los Padres, no topamos más que con rasgos de esta naturaleza, que no dudaron emplear á cada paso en su eterna polémica con los herejes. Citarémos tan sólo uño que otro de

los principales. San Jerónimo, disputando con el hereje Vigilancio, le echa en cara su antigua profesion de tabernero, y le dice: «Otras cosas aprendiste (y no teología) desde tu temprana edad; á otros estudios te has dedicado. No es por cierto cosa que pueda ejecutar bien un mismo hombre, averiguar el valor de las monedas y el de los textos de la Escritura; catar los vinos y tener inteligencia de los Profetas y de los Apóstoles.» Y se ve que el santo controversista les tenia aficion á esos modos de desautorizar al adversario, pues en otra ocasion, atacando al mismo Vigilancio, que negaba la excelencia de la virginidad y del ayuno, pregúntale con festivo donaire, «si lo predicaba así para no perder el consumo de su taberna.» ¡Oh! ¡cuántas cosas hubiera dicho un crítico liberal si eso hubiese escrito contra un hereje de hoy uno de nuestros controversistas!

¿Qué dirémos de san Juan Crisóstomo en su famosa invectiva contra Eutropio; que en personal y agresiva no tiene comparacion sino con las tan agrias de Ciceron contra Catilina ó contra Verres? El melifluo Bernardo no era ciertamente de miel al tratar con los enemigos de su fe. A Arnaldo de Brescia (gran agitador liberal de su siglo) le llama con todas las letras «seductor, vaso de injurias, escorpion, lobo cruel.» El buen santo Tomás de Aquino olvida la calma de sus frios silogismos para dirigirse en vehemente apóstrofe contra su adversario Guillermo de Saint-Amour y sus discípulos, y llamarlos á boca llena «enemigos de Dios, ministros del diablo, miembros del Anticristo, ignorantes, perversos, réprobos.» Nunca dijo tanto el insigne Luís Veuillot. El dulcísimo san Buenaventura increpa á Geraldo con los epitetos de «imprudente, calumniador, espíritu malé-

fico, impío, impúdico, ignorante, embustero, malhechor, pérfido é insensato.» Al llegar á la época moderna se nos presenta el tipo encantador de san Francisco de Sales, que por su exquisita delicadeza y mansedumbre mereció ser llamado viva imágen del Salvador. ¿Creeis que les guardó consideracion alguna á los herejes de su tiempo y país? ¡Ca! Les perdonó sus injurias, les colmó de beneficios, procuró hasta salvar la vida á quien habia atentado contra la suya. Llegó á decir á un su rival: «Si me arrancáseis un ojo, no dejaria con el otro de miraros como hermano.» Pues bien; con los enemigos de su fe no guardaba clase alguna de temperamento ó consideracion. Preguntado por un católico si podia decir mal de un hereje que esparcia sus venenosas doctrinas, le contestó: «Sí, podeis, con tal que no digais de él cosa contraria á la verdad, y sólo por el conocimiento que tengais de su mal modo de vivir; hablando de lo dudoso como dudoso, y segun el grado mayor ó menor de duda que sobre eso tengais.» Más claro lo dejó dicho en su *Filotea*, libro tan precioso como popular. Dice así: «Los enemigos declarados de Dios y de la Iglesia deben ser vituperados lo más que se pueda. La caridad obliga á cada cual á gritar «¡Al «lobo!» cuando éste se ha metido en el rebaño, y áun en cualquier lugar en que se le encuentre.»

¿Habrá necesidad de dar á nuestros enemigos un curso práctico de retórica y de crítica literaria? Hé aquí lo que hay sobre la tan decantada cuestion de las formas agresivas de los escritores ultramontanos, vulgo católicos verdaderos. La caridad nos prohibe hacer á otros lo que razonablemente no hemos de querer para nosotros mismos. Nótese el adverbio *razonablemente,* en el cual está todo el *quid* de la cues-

tion. La diferencia esencial de nuestro modo de ver y del de los liberales en este asunto, estriba en que estos señores consideran á los apóstoles del error como simples ciudadanos *libres,* que en uso de su *perfecto derecho,* opinan de otro modo en Religion, y así se creen obligados á respetar aquella su *opinion* y á no contradecirla más que en los términos de una discusion *libre;* al paso que nosotros no vemos en ellos sino enemigos declarados de la fe que estamos obligados á defender, y en sus errores no miramos libres opiniones, sino formales herejías y maldades, como enseña la ley de Dios. Con razon, pues, dice un gran historiador católico á los enemigos del Catolicismo: «Vosotros os haceis infames con vuestras acciones; pues bien, yo os acabaré de cubrir de infamia con mis escritos.» Y por igual tenor enseñaba á la viril generacion romana de los primeros tiempos de Roma la ley de las Doce tablas: *Adversus hostem æterna auctoritas esto.* Que se podria traducir: «A los enemigos, guerra sin cuartel.»

XXIII.

Si es conveniente al combatir el error combatir y desautorizar la personalidad del que lo sustenta y propala.

Pero dirá alguno: «Pase esto con las doctrinas en abstracto. Mas, ¿es conveniente al combatir el error, por más que sea error, cebarse y encarnizarse en la personalidad del que lo sustenta?»

Responderémos á eso, que muchísimas veces sí, es conveniente, y no sólo conveniente, sino indispensable y meritorio ante Dios y ante la sociedad. Y

aunque bien pudiera deducirse esta afirmacion de lo que llevamos anteriormente expuesto, queremos todavía tratarla *exprofeso* aquí, pues es grandísima su importancia.

En efecto; no es poco frecuente la acusacion que se hace al apologista católico de andarse siempre con personalidades; y cuando se le ha echado en cara á uno de los nuestros lo de que comete una personalidad, paréceles á los liberales y á los resabiados de Liberalismo, que ya no hay más que decir para condenarle.

Y no obstante no tienen razon; nó, no la tienen. Las ideas malas han de ser combatidas y desautorizadas, se las ha de hacer aborrecibles y despreciables y detestables á la multitud, á la que intentan embaucar y seducir. Mas da la casualidad de que las ideas no se sostienen por sí propias en el aire, ni por sí propias se difunden y propagan, ni por sí propias hacen todo el daño á la sociedad. Son como las flechas y balas, que á nadie heririan si no hubiese quien las disparase con el arco ó con el fusil.

Al arquero y al fusilero se deben dirigir, pues, primeramente los tiros del que desee destruir su mortal puntería, y todo otro modo de hacer la guerra seria tan liberal como se quisiese, pero no tendria sentido comun. Soldados con armas de envenenados proyectiles son los autores y propagandistas de heréticas doctrinas; sus armas son el libro, el periódico, la arenga pública, la influencia personal. No basta, pues, ladearse para evitar el tiro, nó; lo primero y más eficaz es dejar inhabilitado al tirador. Así, conviene desautorizar y desacreditar su libro, periódico ó discurso; y no sólo esto sino desautorizar y desacreditar en algunos casos su persona. Sí,

su persona, que este es el elemento principal del combate, como el artillero es el elemento principal de la artilleria, no la bomba, ni la pólvora, ni el cañon. Se le pueden, pues, en ciertos casos sacar al público sus infamias, ridiculizar sus costumbres, cubrir de ignominia su nombre y apellido. Sí, señor; y se puede hacer en prosa, en verso, en serio y en broma, en grabado y por todas las artes y por todos los procedimientos que en adelante se puedan inventar. Sólo debe tenerse en cuenta que no se ponga en servicio de la justicia la mentira. Eso nó; nadie en esto se salga un punto de la verdad; pero dentro de los límites de ésta, recuérdese aquel dicho de Crétineau-Joly: *La verdad es la única caridad permitida á la historia;* y podria añadir: A la defensa religiosa y social.

Los mismos santos Padres que hemos citado prueban esta tesis. Aun los títulos de sus obras dicen claramente que, al combatir las herejías, el primer tiro procuraban dirigirlo á los heresiarcas. Casi todos los títulos de las obras de san Agustin se dirigen al nombre del autor de la herejia: *Contra Fortunatum manichœum; Adversus Adamanctum; Contra Felicem; Contra Secundinum; Quis fuerit Petilianus; De gestis Pelagii; Quis fuerit Julianus,* etc. De suerte que casi toda la polémica del grande Agustin fué personal, agresiva, biográfica, por decirlo asi, tanto como doctrinal; cuerpo á cuerpo con el hereje tanto como contra la herejía. Y así podríamos decir de todos los santos Padres.

¿De dónde ha sacado, pues, el Liberalismo la novedad de que al combatir los errores se debe prescindir de las personas, y áun mimarlas y acariciarlas? Aténgase á lo que le enseña sobre esto la tradi-

cion cristiana, y déjenos á los ultramontanos defender la fe como se ha defendido siempre en la Iglesia de Dios. ¡Que hiera la espada del polemista católico, que hiera y que vaya derecha al corazon; que esta es la única manera real y eficaz de combatir!

XXIV.

Resuélvese una objecion á primera vista grave contra la doctrina de los dos capítulos precedentes.

DIFICULTAD, á primera vista gravísima, puede al parecer oponerse por nuestros contrarios á la doctrina que en los anteriores capítulos acabamos de sentar. Nos conviene dejar de esos escrúpulos (ó lo que fueren) limpio y desembarazado nuestro camino.

El Papa, dicen, y es cierto, ha recomendado diferentes veces á los periódicos católicos la templanza y moderacion en las formas de la polémica, la observancia de la caridad, el huir las maneras agresivas, los epítetos denigrantes y las injuriosas personalidades. Y esto, dirán ahora, es lo diametralmente opuesto á cuanto acabais de exponer.

Vamos á demostrar que no hay contradiccion ¡válganos Dios! entre estas nuestras indicaciones y los sabios consejos del Papa. Y no nos costará, por fortuna, ponerlo patente.

En efecto; ¿á quién se ha dirigido el Papa en esas sus repetidas exhortaciones? Siempre á la prensa católica, siempre á los periodistas católicos, siempre suponiendo que lo son. De consiguiente, es evidente que al dar tales consejos de moderacion y templanza, los refirió á católicos que trataban con otros ca-

tolicos cuestiones libres entre ellos; no á católicos que sostenian *contra anticatólicos declarados* el recio combate de la fe.

Es evidente que no aludió á las incesantes batallas entre católicos y liberales; que por lo mismo que el Catolicismo es la verdad y el Liberalismo la herejía, han de reputarse en buena lógica batallas entre católicos y herejes. Es evidente que quiso se entendiesen sus consejos sólo en relacion con nuestras disidencias de familia, que no pocas son por desgracia, y que no pretendió que con los eternos enemigos de la Iglesia y de la fe luchásemos nosotros con armas sin filo y sin punta, usadas sólo en justas y torneos. De consiguiente, no hay oposicion entre la doctrina sentada por nosotros y la que contienen los aludidos Breves y Alocuciones de Su Santidad. Porque la oposicion en buena lógica debe ser *ejusdem, de eodem et secundum idem*. Y aquí nada de esto tiene lugar.

¿Y cómo podria la palabra del Papa interpretarse rectamente de otra manera? Es regla de sana herменéutica que un texto de las sagradas Letras debe interpretarse en sentido literal, cuando á este sentido no se opone el restante contexto de los Libros santos; acudiendo al sentido libre ó figurado cuando aparece dicha oposicion. Análogo es lo que podemos establecer al tratar de la interpretacion de los documentos pontificios.

¿Puede suponerse al Papa en contradiccion con toda la tradicion católica desde Jesucristo hasta nuestros dias? ¿Pueden creerse condenados de una plumada el estilo y manera de los más insignes apologistas y controversistas de la Iglesia, desde san Pablo hasta san Francisco de Sales? Es evidente que nó. Y es evidente que así seria si debiesen entenderse tales

consejos de moderacion y de templanza en el sentido en que (para su conveniencia particular) los interpreta el criterio liberal. Es, pues, sólo admisible conclusion la de que el Papa, al dar tales consejos (que para todo buen católico deben ser preceptos) intentó referirse, no á las polémicas entre católicos y enemigos del Catolicismo, como son los liberales, sino á las de los buenos católicos en sus disidencias y diferencias entre sí.

Nó, no puede ser de otra manera, y lo dice el mismo sentido comun. Nunca en batalla alguna les encargó el capitan á sus soldados que no hiriesen demasiado al adversario; nunca les recomendó blandura con él; nunca halagos y consideraciones. La guerra es guerra; y nunca se hizo de otra manera que ofendiendo. Sospecha lleva de ser traidor el que en el fragor del combate anda gritando entre las filas de los leales: «¡Cuidado con que no se disguste el enemigo! ¡no tirarle demasiado al corazon!»

Pero ¿qué más? El mismo Papa Pio IX nos dió por sí propio la interpretacion auténtica de aquellas palabras, y mostró de qué manera aquellos consejos de templanza y moderacion deben aplicarse. A los sectarios de la *Commune* llamó en una ocasion solemnísima *demonios*, y á los del catolicismo-liberal llamó *peores que esos demonios*. Esta frase dió la vuelta al mundo, y salida de los labios mansísimos del Papa, quedóle grabada en la frente al Liberalismo como estigma de eterna execracion. ¿Quién, despues de ella, temerá excederse en la dureza de los calificativos?

Y las mismas palabras de la Encíclica *Cum multa*, de que tanto ha abusado contra los más firmes católicos la impiedad liberal, aquellas mismas palabras

en que nuestro santísimo Padre Leon XIII encarga á los escritores católicos que «las disputas en defensa de los sagrados derechos de la Iglesia no se hagan con altercados, sino con moderacion y templanza, de suerte que dé al escritor la victoria en la contienda, más bien el peso de las razones que la violencia y aspereza del estilo,» es evidente que no pueden entenderse más que de las polémicas entre católicos y católicos sobre el mejor modo de servir á su causa comun, no á las polémicas entre católicos y enemigos declarados del Catolicismo, cuales son los sectarios formales y conscientes del Liberalismo.

Y la prueba está al ojo con solo mirar el contexto de la referida preciosísima Encíclica.

El Papa acaba de exhortar á que se mantengan unidas las Asociaciones y los individuos católicos. Y después de ponderar las ventajas de esta union, señala como medio principalísimo para conservarla, esta moderacion y templanza en el estilo que acabamos de indicar.

Hé aquí deducido de esto un argumento que no tiene contestacion.

El Papa recomienda la suavidad del estilo *á los escritores católicos* para que les ayude á conservar la paz y la mutua union. Es así que esta paz y mutua union sólo debe quererla el Papa entre católicos y católicos, y no entre católicos y enemigos del Catolicismo. Luego la suavidad y moderacion que recomienda el Papa á los escritores sólo se refiere á las polémicas de los católicos entre sí, nunca á las que debe haber entre católicos y sectarios del error liberal. Más claro. Esta moderacion y templanza la ordena el Papa como medio para el fin de aquella union. Aquel medio debe, de consiguiente, caracte-

rizarse por este fin al que se ordena. Es así que este fin es puramente la union entre católicos, nunca *(quia absurdum)* entre católicos y enemigos del Catolicismo. Luego tampoco debe entenderse aplicada á otra esfera aquella moderacion.

XXV.

Confírmase lo últimamente dicho con un muy concienzudo artículo de «La Civiltá cattolica.»

Dudamos se encuentre sàlida á este argumento, porque no la tiene. Mas como la materia es trascendentalísima, y ha sido objeto en estos últimos tiempos de acalorada controversia; siendo además escasa y de flojo peso nuestra autoridad para fallar sobre ella en definitiva; habrán de permitirnos nuestros lectores.aduzcamos aquí en pro de nuestras doctrinas voto de más reconocida, por no decir de incontestable y de incontestada competencia.

Es el de *La Civiltà cattolica,* periódico religioso el primero del mundo, no oficial en su redaccion, pero sí en su orígen, pues fué fundado por Breve especial de Pio IX, y por él confiado á los Padres de la Compañía de Jesús. Este periódico, pues, que no deja sosegar con sus artículos, ya en serio, ya en sátira, á los liberales de su país, se vió varias veces reprendido de falta de caridad por esos mismos liberales. Para contestar á estas farisaicas homilías sobre la templanza y la caridad, publicó dicha *Civiltà* un artículo donosísimo y lleno de chiste, á la par que de profunda filosofía. Vamos á reproducirlo aquí para consuelo de nuestros liberales y desengaño de tantos pobres católicos *resabiados* que les hacen coro, escan-

dalizándose á todas horas por nuestra tan anatematizada falta de moderacion.

Dicho artículo se titula: «¡Un poco de caridad!» y es como sigue:

«Dice De Maistre, que la Iglesia y los Papas nunca pidieron para su causa más que verdad y justicia. Todo al revés de los liberales, quienes, por cierto saludable horror que deben naturalmente de tener á la verdad y mucho más á la justicia, no hacen más que pedirnos á todas horas caridad.

«Cerca de doce años há que estamos por nuestra parte asistiendo á este curioso espectáculo que nos dan los liberales italianos, los que no cesan un punto de mendigar lacrimosamente, fastidiosamente, desvergonzadamente nuestra caridad, suplicándonos, puestos los brazos en cruz, en prosa y en verso, en folletos y periódicos, en cartas públicas y privadas, anónimas y pseudónimas, directa ó indirectamente, que ¡por Dios! tengamos con ellos un poco de caridad; que no nos permitamos ya más hacer reir al prójimo á su costa; que no nos entretengamos en examinar tan al por menor y con tantos perfiles sus elevados escritos; que no seamos tan pertinaces en sacar á luz sus gloriosas hazañas; que hagamos vista gorda y oídos sordos para con sus descuidos, solecismos, mentiras, calumnias y mistificaciones; que (en una palabra) les dejemos vivir en paz.

«Pues en definitiva, caridad es caridad; y que no la tengan los liberales, está muy en su lugar y se comprende perfectamente; pero que no la usen escritores como los de *La Civiltà cattolica*, este sí que es otro cantar.

«Justo castigo de Dios es que los liberales, que tanto han aborrecido siempre la pública mendicidad,

hasta el punto de prohibirla en muchos países bajo pena de cárcel, se vean ahora forzados á hacerse públicos pordioseros, pidiendo de puerta en puerta, como pícaros reaccionarios... un poco de caridad.

«Con cuya edificante conversion al amor de la mendiguez, han imitado los liberales aquella otra no menos célebre y edificante conversion de un rico avaro á la virtud de la limosna. El cual, habiendo asistido una vez al sermon y oído una exhortacion muy fervorosa á la práctica de ella, dė tal suerte se conmovió, que llegó á tenerse por verdaderamente convertido. Y á la verdad, habíale gustado sobremanera el sermon, *tanto, que* (decia él al salir del templo) *es imposible que esos buenos cristianos que lo han escuchado no me den de vez en cuando y desde hoy en adelante alguna cosa por caridad.* Así nuestros siempre estupendos liberalazos, después de haber demostrado con hechos y con escritos (cada cual segun sus alcances) que le tienen á la caridad el mismo amor que el diablo al agua bendita; cuando después, oyendo hablar de aquélla, vuelven en sí y recuerdan que hay en el mundo algo que se llama la virtud de la caridad, y que ésa puede en ocasiones serles de algun provecho, muéstranse de repente furiosamente enamorados de ella, y vanla pidiendo á voz en cuello al Papa, á los Obispos, al clero, á los frailes, á los periodistas, á todos... hasta á los redactores de *La Civiltà.*

«¡Y es preciso oírles cuán bellas razones saben aducir en su abono! A creerles á ellos, no hablan en eso por interés propio, ¡santo Dios! sino por el interés de nuestra Religion santísima, que tienen ellos en las entretelas del corazon, y que no puede menos que salir muy perjudicada del modo tan poco caritativo con que nosotros la defendemos. Hablan por

el interés de los mismos reaccionarios, y especialmente (¡quién lo creyera!) por el de nosotros mismos, los redactores de la *Civiltà cattolica.* «¿Qué necesidad teneis, en efecto (así dicen en tono confidencial), de meteros en esas peleas? ¿No teneis bastantes hostilidades que arrostrar? Sed tolerantes, y lo serán con vosotros vuestros adversarios. ¿Qué os ganais con este ruin oficio de perros aullando siempre al ladron? Y si á la postre salís de eso molidos y apaleados, ¿á quién daréis la culpa sino á vosotros mismos, que os lo andais buscando, al parecer, con el mayor empeño?»

«Sábia y desinteresada manera de discurrir, que no tiene otro defecto que el de ser muy parecida á aquella que en la novela *I promessi sposi* recomendaba á Renzo Tramaligno el comisario de policía, cuando á las buenas queria llevarle á la cárcel, porque presumia que, á las malas, el mancebo no se habia de dejar conducir. «Creedme (le decia á Renzo), creedme á mí, que soy práctico en esas cosas. Caminad pasito y en derechura, sin ladearos acá ni allá, sin que os noten; así nadie reparará en nosotros, nadie advertirá lo que hay, y conservais así vuestro honor.»

«Mas aquí observa Manzoni que «de tan galanas razones Renzo no creía ni una, ni que el comisario le quisiese á él, ni que tomase muy á pecho su honra y reputacion, ni que de veras tuviese intencion alguna de favorecerle. De suerte que tales exhortaciones no sirvieron más que de confirmarle en el designio ya preconcebido de portarse enteramente al revés.»

«Designio que (hablando en plata) estamos muy tentados de formar tambien nosotros. Porque no sa-

bemos, á fe, persuadirnos de que á los liberales les importe poco ó mucho el daño mucho ó poco que podamos causar á la Religion, ó de que se tomen gran pena por lo que realmente á nosotros pueda convenirnos. Creemos, al contrario, que si los liberales juzgasen verdaderamente que nuestro modo de vivir perjudica á la Religion, ó siquiera á nosotros mismos, no solamente guardaríanse de advertírnoslo, sino que antes bien nos alentarian con aplausos.

«Y se nos figura que ese hacerse el celoso y ese rogarnos que modifiquemos nuestro estilo, son clara señal de que nada pierde en eso por culpa nuestra la Religion, y que nuestros escritos tienen algunos lectores, lo cual para el escritor no deja de ser siempre algun consuelo.

«Y por lo que toca á nuestro interés y al principio utilitario, toda vez que los liberales han sido con muy justa razon tenidos siempre por grandes maestros en este particular, y tienen fama de haber aplicado siempre este principio más bien en provecho propio que en favor nuestro, habrán de permitirnos creer, como hasta hoy hemos creído, que en todo este negocio que se ventila sobre nuestro modo de escribir contra ellos, no somos nosotros los que más perjudicados salimos, ni es la Religion.

«Por lo cual habiendo manifestado esta nuestra pobre opinion, y supuesto que las razones que podríamos llamar intrínsecas é independientes del principio utilitario, que alegan los liberales en favor propio y contra nuestro modo de escribir, han sido ya muchas veces refutadas en las pasadas series de *La Civiltà cattolica,* no nos restaria aquí más que despedir con buenos modos á esos mendigos de nuevo cuño, advirtiéndoles hagan en adelante su oficio de abo-

gados en causa propia, mejor de lo que lo hacian con Renzo aquellos dichos esbirros del siglo XVII. Mas porque no dejan aún algunos de ellos de seguir pordioseando, y recientemente han publicado en Perusa un opúsculo con el título: «¿Qué es el llamado par- «tido católico?» en que no se hace más que mendigarle á *La Civiltà cattolica* un poco de caridad; no será inútil repitamos una vez más en el principio de esta quinta serie las mismas antiguas respuestas contra las mismas antiguas objeciones. Y tambien será eso gran obra caritativa. No ciertamente aquella que nos piden los liberales, sino otra que tiene tambien su mérito, cual es la de escucharlos con paciencia, no sabemos ya si por la centésima vez.

«No merece menos el tono humilde y quejumbroso con que de algun tiempo acá nos andan pidiendo un poco de caridad.»

XXVI.

Continúa la hermosa y contundente cita de «La Civiltá cattolica.»

Prosigue así el famoso artículo de *La Civiltà cattolica,* y proseguimos nosotros la oportunísima cita de él.

«Si nos piden (dice) los liberales la verdadera caridad, única que les conviene y única que nosotros como redactores de *La Civiltà cattolica* les podemos y dedemos dar, tan lejos andamos de querer negársela, que, al revés, creemos habérsela prodigado muy mucho hasta ahora, si no segun todas sus necesidades, al menos segun nuestra posibilidad. Es intolerable abuso de palabras el que cometen por ahi los

liberales, diciendo que no usamos con ellos de caridad. La caridad, una en su principio, es varia y multiforme en sus obras. Tanto usa muchas veces de la caridad el padre que reciamente pega á su hijo, como el que le cubre de besos. Y muy fácil es que sea muy á menudo menor para con su hijo la caridad del padre que le besa, que la del que le sacude. Nosotros pegamos á los liberales, no puede negarse, y les pegamos muy á menudo; con meras palabras, por supuesto. Pero ¿se podrá decir por esto que no les amamos? ¿que no tenemos para con ellos caridad? Esto podráse decir más bien de lo que contra las prescripciones de la caridad intrepretan mal las intenciones del prójimo. En cuanto á nosotros, lo más que podrán decir los liberales es que la caridad con que les tratamos no es la que ellos desean. Mas no por eso deja de ser caridad, sí, señor, y es mucha caridad; y pues son ellos quienes piden caridad y nosotros quienes se la regalamos de balde, bien podrian recordar aquí aquel viejo refran que dice: «A caballo regalado no le mires el pelo.»

«Quisieran ellos la caridad de que les alabásemos, admirásemos, apoyásemos, ó de que por lo menos les dejásemos obrar á sus anchas. Nosotros, al revés, no queremos hacerles sino la caridad de gritarles, reprenderles, excitarles por mil modos á salir de su mal camino. Cuando sueltan una mentira, ó plantan una calumnia, ó pillan los bienes ajenos, quisieran esos liberales que nosotros les cubriésemos esos y otros pecadillos *veniales* con el manto de la caridad. Nosotros, al contrario, les apostrofamos de ladrones, embusteros y calumniadores, ejerciendo con ellos la caridad más exquisita de todas, la de no adular ni engañar á aquellos á quienes queremes bien. Cuando

se les escapa algun disparate gramatical, de ortografía, de lenguaje, ó simplemente de lógica, quisieran ellos que hiciésemos sobre eso la vista gorda, y lloran y gimotean cuando de eso les advertimos en público, quejándose de que faltamos á la caridad. Nosotros, al revés, hacemos con ellos la buena obra de obligarles como á palpar con sus propias manos una cosa que deben saber, y es que no son tan grandes maestros como se les figura, que no llegan más que á medianejos estudiantes; y así procuramos en lo que podemos, promover en Italia el cultivo de las bellas artes, y en el corazon de esos liberales el ejercicio de la humildad cristiana, de la cual se sabe tienen harta necesidad.

«Quisieran sobre todo esos señores liberales que se les tomase siempre muy en serio, que se les estimase, reverenciase, y obsequiase y tratase como personajes de importancia; resignaríanse á que se les refutase, sí, pero sombrero en mano, inclinado el cuerpo y baja la cabeza en reverente y humildosa actitud. De donde vienen sus quejas cuando alguna vez se les pone en solfa, como se suele decir, esto es, en caricatura, á ellos, los padres de la patria, los héroes del siglo, los italianos de verdad, la propia Italia, como suelen decir de sí mismos en más compendiosa expresion. ¿Quién tiene, empero, la culpa, si es tan ridícula esa pretension que al mismo Heráclito le hiciera soltar la carcajada?

«¡Pues qué! ¿Hemos de estar siempre ahogando todo movimiento natural de risa?

«Dejarnos reir cuando ciertamente no se puede pasar por menos, es tambien obra de misericordia, que los liberales podrian otorgarnos con toda voluntad, ya que por su parte nada le cuesta. Cualquiera com-

prenderá muy bien que así como hacer reir honestamente á costa del vicio y de los viciosos es de suyo cosa muy buena, segun aquello de *castigat ridendo mores*, y aquello otro de *ridendo dicere verum, quid vetat?* así hacer reir alguna que otra vez á nuestros lectores á costa de los liberales, es verdadera obra de misericordia y caridad, para los mismos lectores, que ciertamente, no han de estar siempre serios y con la cuerda tirante mientras leen el periódico. Y al fin y al cabo los mismos liberales, si bien lo consideran, ganan mucho en que se rian los otros á costa de ellos, por cuanto de esta suerte viene á conocer todo el mundo, que no son á veces todos sus hechos tan horribles y espantables como pudiera parecer, ya que la risa no suelen provocarla de ordinario más que las deformidades inofensivas.

«¿No nos agradecerán alguna vez el carácter de inocentonas con que procuramos presentar algunas de sus picardías? Y ¿cómo no advierten que no hay medio más eficaz para lograr se corrijan de ellas, que esta chacota y risa con que se mueve á saludarlas todo aquel que las ve por nosotros puestas en su debida luz? Y ¿cómo no ven que no tienen derecho alguno para acusarnos, cuando así lo hacemos, de no obrar con ellos como manda la caridad?

«Si hubiesen leído la vida de su gran Víctor Alfieri, escrita por él mismo, sabrian que, cuando chicuelo, su madre, que lo quería muy bien educado, solia, cuando le atrapaba en alguna travesura, mandarle ir á Misa con la gorra de dormir. Y cuenta Alfieri que este castigo, que no hacia sino ponerle algo en ridículo, de tal suerte le afligió una vez, que por más de tres meses se portó del modo más intachable. «Después de lo cual (dice él), al primer amago de rareza

ó travesura, amenazábanme con la aborrecida gorra de dormir, y al punto entraba yo temblando en la línea de mis deberes. Después, habiendo caído un dia en cierta faltilla, para excusar la cual le dije á mi señora madre una solemne mentira, fuí de nuevo sentenciado á llevar en público la gorra de dormir. Llegó la hora; puesta la tal gorra en la cabeza, llorando yo y aullando, me tomó de la mano el ayo para salir y me empujaba por detrás el criado.» Pero por más que llorase y aullase y pidiese caridad, la madre, que queria su bien, mantúvose inexorable; y ¿cuál fué el resultado? «Fué, continúa Alfieri, que por mucho tiempo no me atreví á soltar ninguna otra mentira: y ¡quién sabe si á aquella bendita gorra de dormir debo yo el haber salido uno de los hombres más enemigos de aquélla!» En cuya última frase despunta de pasada el fariseo que siempre suele tenerse por mejor que los demás hombres. Pero nosotros, que hemos de pensar que todos los liberales tienen en mucho los elevados sentimientos de su grande Alfieri, ¿por qué no hemos de esperar que los corregirémos del feo vicio, si no de decir mentiras, por lo menos de estamparlas, enviándoles con la gorra de dormir por más que griten y pateen y vociferen caridad, no á la Misa, que eso es imposible, sino á dar una vuelta por Italia, y eso no siempre que se les escapa una mentira, que eso seria harto frecuente, sino por lo menos cuando estampan un millar de ellas de una sola vez?

«No insistan, pues, los liberales en quejársenos de que no les tratamos con caridad. Digan más bien, si quieren, que la caridad que nosotros les damos, esa no la reciben de buena gana. Lo sabíamos ya. Mas eso no prueba sino que por su estragado gusto nece-

sitan ser tratados con la sábia caridad que gastan los cirujanos con sus enfermos, ó los médicos del manicomio con sus locos, ó las buenas madres con sus hijos embusteros.

«Mas aunque fuese verdad que no tratamos con caridad á los liberales, y que los tales nada de eso han de agradecernos, no por eso tendrian ellos derecho alguno á quejarse de nosotros. Sabido es que no á todo el mundo se puede hacer caridad. Nuestras facultades son muy escasas: hacemos la caridad segun la medida de ellas, prefiriendo, como es nuestro deber, á aquellos que nos manda preferir la misma ley de la caridad bien ordenada.

«Decimos nosotros (entiéndase bien) que hacemos á los liberales toda la caridad que podemos, y creemos haberlo demostrado. Mas en la suposicion de que no la hagamos, insistimos aún en que no por eso han de abrumarnos á quejas los liberales. Hé aquí un símil que hace muy á nuestro caso. Está un asesino con su puñal agarrado á un pobre inocente para clavárselo al garguero. Acierta á pasar de pronto un quidam que lleva en la mano un buen garrote, y le arrima al asesino un firme garrotazo á la cabeza, lo aturde, lo ata, lo entrega á la justicia, y libra así, por su buena estrella, de la muerte á un inocente, y de un malvado á la sociedad.

«Este tercero ¿ha faltado en nada á la caridad? Si hemos de escuchar al asesino, á quien es regular le duela el porrazo, claro que sí. Dirá tal vez, que contra lo que se llama *norma inculpatæ tutulæ,* el golpe fué asaz recio, y que con serlo menos podia bastar. Pero, á excepcion del asesino alabarán todos al pasajero, y dirán que verificó un acto, no sólo de valor, sí que de caridad, no en favor del asesino ciertamen-

te, sino en favor de su víctima. Y que si por salvar á éste abrió los cascos á aquél sin tener tiempo de medir muy escrupulosamente la fuerza del golpe, no fué ciertamente por falta de caridad, sino porque la urgencia del lance era tal, que no se podia usar de caridad para con el uno sin sacudirle lindamente al otro, y eso sin pararse en sutilezas sobre el más ó el menos de la *inculpata tutela.*

«Apliquemos la parábola. Se da á luz, por ejemplo, un folleto maldiciente, calumnioso y escandaloso contra la Iglesia, contra el Papa, contra el clero, contra cualquier cosa buena. Creen muchos que todo lo de aquel folleto es pura verdad, supuesto que es su autor un *célebre, distinguido* y *honrado* escritor, cualquiera que sea. Si sale álguien que para defender á los calumniados y librar para del error á los lectores, le arrime unos cuantos varapalos al desvergonzado autor, ¿habrá aquél faltado á la caridad?

«No podrán ahora negar los liberales que se encuentran ellos más á menudo en el caso de salteadores que en el de víctimas. ¿Qué maravilla será, de consiguiente, que lleven por ello algun trancazo? ¿Qué tendrá de extraño se quejen de que no se les trate con caridad? Ensayen empero no ser ellos tan bravucones y buscaruídos; acostúmbrense á respetar los bienes y la honra de los demás; no suelten tanta mentira; no derramen tanta calumnia; piénsenlo un poco antes de dar su fallo sobre cualquier cosa; tengan en más las leyes de la lógica y de la gramática; sean sobre todo honrados, como poco há se lo aconsejó el baron de Ricasoli, con poca esperanza de buen éxito, á pesar de la autoridad y *ejemplos* de tal consejero, y podrán entonces querellarse con razon si no se les trata con el respeto de que, como

de la libertad, pretenden ser absolutos monopolizadores.

«Mas ya que obran tan mal como escriben; ya que andan siempre con el puñal á la garganta de la verdad y de la inocencia, asesinos de una y de otra con sus hechos y con sus libros, lleven en paciencia si no podemos en nuestros periódicos prodigarles otra caridad que aquella algo dura que, creemos, áun contra su parecer, es la más provechosa, así á ellos como á la causa de los hombres de bien.»

XXVII.

En que se da fin á la tan oportuna como decisiva cita de «La Civiltá cattolica.»

Hemos defendido (prosigue) contra los liberales nuestra manera especial de escribir, demostrando que no puede estar más conforme á aquella caridad que tan de continuo nos están encomendando. Y porque hablábamos hasta aquí con liberales, á nadie habrá causado maravilla el tono irónico que hemos venido empleando con ellos, no pareciéndonos, por cierto, exceso de crueldad oponer á los dichos y hechos del Liberalismo ese poquitillo de figuras retóricas. Mas ya que tocamos hoy este asunto, no será quizá ocioso que, cambiando por supuesto de estilo, y repitiendo ahora lo que ya en otra ocasion hemos escrito á igual propósito, demos fin á este artículo con algunas palabras dirigidas en serio y con todo respeto, á los que no siendo en modo alguno liberales, antes siendo firmes adversarios de tal doctrina, puedan no obstante creer que jamás es lícito, escríbase contra quien se quiera, salirse de ciertas formas de

respeto y caridad á que tal vez han juzgado no se conformaban bastante nuestros escritos.

«A cual censura queriendo contestar nosotros, ya por el respeto que á esos tales debemos, ya por el interés que tenemos en nuestra propia defensa, no creemos poder hacerlo más cumplidamente que resumiendo aquí, con brevedad, la apología que de sí mismo hace muy extensamente el P. Mamachi, de la S. O. de Predicadores, en la *Introduccion* al libro III de su doctísima obra: *Del libre derecho de la Iglesia de adquirir y poseer bienes temporales.* «Algunos, dice, si bien confiesan quedar convencidos de nuestras razones, declárannos, sin embargo, amigablemente que hubieran deseado en las respuestas que damos á nuestros adversarios, mayor moderacion. No hemos combatido por nosotros, sino por la causa de Nuestro Señor y de su Iglesia, y por más que se nos haya atacado con manifiestas mentiras y con atroces imposturas, no hemos querido salir jamás en defensa de nuestra persona. Si empleamos, pues, alguna expresion que pueda parecer á álguien áspera ó punzante, no se nos hará la injusticia de pensar que provenga eso de mal corazon nuestro ó rencor que tengamos contra los escritores que combatimos, supuesto que no hemos recibido de ellos injuria, ni siquiera les tratamos ó conocemos. El celo que debemos todos tener por la causa de Dios es quien nos ha puesto en el caso de gritar y de *levantar como voz de trompeta* nuestra voz.

«—Pero ¿y el decoro del hombre honrado? ¿Y las leyes de la caridad? ¿Y las máximas y ejemplos de los Santos? ¿Y los preceptos de los Apóstoles? ¿Y el espíritu de Jesucristo?—

«Poquito á poco. Es verdad que los hombres ex-

traviados y errados han de ser tratados con caridad, mas eso ha de ser cuando hay fundada esperanza de llevarlos con tal procedimiento á la verdad; si no hay tal esperanza, y sobre todo si está probado por la experiencia que callando nosotros y no descubriendo al público el temple y humor del que esparce errores, redunda eso en gravísimo daño de los pueblos, es crueldad no levantar muy libremente el grito contra tal propagandista, y dejar de echarle en rostro las invectivas que tiene muy merecidas.

«De las leyes de la caridad cristiana tenian, á fe, muy claro conocimiento los santos Padres. Por esto el angélico doctor santo Tomás de Aquino, al principio de su célebre opúsculo *Contra los impugnadores de la Religion*, presenta á Guillermo y á sus secuaces (que por cierto no estaban aún condenados por la Iglesia) como enemigos de Dios, ministros del diablo, miembros del Anticristo, enemigos de la salud del género humano, difamadores, sembradores de blasfemias, réprobos, perversos, ignorantes, iguales á Faraon, peores que Joviniano y Vigilancio.» ¿Hemos acaso nosotros llegado á tanto?

«Contemporáneo de santo Tomás fué san Buenaventura, el cual juzgó deber increpar con la mayor dureza á Geraldo, llamándole «protervo, calumniador, loco, impío, que añadia necedad á necedad, estafador, envenenador, ignorante, embustero, malvado, insensato, pérfido.» ¿Alguna vez hemos llamado nosotros así á nuestros adversarios?

«Muy justamente (prosigue el P. Mamachi) es llamado melifluo san Bernardo. No nos detendrémos á copiar aquí cuanto escribió durísimamente contra Abelardo. Nos contentarémos con citar lo que escribe contra Arnaldo de Brescia, pues habiendo éste al-

zado bandera contra el clero y habiéndole querido privar de sus bienes, fué uno de los precursores de los políticos de nuestros tiempos. Trátale, pues, el santo Doctor de «desordenado, vagabundo, impostor, vaso de ignominia, escorpion vomitado de Brescia, visto con horror en Roma y con abominacion en Alemania, desdeñado del Sumo Pontífice, afamado por el diablo, obrador de iniquidad, devorador del pueblo, boca llena de maldicion, sembrador de discordias, fabricador de cismas, fiero lobo.»

«San Gregorio Magno, reprendiendo á Juan, obispo de Constantinopla, le echa en cara su «profano y nefando orgullo, su soberbia de Lucifer, sus necias palabras, su vanidad, su corto talento.»

«No de otro modo hablaron los santos Fulgencio, Próspero, Jerónimo, Siricio Papa, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Gregorio Nacianceno, Basilio, Hilario, Atanasio, Alejandro obispo de Alejandría, los santos mártires Cornelio y Cipriáno, Justino, Atenágoras, Ireneo, Policarpo, Ignacio mártir, Clemente, todos los Padres, en fin, que en los mejores tiempos de la Iglesia se distinguieron por su heroica caridad.

«Omitiré describir los cáusticos aplicados por algunos de éstos á los sofistas de su tiempo, aunque menos delirantes que los de los nuestros, y agitados de menos ardientes pasiones políticas.

«Citaré sólo algunos pasajes de san Agustin, quien observó «que los herejes son tan insolentes como poco sufridos en la reprension; que muchos, por no sufrir la coreccion, apostrofan de buscaruídos y de disputadores á aquellos que les reprenden;» añadiendo «que algunos extraviados han de ser tratados con cierta caritativa aspereza.» Veamos ahora cómo seguia él estos sus propios documentos. A varios lla-

ma «seductores, malvados, ciegos, tontos, hinchados de soberbia, calumniadores;» á otros, «embusteros, de cuyas bocas no salen más que monstruosas mentiras, perversos, maldicientes, delirantes;» á otros, «neciamente locuaces, furiosos, frenéticos, entendimientos de tinieblas, rostros desvergonzados, lenguas procaces.» Y á Juliano le decia: «Ó á sabiendas calumnias, fingiendo tales cosas, ó no sabes lo que dices, por creer á embusteros;» y en otro lugar le llama «tramposo, mentiroso, de no sano juício, calumniador, necio.»

«Digan ahora nuestros acusadores, ¿hemos dicho nosotros algo de eso, ó siquiera mucho menos?»

«Mas basta ya de ese extracto, en el cual no hemos puesto palabra nuestra, aunque algunas hemos omitido de dicho P. Mamachi, entre otras las citas de los lugares de los santos Padres, por deseo de abreviar. Por igual razon no hemos extractado la parte de la defensa en que dicho Padre saca del Evangelio iguales ejemplos de caritativa aspereza.

«De tales ejemplos, pues, bien pueden deducir nuestros amables censores, que en cualquier motivo en que afiancen su crítica, sea en un principio moral, sea en reglas de conveniencia social y literaria, si no queremos decir que su opinion resulta plenamente refutada por el ejemplo de tantos Santos, que fueron á la vez excelentes literatos, queda por lo menos muy desautorizada y muy de incierto valor.

«Y si á la autoridad de los ejemplos quiere verse reunida la de las razones, muy breve y claramente las expuso el cardenal Pallavicini, en el capítulo II del libro I de su *Historia del Concilio de Trento.* En la cual dicho autor, antes de empezar á probar como fué Sarpi «malvado, de maldad notoria, falsificador,

reo de enormes felonías, despreciador de toda religion, impío y apóstata,» dice entre otras cosas, que «así como es caridad no perdonar la vida á un malhechor, para salvar á muchos inocentes, así es caridad no perdonar la fama de un impío, para salvar la honra de muchos buenos.» Permite toda ley que, para defender á un cliente de un falso testigo, se aduzca en juicio y se pruebe lo que á éste puede infamarle, y que en otra ocasion el decirlo seria castigado con gravísima pena. Por esto yo, defendiendo en este tribunal del mundo, no á un particular cliente, sino á toda la Iglesia católica, seria vil prevaricador si no opusiese al testigo falso aquellas notas y tachas que desvirtúan y anulan su testimonio.

«Si, pues, todos creerian prevaricador al abogado que, pudiendo demostrar que su acusador es un calumniador, no lo hiciese por razones de caridad, ¿por qué no se ha de comprender de igual manera que, por lo menos, no puede acusarse de haber violado la caridad al que hace lo mismo con los perseguidores de toda clase de inocencias? Seria esto desconocer la instruccion que da san Francisco de Sales en su *Filotea,* al final del capítulo xx de la parte II. «De eso, dice, exceptúo á los enemigos declarados de Dios y de su Iglesia, los cuales deben ser difamados tanto como se pueda (por supuesto, sin faltar á la verdad), siendo gran obra de caridad gritar: «¡Al lobo!» cuando está entre el rebaño ó en cualquiera lugar en que se le divise.»

Hasta aquí *La Civiltà cattolica* (vol. I, ser. v, página 27), cuyo artículo tiene la fuerza de su elevado y respetabilísimo orígen; la fuerza de las razones incontrovertibles que aduce; la fuerza, por fin, de los gloriosos testimonios que emplaza: Nos parece que

con mucho menos basta para convencer á quien no sea liberal ó miserablemente resabiado de Liberalismo.

XXVIII.

Si hay ó puede haber en la Iglesia ministros de Dios atacados del horrible contagio del Liberalismo.

En gran manera favorece al Liberalismo el hecho, por desgracia harto comun y frecuente, de que se encuentren algunos eclesiásticos contagiados de este error. En estos casos la singular teología de ciertas gentes convierte desde luego en argumento de gran peso la opinion ó los actos de tal ó cual persona eclesiástica, y de eso hemos tenido deplorabilísimas experiencias en todos tiempos los católicos españoles. Conviene, pues, salvando todos los respetos, tocar tambien este punto y preguntar con sinceridad y buena fe: ¿Puede haber tambien ministros de la Iglesia manchados del Liberalismo?

Sí, amigo lector, sí puede haber tambien por desdicha ministros de la Iglesia liberales, y los hay de esta secta fieros, y los hay mansos, y los hay únicamente resabiados. Exactamente como sucede entre los seglares.

No está exento el ministro de Dios de pagar miserable tributo á las humanas flaquezas, y de consiguiente lo ha pagado tambien repetidas veces al error contra la fe.

¿Y qué tiene esto de particular, cuando no ha habido apenas herejía alguna en la Iglesia de Dios que no haya sido elevada ó propagada por algun clérigo? Más aún; es históricamente cierto, que no han dado

qué hacer ni han medrado en siglo alguno las herejías que no han empezado por tener clérigos á su devocion.

El clérigo apóstata es el primer factor que busca el diablo para esta su obra de rebelion. Necesita presentarla en algun modo autorizada á los ojos de los incautos, y para eso nada le sirve tanto como el refrendo de algun ministro de la Iglesia. Y como, por desgracia, nunca faltan en ella clérigos corrompidos en sus costumbres, camino el más comun de la herejía; ó ciegos de soberbia, causa tambien muy usual de todo error; de ahí que nunca le han faltado á éste apostoles y fautores eclesiásticos, cualquiera que haya sido la forma con que se ha presentado en la sociedad cristiana.

Judas, que empezó en el propio apostolado á murmurar y á sembrar recelos contra el Salvador, y acabó por venderle á sus enemigos, es el primer tipo del sacerdote apóstata y sembrador de cizaña entre sus hermanos; y Judas, adviértase, fué uno de los doce primeros sacerdotes ordenados por el mismo Redentor.

La secta de los Nicolaitas tomó origen del diácono *Nicolao,* uno de los siete primeros diáconos ordenados por los Apóstoles para el servicio de la Iglesia, y compañero de san Estéban, protomártir.

Paulo de Samosata, gran heresiarca del siglo III, era obispo de Antioquía.

De los Novacianos, que tanto perturbaron con su cisma á la Iglesia universal, fué padre y autor el presbítero de Roma Novaciano.

Melecio, obispo de la Tebaida, fué autor y jefe del cisma de los Melecianos.

Tertuliano, asimismo sacerdote y elocuente apologista, cae y muere en la herejía de los Montanistas.

Entre los Priscilianistas españoles, que tanto escándalo causaron en nuestra patria en el siglo IV, figuran los nombres de Instancio y Salviano, dos obispos, á quienes desenmascaró y combatió Higinio; fueron condenados en un concilio reunido en Zaragoza.

El principal heresiarca que ha tenido tal vez la Iglesia fué Arrio, autor del Arrianismo, que llegó á arrastrar en pos de sí tantos reinos como el Luteranismo de hoy. Arrio fué un sacerdote de Alejandría, despechado por no haber alcanzado la dignidad episcopal. Y clero arriano lo hubo en esta secta, hasta el punto de que gran parte del mundo no tuvo otros obispos ni sacerdotes durante mucho tiempo.

Nestorio, otro de los famosísimos herejes de los primeros siglos, fué monje, sacerdote, obispo de Constantinopla y gran predicador. De él procedió el Nestorianismo.

Eutiques, autor del Eutiquianismo, era presbítero y abad de un monasterio de Constantinopla.

Vigilancio, el hereje tabernero tan donosamente satirizado por san Jerónimo, habia sido ordenado sacerdote en Barcelona.

Pelagio, autor del Pelagianismo, que fué objeto de casi todas las polémicas de san Agustin, era monje, adoctrinado en sus errores sobre la gracia por Teodoro, obispo de Mopsuesta.

El gran cisma de los Donatistas llegó á contar gran número de clérigos y obispos.

De éstos dice un moderno historiador (Amat, *Hist. de la Igles. de J. C.*): «Todos imitaron luego la altivez de su jefe Donato, y poseídos de una especie de fanatismo de amor propio, no hubo evidencia, ni obsequio, ni amenaza que pudiese apartarlos de su dictámen. Los obispos se creían infalibles é impecables;

los particulares en estas ideas se imaginaban seguros siguiendo á sus obispos, áun contra la evidencia.»

De los herejes Monotelistas fué padre y doctor Sergio, patriarca de Constantinopla.

De los herejes Adopcianos, Félix, obispo de Urgel.

En la secta Iconoclasta cayeron Constantino, obispo de Natolia; Tomás, obispo de Claudiópolis, y otros Prelados, á los cuales combatió san German, patriarca de Constantinopla.

Del gran cisma de Oriente no hay que decir quiénes fueron los autores, pues sabido es lo fueron Focio, patriarca de Constantinopla, y sus obispos sufragáneos.

Berengario, el perverso impugnador de la sagrada Eucaristía, fué arcediano de la catedral de Angers.

Vicleff, uno de los precursores de Lutero, era párroco de Inglaterra; Juan Huss, su compañero de herejía, era tambien párroco de Bohemia. Fueron ambos ajusticiados como jefes de los Viclefitas y Husitas.

De Lutero sólo necesitamos recordar que fué monje agustino de Witemberg.

Zuinglio era párroco de Zurich.

De Jansenio, autor del maldito Jansenismo, ¿quién no sabe que era obispo de Iprés?

El cisma anglicano, promovido por la lujuria de Enrique VIII, fué principalmente apoyado por su favorito el arzobispo Crammer.

En la revolucion francesa, los más graves escándalos en la Iglesia de Dios los dieron los curas y obispos revolucionarios. Horror y espanto causan las apostasías que afligieron á los buenos en aquellos tristísimos tiempos. La Asamblea francesa presenció

con este motivo escenas que puede leer el curioso en Henrion ó en cualquier otro historiador.

Lo mismo sucedió después en Italia. Conocidas son las apostasías públicas de Gioberti y Fr. Pantaleone, de Passaglia, del cardenal Andrea.

En España hubo clérigos en los clubs de la primera época constitucional, clérigos en los incendios de los conventos, clérigos impíos en las Cortes, clérigos en las barricadas, clérigos en los primeros introductores del protestantismo después de 1869. Obispos jansenistas los hubo en abundancia en el reinado de Carlos III. (Véase sobre esto el tomo III de los *Heterodoxos*, por Menéndez Pelayo).

Varios de éstos pidieron y muchos aplaudieron en sendas pastorales la inicua expulsion de la Compañía de Jesús. Hoy mismo en varias diócesis españolas son conocidos públicamente algunos clérigos apóstatas, y casados inmediatamente, como es lógico y natural.

Conste, pues, que desde Judas hasta el ex Padre Jacinto, la raza de los ministros de la Iglesia traidores á su Jefe y vendidos á la herejía, se sucede sin interrupcion. Que al lado y enfrente de la tradicion de la verdad, hay tambien en la sociedad cristiana la tradicion del error; en contraste con la sucesion apostólica de los ministros buenos, tiene el infierno la sucesion diabólica de los ministros pervertidos. Lo cual no debe escandalizar á nadie. Recuérdese á propósito de esto la sentencia del Apóstol, que no se olvidó de prevenirnos: *Es preciso que haya herejías, para que se manifieste quiénes son entre vosotros los verdaderamente probados.*

XXIX.

¿Qué conducta debe observar el buen católico con tales ministros de Dios contagiados de Liberalismo?

Está bien, dirá alguno al llegar aquí. Todo esto es facilísimo de comprender, y basta haber medianamente hojeado la historia para tenerlo por averiguado. Mas lo delicado y espinoso es exponer cuál deba ser la conducta que con tales ministros de la Iglesia extraviados debe observar el fiel seglar, santamente celoso de la pureza de su fe así como de los legítimos fueros de la Autoridad.

Es indispensable establecer aquí varias distinciones y clasificaciones, y responder diferentemente á cada una de ellas.

1.° Puede darse el caso de un ministro de la Iglesia públicamente condenado como liberal por ella. En este caso bastará recordar que deja de ser católico (en cuanto á merecer la consideracion de tal) todo fiel, eclesiástico ó seglar, á quien la Iglesia separa de su seno, mientras por una verdadera retractacion y formal arrepentimiento no sea otra vez admitido á la comunion de los fieles. Cuando así suceda con un ministro de la Iglesia, es lobo el tal; no es pastor, ni siquiera oveja. Evitarle conviene, y sobre todo rogar por él.

2.° Puede darse el caso de un ministro de la Iglesia caído en la herejía, pero sin haber sido aún *oficialmente* declarado culpable por la referida Iglesia. En este caso es preciso obrar com mayor circunspeccion. Un ministro de la Iglesia caído en error contra

la fe, no puede ser *oficialmente* desautorizado más que por quien tenga sobre él jerárquica jurisdiccion. Puede, sin embargo, en el terreno de la polémica meramente científica, ser combatido por sus errores y convicto de ellos, dejando siempre la última palabra, ó sea el fallo de la polémica, á la autoridad, única infalible, del Maestro universal. Gran regla, estamos por decir única regla en todo, es la práctica constante de la Iglesia de Dios, segun aquello de un santo Padre: *Quod semper, quod ubique, quod ad omnibus*. Pues bien. Así se ha procedido siempre en la Iglesia de Dios. Los particulares han visto en un eclesiástico doctrinas opuestas á las que se han enseñado comunmente como únicas sanas. Han dado el grito sobre ellas, se han lanzado á combatirlas en el libro, en el folleto, de viva voz, y han pedido de esta suerte al magisterio infalible de Roma el fallo decisivo. Son los ladridos del perro que advierten al pastor. Apenas hubo herejía alguna en el Catolicismo que no se empezase á confundir y á desenmascarar de esta manera.

3.° Puede darse el caso de que el infeliz extraviado sea un ministro de la Iglesia, al cual debamos estar particularmente subordinados. Es preciso entonces proceder todavía con más mesura y mayor discrecion. Hay que respetar siempre en él la autoridad de Dios, hasta que la Iglesia lo declare desposeído de ella. Si el error es dudoso, hay que llamar sobre él la atencion de sus superiores inmediatos para que le pidan sobre ello clara explicacion. Si el error es evidente, no por esto es lícito constituírse en inmediata rebeldía, sino que es preciso contentarse con la resistencia pasiva á aquella autoridad, en lo que aparezca evidentemente en contradiccion con las doctrinas reconocidas por sanas en la Iglesia. Guardarle

se debe empero todo respeto exterior, obedecerle en lo que no aparezca dañada ni dañosa su enseñanza, resistirle pacífica y respetuosamente en lo que se aparte de la comun sentencia católica.

4.° Puede darse el caso (y es el más general) de que el extravío de un ministro de la Iglesia no verse sobre puntos concretos de doctrina católica, sino sobre ciertas apreciaciones de hechos ó personas, ligadas más ó menos con ella. En este caso aconseja la prudencia cristiana mirar con prevencion al tal sacerdote *resabiado*, preferir á los suyos los consejos de quien no tenga tales resabios, recordar á propósito de esto la máxima del Salvador: «Un poco de levadura hace fermentar toda la masa.» De consiguiente, una prudente desconfianza es aquí la regla de mayor seguridad. Y en esto, como en todo, pedir luz á Dios, consejo á personas dignas é íntegras, procediendo siempre con gran recelo tocante á quien no juegue muy limpio ó no hable muy claro sobre los errores de actualidad.

Y hé aquí lo único que podemos decir sobre este punto, erizado de infinitas dificultades, y que es imposible resolver en tesis general. No olvidemos una observacion que arroja torrentes de luz. Más se conoce al hombre por sus aficiones personales que por sus palabras y por sus libros. Sacerdote amigo de liberales, mendigo de sus favores y alabanzas, y ordinariamente favorecido con ellas, trae consigo, por lo regular, muy sospechosa recomendacion de ortodoxia doctrinal.

Párense nuestros amigos en este fenómeno, y verán cuán segura norma y cuán atinado criterio les da.

XXX.

Qué debe pensarse de las relaciones que mantiene el Papa con los Gobiernos y personajes liberales.

Pues entonces (salta uno), ¿qué concepto hemos de formar de las relaciones y amistades que trae la Iglesia con Gobiernos y personas liberales, que es lo mismo que decir con el Liberalismo?

Respuesta al canto.

Hemos de juzgar que son relaciones y amistades oficiales y nada más. No supone afecto alguno especial á las personas con quienes se tienen, y mucho menos aprobacion de sus actos, y muchísimo menos adhesion ó sancion á sus doctrinas. Punto es este que conviene explanar algun tanto, ya que sobre él arman gran aparato de teología liberal los sectarios del Liberalismo para combatir la sana intransigencia católica.

Conviene ante todo observar que hay en la Iglesia de Dios dos ministerios: uno que llamarémos apostólico, relativo á la propagacion de la fe y á la salvacion de las almas; y otro que podríamos muy bien llamar diplomático, relativo á sus relaciones humanas con los poderes de la tierra.

El primero es el más noble; es, por decirlo así, el primario y esencial. El segundo es inferior y subordinado al primero, á cuya auxilio únicamente se endereza. En el primero es intransigente é intolerante la Iglesia; va recta á su fin, y prefiere romperse antes que doblegarse: *Frangi, non flecti.* Véase sino la historia de sus persecuciones. Trátase de derechos divinos y de deberes divinos, y por tanto en ellos no cabe atenuacion ni transaccion. En el segundo es con-

descendiente y benévola y sufrida. Trata, gestiona, negocia, halaga para ablandar; calla tal vez para mejor conseguir; se retira quizá para mejor avanzar y para sacar luego mejor partido. Su divisa podria ser en este órden de relaciones: *Flecti, non frangi.* Trátase de relaciones humanas, y éstas admiten cierta flexibilidad y uso de especiales resortes.

En este terreno es lícito y santo todo lo que no declara malo y prohibido la ley comun en las relaciones ordinarias entre los hombres. Más claro: la Iglesia cree en esta esfera poder valerse y se vale de todos los recursos que puede utilizar una *diplomacia honrada.*

¿Quién se atreverá á echárselo en rostro? Así que envia embajadas y las recibe áun de Gobiernos malos, áun de príncipes infieles; da á los mismos y de los mismos recibe presentes y obsequios y honores diplomáticos; ofrece distinciones, títulos y condecoraciones á sus personajes; honra con frases de cortesanía y galantería á sus familias; concurre á sus fiestas por medio de sus representantes.

Pero salen luego el tonto ó el liberal y dicen como quien habla sentencias: «Pues ¿por qué hemos de aborrecer al Liberalismo y combatir á los Gobiernos liberales, cuando trata con ellos el Papa, y los reconoce y colma de distinciones?» ¡Malvado ó majadero! que una de estas cosas ó todas juntas puedes muy bien ser. Escucha una comparacion y falla luego.

Eres padre de familia y tienes cuatro ó seis hijas, á quienes educas con todo el rigorismo de la honestidad, y viven frente ó pared en medio de tu casa unas vecinas infames, y tú estás diciendo continuamente á tus hijas que aquellas mujeres no las han de tratar ni siquiera saludar, ni áun mirar; que las han

de considerar como malas y perversas; que han de aborrecer su conducta é ideas; que han de procurar distinguirse de ellas y en nada asemejarse á ellas, ni en sus dichos, ni en sus obras, ni en sus trajes. Y tus hijas, dóciles y buenas, es claro que han de observar tu ley y atenerse á tus mandatos, que no son sino de prudente y de muy avisado padre de familias. Mas hé aquí que en una ocasion se suscitan cuestiones en la vecindad sobre puntos comunes á ella, sobre confrontacion de límites ó paso de aguas, por ejemplo; y se hace preciso que tú, honrado padre, sin dejar de ser tal, trates en junta con una de aquellas infames mujeres, sin dejar de ser infames, ó por lo menos con quien las represente. Y teneis para eso vuestros tratos y cabildeos, y os hablais y os dais los cumplidos y fórmulas de cortesía usuales en sociedad, y procurais de todos modos entenderos y llegar á un acuerdo y avenencia sobre el objeto en que habeis de convenir.

¿Hablarán bien tus hijas si dicen luego: «Pues que nuestro padre trata con esas malas vecinas, no deben ser tan malas como dice él; podemos tratar con ellas tambien nosotras; buenas hemos de reputar sus costumbres; modestos sus trajes, loable y honrado su modo de vivir?» Díme, ¿no hablarian como necias tus hijas si hablasen así? pues apliquemos ahora la parábola ó comparacion.

La Iglesia es la familia de los buenos (ó que deben serlo y que desea ella lo sean). Pero vive rodeada de Gobiernos del todo perversos ó más ó menos pervertidos. Y dice á sus hijos: «Aborreced las máximas de esos Gobiernos; combatidlos; su doctrina es error, sus leyes iniquidad.» Pero al mismo tiempo, por cuestiones de interés propio ó de ambos á la vez,

se ve ella en el caso de tratar con los jefes ó representantes de tales Gobiernos malos, y efectivamente trata con ellos, recibe sus cumplidos y usa con ellos de las fórmulas de urbanidad diplomática usuales en todos los países; pacta con ellos sobre asuntos de interés comun, procurando sacar el mejor partido posible de su situacion entre tales vecinos. ¿Es malo esto? Sin duda que nó. Pero ¿no es ridículo que salga luego un católico y lo tome por sancion de doctrinas que la Iglesia no cesa de condenar, y por aprobacion de actos que la Iglesia no cesa combatir?

¡Pues qué! ¿Sanciona la Iglesia el Coran tratando de potencia á potencia con los sectarios del Coran? ¿Aprueba la poligamia, recibiendo regalos y embajadas del gran Turco? Pues del mismo modo no aprueba el Liberalismo cuando condecora á sus reyes ó ministros, cuando les envia sus bendiciones, que son simples fórmulas de cortesía cristiana que el Papa otorga hasta á los protestantes. Es sofístico pretender que la Iglesia autorice con tales actos lo que por otros actos no cesa de condenar. Su ministerio *diplomático* no anula su ministerio *apostólico;* en su ministerio apostólico debe, sí, buscarse la explicacion de las aparentes contradicciones de su ministerio diplomático.

Y así obra el Papa con los jefes de naciones, así el Obispo con los de provincias, así el Párroco con los de localidad. Y se sabe el alcance y significacion que tienen estas relaciones oficiales y diplomáticas. Sólo lo ignoran (ó fingen ignorarlo) los malaventurados sectarios ó resabiados del error liberal.

XXXI.

De las pendientes por las que con más frecuencia viene á caer un católico en el Liberalismo.

Son varias las pendientes por las que cae frecuentemente el fiel cristiano en el error del Liberalismo, é importa sobremanera señalarlas aquí, así para comprender, en vista de ellas, la razon de la universalidad que ha alcanzado esta secta, como para provenir contra sus lazos y emboscadas á los incautos.

Muy frecuentemente se cae en la corrupcion del corazon por extravío de la inteligencia, empero más frecuente es todavía caer en el error de la inteligencia por corrupcion del corazon. Esto muestra claro la historia de todas las herejías. En el principio de todas ellas se encuentra casi siempre lo mismo: ó un pique de amor propio, ó un agravio que se quiere vengar, ó una mujer tras la cual pierde el heresiarca los sesos y el alma, ó un bolson de dinero por el que vende la conciencia. Casi siempre dimana el error, no de profundos y trabajosos estudios, sino de aquellas tres cabezas de hidra que apunta san Juan y que llama: *Concupiscentia carnis, concupiscentia oculorum, superbia vitæ.* Por ahí se va á todos los errores; por ahí se va al Liberalismo. Veamos esas pendientes en sus formas más usuales.

1.ª Se hace el hombre liberal por deseo natural de independencia y ancha vida.

El Liberalismo ha de ser por necesidad simpático á la naturaleza depravada del hombre, tanto como el Catolicismo ha de serle por su propia esencia re-

pulsivo. El Liberalismo es emancipacion; el Catolicismo es enfrenamiento. El hombre caído ama, pues, por cierta muy natural tendencia suya, un sistema que legitima y canoniza el orgullo de su razon, y el desenfreno de sus apetitos. De donde, así como se ha dicho por Tertuliano que el alma en sus nobles aspiraciones es naturalmente cristiana, puede igualmente decirse que el hombre, por vicio de su orígen, nace naturalmente liberal. Es, pues, lógico que se declare tal en toda forma, así que empiece á comprender que por ahí le salen garantidos todos sus antojos y desenfrenos.

2.ª Por el anhelo de medrar. El Liberalismo es hoy dia la idea dominante. Reina en todas partes y singularmente en la esfera oficial. Es, pues, segura recomendacion para hacer carrera. Sale el jóven de su doméstico hogar, y al dar una ojeada á las distintas sendas por donde se va á la fortuna, al renombre, á la gloria, ve que en todas es condicion precisa ser de su siglo, ser liberal. No serlo es crearse á sí propio la mayor de todas las dificultades. Heroísmo, pues, se necesita para resistir al tentador, que, como á Cristo en el desierto, le dice mostrándole halagüeño porvenir: *Hæc omnia tibi dabo si cadens adoraveris me:* «Todo te lo daré si me prestas adoracion.» Y los héroes son pocos. Es, pues, natural que la mayor parte de la juventud empiece su carrera afiliándose al Liberalismo. Eso proporciona bombo en los periódicos, eso recomendacion de poderosos patronos, eso fama de ilustrado y omnisciente. El pobre ultramontano necesita mérito cien veces mayor para darse á conocer y crearse un nombre. Y en la juventud se es poco escrupuloso por lo regular. Además, el Liberalismo es esencialmente favorable á la vida pública

que tanto anhela la juventud. Tiene en perspectiva diputaciones, comisiones, redacciones, etc., que constituyen el organismo de su máquina oficial. Es, pues, maravilla de Dios y de su gracia el que se encuentre un jóven que deteste á tan insidioso corruptor.

3.° Por la codicia. La desamortizacion ha sido y sigue siendo la fuente principal de prosélitos para el Liberalismo. Se decretó este inicuo despojo tanto para privar á la Iglesia de estos recursos de humana influencia, cuanto para adquirir con ellos adeptos fervorosos á la causa liberal. Así lo han confesado sus mismos corifeos cuando se les ha acusado de haber dado casi de balde á los amigos las pingües posesiones de la Iglesia. Y ¡ay del que una vez comió de esta fruta del cercado ajeno! Un campo, una heredad, unas casas que fueron del convento ó de la parroquia y están hoy en poder de la familia tal ó cual, encadenan para siempre esta familia al carro del Liberalismo. En la mayor parte de los casos no hay probable esperanza de que dejen de ser liberales ni aún los descendientes de ella. El demonio revolucionario ha sabido poner entre ellos y la verdad esa infranqueable barrera. Hemos visto poderosas casas de labradores de la montaña, católicos puros y fervorosos hasta el 35, desde entonces acá liberales decididos y contumaces. ¿Quereis saber la explicacion? Ved aquellos regadíos ó tierras de pan llevar ó bosques que fueron del monasterio. Con ellos aquel labrador ha redondeado sus fincas, con ellos ha vendido su alma y familia á la Revolucion. Es moralmente imposible la conversion de tales injustos poseedores. En la dureza de su alma, parapetada tras de sus adquisiciones sacrílegas, se estrellan todos los argu-

mentos de los amigos, todas las invectivas de los misioneros, todos los remordimientos de la conciencia. La desamortizacion ha hecho y está haciendo el Liberalismo. Esta es la verdad.

Tales son las causas ordinarias de perversion liberal, y á ellas pueden reducirse todas las demás. Quien tenga mediana experiencia del mundo y del corazon humano, apenas podrá señalar otras.

XXXII.

Causas permanentes del Liberalismo en la sociedad actual.

Hay, además de esas pendientes por donde se va al Liberalismo, lo que podríamos llamar causas permanentes de él en la actual sociedad; y en éstas hemos de buscar los motivos por qué se hace tan difícil su extirpacion.

Son en primer lugar causas permanentes del Liberalismo las mismas que hemos antes señalado como pendientes y resbaladeros que llevan á él. Dice la filosofía: *Per quæ res gignitur, per eadem et servatur et augetur:* «Las cosas comunmente se conservan y aumentan por las mismas causas por las que nacieron.» Pero además de ellas podemos aquí todavía señalar alguna que ofrece carácter especial.

1.ª La corrupcion de costumbres. La Masonería lo ha decretado, y á la letra se cumple su programa infernal. Espectáculos, libros, cuadros, costumbres públicas y privadas, todo se procura saturar de obscenidad y lascivia; el resultado es infalible: de una generacion inmunda, por necesidad saldrá una generacion revolucionaria. Así se nota el empeño

que tiene el Liberalismo en dar rienda suelta á todo exceso de inmoralidad. Sabe bien lo que ésta le sirve. Es su natural apóstol y propagandista.

2.ª El periodismo. Es incalculable la influencia que ejercen sin cesar tantas publicaciones periódicas como esparce cada dia el Liberalismo por todas partes. Ellas hacen ¡mentira parece! que (quiera ó no) haya de vivir el ciudadano de hoy dentro de una atmósfera liberal. El comercio, las artes, la literatura, la ciencia, la política, las noticias nacionales y extranjeras, todo se da casi por conductos liberales, todo de consiguiente toma, por necesidad, color ó resabio liberal. Y se encuentrá uno, sin advertirlo, pensando y hablando y obrando á lo liberal; tal es la malefica influencia de este envenenado ambiente que se respira. El pobre pueblo lo traga con más facilidad que nadie, por su natural buena fe. Lo traga en verso, en prosa, en grabado, en serio, en broma, en la plaza, en el taller, en el campo, en todas partes. Este magisterio liberal se ha apoderado de él y no le deja ni un instante. Y se hace más funesta su accion por la especial condicion del discípulo, como dirémos ahora.

3.ª La ignorancia casi general en materias de Religion. El Liberalismo, al rodear por todas partes al pueblo de embusteros maestros, ha cuidado muy bien de incomunicarle con el único que le podia hacer notar el embuste. Este es la Iglesia. Todo el empeño del Liberalismo cien años há, es paralizar á la Iglesia, que enmudezca, que no tenga á lo más sino carácter oficial, que no logre contacto con el pueblo. A eso obedeció (confesado por los liberales) la destruccion de los conventos y monasterios; á eso las trabas puestas á la enseñanza católica; á eso el tenaz

empeño en desprestigiar y ridiculizar al clero. La Iglesia se ve rodeada de lazos artificiosamente discurridos para que en nada moleste la marcha avasalladora del Liberalismo. Los Concordatos, tal como se cumplen hoy dia en casi todas las naciones, son otras tantas argollas para apretar su garganta y entorpecer sus movimientos. Entre el clero y el pueblo se ha puesto y se procura poner más y más cada dia un abismo de odios, preocupaciones y calumnias. Así que una parte de nuestro pueblo, cristiano por el bautismo, sabe tan poco de su religion como de la de Mahoma ó de Confucio. Se procura además evitarle todo roce necesario con la parroquia, dándole registro civil, matrimonio civil, sepultura civil, etc., á fin de que acabe de romper todo lazo con la Iglesia. Es un programa separatista completo, en cuya unidad de principios, medios y fines se ve bien clara la mano de Satanás.

Cabe aún apuntar otras causas, pero ni la extension de este trabajo lo permite, ni todas se podrian decir aquí.

XXXIII.

Cuáles son los medios más eficaces y oportunos que cabe aplicar á pueblos señoreados por el Liberalismo.

INDICARÉMOS algunos.

1.° La organizacion de todos los buenos católicos. Sean pocos, sean muchos los católicos en una localidad, conózcanse, trátense, júntense. Hoy no debe haber una ciudad ó villa católica sin su núcleo de gente de accion. Esto atrae á los indecisos, da va-

lor á los vacilantes, contrapesa la influencia del *qué dirán,* hace á cada uno fuerte con la fuerza de todos. Aunque no seais más que una docena de corazones firmes, fundad una Academia de Juventud católica, una Conferencia, siquiera una Cofradía. Poneos luego en contacto con la Sociedad análoga del pueblo vecino ó de la capital; apoyaos de esta suerte en toda la comarca, Asociaciones con Asociaciones, formando como la famosa *testudo* que formaban los legionarios romanos juntando sus escudos, y esto os hará invencibles. Así unidos, por pocos que seais, levantad en alto la bandera de una doctrina sana, pura, intransigente, sin embozos ni atenuacion, sin pacto ni avenencia alguna con los enemigos. Tiene la firme intransigencia su aspecto noble, simpático y caballeresco. Es grato ver á un hombre azotado como un peñasco por todas las olas y todos los vientos, y que se está fijo, inmoble, sin retroceder. Buen ejemplo sobre todo; éste constante. Predicad con toda vuestra conducta, y predicad en todas partes con ella. Ya veréis cómo os será fácil, primero imponer respeto, luego admiracion, después simpatía. No os faltarán prosélitos. ¡Oh, si comprendiesen todos los católicos sanos el brillante apostolado seglar que de esta manera pueden ejercer en sus respectivas poblaciones! Asidos al párroco, adheridos como la hiedra al muro parroquial, firmes como su viejo campanario, pueden desafiar toda tempestad y hacer rostro á toda borrasca.

2.º Los periódicos buenos. Escoged entre los periódicos buenos el mejor y que más se adapte á las necesidades é inteligencia de los que os rodean. Leedlo, pero no os contenteis con eso, dadlo á leer, explicadlo y comentadlo, haced de él vuestra base de

operaciones. Haceos corresponsal de su Administracion, cuidad de hacer las suscriciones y pedidos, facilitadles á los pobres menestrales y labriegos esta operacion, la más enojosa de todas. Dadlo á los jóvenes que empiezan sus carreras, proponédselo por lo bello de sus formas literarias, por su académico estilo, por su gracejo y donaire. Empezarán por gustar de la salsa, y acabarán por comer lo que con ella viene guisado. Así obra la impiedad, y así hemos de obrar nosotros. Un periódico sano es de necesidad en el presente siglo. Dígase lo que se quiera de sus defectos, nunca igualarán éstos á sus ventajas y beneficios. Conviene, además, favorecer la circulacion de todo otro impreso de análogo carácter, el folleto de circunstancias, el discurso notable, la enérgica Pastoral, etc., etc.

3.° La escuela católica. Donde el maestro oficial sea buen católico y de confianza, apóyesele con todas las fuerzas; donde no, procúrese hablar claro para desautorizarle. Es en este caso la peor plaga de la localidad. Conviene que conozca todo el mundo por diablo al que es diablo, á fin de que no se le entregue incautamente lo principal, que es la educacion. Cuando así sea, búsquese modo de plantear escuela contra escuela, bandera contra bandera; si hay medio, búsquese de religiosos; si no le hay, póngase á esta buena obra cualquier íntegro seglar. Dése gratuita la escuela y á horas convenientes para todos, de mañana, de tarde, de noche; los dias festivos atráigase á los niños regalándolos y acariciándolos. Y dígaseles francamente que la otra escuela del maestro malo es la escuela de Satanás. Un revolucionario célebre, Danton, gritaba sin cesar: «¡Audacia! ¡Audacia!» Nuestro grito de siempre ha de ser: ¡Franqueza!

¡Franqueza! ¡Luz! ¡Luz! Nada como esto para ahuyentar á los avechuchos del infierno, que sólo pueden seducir á favor de la oscuridad.

XXXIV.

De una señal clarísima por la que se conocerá fácilmente cuáles cosas proceden de espíritu sanamente católico y cuáles de espíritu resabiado ó radicalmente liberal.

Vamos ahora á otra cosa, á propósito de la última palabra que acabamos de escribir. La oscuridad es el gran auxiliar de la maldad. *Qui male agit odit lucem,* ha dicho el Señor. De ahí el empeño constante de la herejía en envolverse entre nebulosidades. No hay gran dificultad en descubrir al enemigo que se presenta con la visera levantada, ni la hay en reconocer por liberales á los que empiezan de buenas á primeras á declarar que lo son. Mas esta franqueza no conviene ordinariamente á la secta. Así, pues, hay que adivinar al enemigo tras el disfraz, y éste es muchas veces hábil y cauteloso en gran manera. Añádase, además, que muy á menudo no es lince el ojo que lo ha de reconocer; se hace preciso, pues, un *criterio* fácil, llano, popular, para distinguir á cada momento lo que es obra católica de lo que es infernal añagaza del Liberalismo.

Sucede frecuentemente que se anuncia un proyecto, se da el grito de una empresa, se funda una institucion, y el fiel católico no acierta á distinguir por de pronto á qué tendencia obedece aquel movimiento, y si, de consiguiente, conviene asociarse á él ó más bien oponérsele con todas las fuerzas, máxime

cuando el infierno harta maña se da en tomar muchas veces alguno ó algunos de los colores más atractivos de nuestra bandera y en emplear, hasta en ocasiones, nuestro usual idioma. En tales casos, ¡cuántos hacen el juego á Satanás, creyendo emplearse buenamente en una obra católica! Pero se dirá: «Tiene cada cual la voz de la Iglesia, que le puede dar en esto perfecta seguridad.» Está bien. Mas la autoridad de la Iglesia no puede consultarse á cada momento ni para cada caso particular. La Iglesia suele dejar sábiamente establecidos los principios y reglas generales de conducta; la aplicacion á los mil y un casos concretos de cada dia la deja ella al criterio prudencial de cada fiel. Y los casos de esta naturaleza se presentan cada dia, y hay que resolverlos instantáneamente, sobre la marcha. El periódico que sale, la asociacion que se establece, la pública fiesta á que se convida, la suscricion para la que se pide, todo esto puede ser de Dios y puede ser del diablo; y lo peor es que puede ser del diablo presentándose, como hemos dicho, con toda la mística gravedad y compostura de las cosas de Dios. ¿Cómo guiarse, pues, en tales laberintos?

Hé aquí un par de reglitas de carácter muy práctico que nos parece pueden servir á todo cristiano para que en tan vidriosa materia ponga bien asentado el pié.

1.° Observar cuidadosamente qué clase de personas promueven el asunto. Es la primera regla de prudencia y de sentido comun. Se funda en aquella máxima del Salvador: *No puede un mal árbol dar buenos frutos*. Es evidente que personas liberales han de dar de sí por lo comun escritos, obras, empresas y trabajos liberales ó informados de espíritu liberal,

ó por lo menos lamentablemente resabiados de él. Véase, pues, cuáles son los antecedentes de aquella ó aquellas personas que organizan ó promueven la obra de que se trata. Si son tales que no os merezcan completa confianza sus doctrinas, mirad con prevencion todas sus empresas. No las reprobeis inmediatamente, pues hay un axioma de teología que dice que no todas las obras de los infieles son pecados, y lo mismo puede decirse de las de los liberales. Pero no las deis inmediatamente por buenas. Recelad de ellas, miradlas con prevecion, sujetadlas á más detenido exámen, aguardad sus resultados.

2.° Examinar qué clase de personas lo alaban. Es todavía regla más segura que la anterior. Hay en el mundo actual dos corrientes, pública y perfectamente deslindadas. La corriente católica y la corriente masónica ó liberal. La primera la forman, ó mejor, la reflejan los periódicos católicos. La segunda la reflejan y materialmente la forman cada dia los periódicos revolucionarios. La primera busca su inspiracion en Roma. A la segunda la inspira la Masonería. ¿Se anuncia un libro? ¿Se publican las bases de un proyecto? Mirad si lo aprueba y recomienda y toma por su cuenta la corriente liberal. En este caso tal obra ó proyecto están juzgados: son cosa suya. Porque es evidente que el Liberalismo, ó el diablo que le inspira, reconoce inmediatamente cuál cosa les puede dañar y cuál favorecer, y no han de ser tan necios que ayuden á lo que les es contrario ó se oponga á lo que les favorece. Tienen los partidos y sectas un instinto ó intuicion particular *(olfactus mentis,* que dijo un filósofo), el cual les revela *à priori* lo que han de mirar como suyo y lo que como enemigo. Desconfiad, pues, de todo lo que alaban y

ponderan los liberales. Es claro que le han visto á la cosa ó su orígen ó sus medio ó su fin favorables al Liberalismo. No suele equivocarse en esto el claro instinto de la secta. Más fácil es que se equivoque un periódico católico, alabando y recomendando por buena una cosa que en sí tal vez no lo sea mucho, que no un periódico liberal alabando por suya una obra de las varias sobre que se entable discusion. Más fiamos, á la verdad, del olfato de nuestros enemigos que del de nuestros propios hermanos. Al bueno, ciertos escrúpulos de caridad y de natural costumbre de pensar bien le ciegan á veces hasta el punto de que vea por lo menos sanas intenciones donde, por desgracia, no las hay. No así los malos. Estos disparan desde luego bala rasa contra lo que no se aviene con su modo de pensar, y tocan incansables el bombo de todos los reclamos en favor de lo que por un lado ú otro ayuda á su maléfica propaganda. Desconfiad, pues, de cuanto os alaben por bueno vuestros enemigos.

Hemos recogido de un periódico los siguientes versitos que, si literariamente podrian ser mejores, no pueden ser, en cambio, más verdaderos.

Dicen así, hablando del Liberalismo:

¿Dice que sí? Pues mentira.
¿Dice que no? Pues verdad.
Lo que él llama iniquidad,
Tú como virtud lo mira:
Al que persiga con ira,
Tenle tú por hombre honrado:
Mas evita con cuidado
A cualquiera que él alabe;
Si esto haces, cuanto cabe
Ya le tienes estudiado.

Se nos figura que con estas dos reglas de sentido comun, que más bien podríamos llamar de buen sentido cristiano, hay bastante, si no para dar fallo decisivo á toda cuestion, al menos para no tropezar fácilmente en las escabrosidades de este tan accidentado terreno en que andamos y luchamos los católicos de hoy. No se le olvide sobre todo al católico de nuestro siglo, que la tierra que pisa está minada por todas partes por las sectas secretas, que son las que dan voz y tono á la polémica anticatólica, y á las que inconscientemente se sirve muchísimas veces áun por los mismos que más detestan su trabajo infernal. La lucha de hoy es principalmente subterránea y contra un enemigo invisible, que rara vez se presenta con su verdadera divisa. Hay, pues, que olerle, más que verle; hay que adivinarle con el instinto, más que señalarle con el dedo. Buen olfato, pues, y sentido práctico son necesarios, más que sutiles cavilaciones y laboriosas teorías. El anteojo que les recomendamos á nuestros amigos no nos ha engañado á nosotros jamás.

XXXV.

Cuáles son los periódicos buenos y cuáles los malos, y qué se ha de juzgar de lo bueno que tenga un periódico malo, y, al revés, de lo malo en que puede incurrir un periódico bueno.

Dado que la corriente, buena ó mala, que aplaude ó condena una cosa, ha de servirle al católico sencillo de comun y familiar criterio de verdad, para vivir al menos receloso y prevenido; y dado que los periódicos suelen ser el medio en que más y mejor

se transparenta esta corriente, y á los que, por tanto, hay que acudir en más de una ocasion, puede preguntarse aquí: ¿Cuáles han de ser para un católico de hoy los periódicos que le inspiren verdadera confianza? Ó mejor: ¿Cuáles deben inspirarles poquísima, y cuáles ninguna?

Primeramente, es claro *(per se patet)* que ninguna confianza deben inspirarnos tocante á Liberalismo los periódicos que se honran (ó se deshonran) con llamarse á sí propios y portarse como liberales. ¡Cómo hemos de fiarnos de ellos, si son precisamente los enemigos contra quienes hemos á todas horas de prevenirnos, y á quienes hemos de andar constantemente hostilizando! Queda, pues, fuera de toda discusion esta parte de la consulta. Lo que se llama liberal hoy dia, ciertamente lo es; y siéndolo, es nuestro formal enemigo y de la Iglesia de Dios. No se tenga en cuenta, pues, su recomendacion ó aplauso, más que para mirar como sospechoso cuanto en Religion recomiende y aplauda.

Hay una clase, empero, de periódicos, no tan descarada y pronunciada, que gusta de vivir en la ambigüedad de indefinidos colores y de indecisas tintas. Que se llama á todas horas católica, y á ratos abomina y detesta el Liberalismo, cuanto á la palabra por lo menos. Es la comunmente conocida por católico-liberal. De esa hay que fiar menos aún, y no dejarse sorprender por sus mojigaterías y pietismos. Es seguro que en todo caso apurado predominará en ella la tendencia liberal sobre la católica, aunque entre ambas se proponga fraternalmente vivir. Así se ha visto siempre y así debe lógicamente suceder. La corriente liberal es más fácil de seguir, y en prosélitos es más numerosa, y es al amor propio más simpáti-

ca. La católica es más áspera en apariencia, tiene menos secuaces y amigos, exige navegar siempre contra el natural corrompido impulso de las ideas y pasiones. En un corazon ambiguo y vacilante, como son los tales, es, pues, regular que ésta sucumba y aquélla prevalezca. No hay que fiar, pues, en casos difíciles de la prensa católico liberal. Más aún. Tiene el inconveniente de que su fallo no nos sirve tanto como el de la otra para formularnos prueba contradictoria, por la sencilla razon de que este su fallo no es absoluto y radical en nada, y sí por lo regular acomodaticio.

La prensa buena es la prensa íntegramente buena, es decir, la que defiende lo bueno en sus principios buenos y en sus aplicaciones buenas. La más opuesta á lo reconocidamente malo, *opposita per diametrum,* como dice san Ignacio en el libro de oro de sus *Ejercicios*. La que está al lado opuesto de las fronteras del error, la que mira siempre frente á frente al enemigo, no la que á ratos vivaquea con él, ó no se opone más que á determinadas evoluciones suyas. La que es enemiga de lo malo *en todo,* ya que lo malo es malo en todo, áun en aquello bueno que por casualidad puede consigo traer alguna vez.

Y vamos á hacer una observacion para explicar esta nuestra última frase, que á muchos parecerá atrevida.

Suelen á veces periódicos malos tener algo bueno. ¿Qué ha de pensarse de esto bueno que tienen alguna vez los periódicos malos? Ha de pensarse que no les hace dejar de ser malos, si es mala su intrínseca naturaleza ó doctrina. Antes esto bueno puede, y suele ser, añagaza satánica para que se les recomiende, ó por lo menos se les disimule, lo malo esencial que

traen en sí. No le quitan á un sér malo su natural maldad ciertas cualidades accidentalmente buenas. No son buenos un ladron ó asesino, por más que recen cualquier dia un *Ave María* ó le den á un pobre una limosna. Malos son á pesar de estas obras buenas, porque es malo el conjunto esencial de sus actos, es mala la tendencia ordinaria de ellos. Y si de lo bueno que hacen se sirven para más autorizar su maldad, viene á hacerse malo por su fin, hasta aquello mismo que en sí seria ordinariamente bueno.

Al revés, sucede que periódicos buenos incurren alguna vez en tal ó cual error de doctrina, ó en algun extravío de pasion, y hacen efectivamente algo que no se les puede aprobar. ¿Han llamarse por esto malos? ¿Han de reprobarse como tales? Nó, por análoga, aunque inversa razon. Lo malo en ellos es accidental; lo bueno es lo sustancial y ordinario. Un pecado ó algunos no hacen malvado á un hombre, sobre todo si protesta no quererlos, con el arrepentimiento ó la enmienda. No es malo más que el que á sabiendas y habitualmente lo es, y protesta querer serlo. Ángeles no lo son los periodistas católicos ni mucho menos, sino hombres frágiles y miserables y pecadores. Querer, pues, se les condene por tal ó cual error ó por tal ó cual indiscrecion ó destemplanza, es tener de lo bueno y de lo virtuoso un concepto farisaico y jansenístico, reñido con todos los principios de sana moral. Si se ha de juzgar de esta suerte, ¿qué institucion habrá buena y digna de estima en la Iglesia de Dios?

Resúmen: Hay periódicos buenos y hay periódicos malos. Con éstos deben sumarse los ambiguos ó indefinidos. No le hacen bueno al malo algunas cosas buenas que tenga, ni le hacen malo al bueno algu-

nos defectos y áun pecados en que incurra. Si sobre estos principios juzga y falla lealmente el buen católico, rara vez se equivocará.

XXXVI.

Si es alguna vez recomendable la union entre católicos y liberales para un fin comun, y con qué condiciones.

OTRA cuestion se ha agitado muchísimo en nuestros dias, y es la relativa á la union entre católicos y liberales menos avanzados, para el fin comun de contener á la revolucion más radical y desencadenada. Sueño dorado ó candorosa ilusion de algunos; de otros, empero, pérfida asechanza con que sólo pretendieron (y hanlo logrado en parte) desunirnos y paralizarnos. ¿Qué hemos de pensar, pues, de tales conatos unionistas los que deseamos, sobre todo otro interés, el de nuestra santa Religion?

En tesis general hemos de pensar que no son buenas ni recomendables tales uniones. Dedúcese rectamente de los principios hasta aquí sentados. El Liberalismo es en su esencia, por moderado y mojigato que se presente en la forma, oposicion directa y radical al Catolicismo. Los liberales son, pues, enemigos natos de los católicos, y sólo en algun concepto accidental pueden tener intereses *verdaderamente* comunes.

Pueden, sin embargo, darse de esto algunos rarísimos casos. Puede, en efecto, suceder que contra una de las fracciones más avanzadas del Liberalismo sea útil en un caso dado la union de fuerzas íntegramente católicas con las de otro grupo más moderado

del propio campo liberal. Cuando realmente así convenga, deben tenerse en cuenta las siguientes bases para la union.

1.ª No partir del principio de una neutralidad ó conciliacion entre lo que son principios ó intereses esencialmente opuestos, cuales son los católicos y los liberales. Esta neutralidad ó conciliacion está condenada por el *Syllabus*, y es de consiguiente base falsa; tal union es traicion, es abandono del campo católico por parte de los encargados de defenderlo. No se diga, pues: «Prescindamos de diferencias de doctrina y de apreciacion.» Nunca se haga esta vil abdicacion de principios. Dígase ante todo: «A pesar de la radical y esencial oposicion de principios y apreciaciones, etc.» Háblese así y óbrese así para evitar confusion de conceptos, escándalo de incautos y alardes del enemigo.

2.ª Mucho menos se conceda al grupo liberal la honra de capitanearnos con su bandera. Nó; conserve cada cual su propia divisa, ó véngase por aquellos momentos á la nuestra quien con nosotros quiera luchar contra un comun enemigo. Más claro; únanse ellos á nosotros; nunca nosotros á ellos. A ellos, abigarrados siempre en su insignia, no les será tan difícil aceptar nuestro color; á nosotros, que lo queremos todo puro y sin mezcla, ha de sernos más intolerable tal barajamiento de divisas.

3.ª Nunca se crea con esto dejar establecidas bases para una accion constante y normal. No pueden serlo más que para una accion fortuíta y pasajera. Una accion constante y normal no puede establecerse más que con elementos homogéneos y que engranen entre sí como ruedas perfectamente combinadas. Para entenderse durante mucho tiempo personas radicalmente opuestas en su conviccion, fueran nece-

sarios continuos actos de heroica virtud por parte de todos. Y el heroísmo no es cualidad comun ni de todos los dias. Es exponer, pues, una obra á lamentable fracaso, edificarla sobre base de encontradas opiniones, por más que en algun punto accidental concuerden ellas entre sí. Para un acto transitorio de defensa comun ó de comun arremetida, puede muy bien intentarse esta coalicion de fuerzas, y puede ser laudable y de verdaderos resultados, siempre que no se echen en olvido las otras condiciones ó reglas que hemos puesto como de imprescindible necesidad.

A no ser con estas condiciones, no sólo no creemos favorable la union de católicos y liberales para empresa alguna, sino que la estimamos altamente perjudicial. En vez de multiplicar las fuerzas, como sucede cuando la suma es de cantidades homogéneas, paralizará y anulará el vigor de aquellas mismas que aisladas hubieran podido hacer algo en defensa de la verdad. Es cierto que hay un proverbio que dice: «¡Ay del que va solo!» Pero tambien hay otro enseñado por la experiencia y en nada opuesto á éste, que dice: «Vale más soledad que ruin compañía.» Creemos que es santo Tomás quien dice en no recordamos qué punto: *Bona est unio, ser potiör est unitas:* «Excelente cosa es la union, pero mejor es la unidad.» Si se debe, pues, sacrificar la unidad verdadera en aras de una ficticia y forzada union, nada se gana en el cambio, antes se pierde muchísimo, á nuestro pobre entender.

Además de estas consideraciones, que podrian creerse meras divagaciones teóricas, la experiencia acreditó ya de sobras lo que sale por lo regular de tales conatos de union. El resultado suele ser siempre

mayor exacerbacion de luchas y rencores. No hay ejemplo de una coalicion de éstas que haya servido para edificar ó consolidar.

XXXVII.

Prosigue la misma materia.

Y sin embargo, es este, como hemos dicho antes, el sueño dorado, la eterna ilusion de muchos de nuestros hermanos. Creen éstos que lo que le importa principalmente á la verdad es que sean *muchos* sus defensores y amigos. Número paréceles sinónimo de fuerza: para ellos sumar, aunque sean cantidades heterogéneas, es siempre multiplicar la accion; así oomo restar, es siempre disminuirla. Vamos á esclarecer un poco más este punto, y á emitir algunas últimas observaciones sobre esta ya agotada materia.

La verdadera fuerza y poder de todas las cosas, así en lo físico como en lo moral, está más en la intensidad de ellas que en su extension. Mayor volúmen de igual intensa materia es claro que da mayor fuerza; mas no por el aumento de volúmen, sino por el aumento ó suma mayor de intensidades. Es regla, pues, de buena mecánica procurar aumento en la extension y número de las fuerzas, mas á condicion de que con esto resulten verdaderamente aumentadas las intensidades. Contentarse con el aumento, sin detenerse á examinar el valor de lo aumentado, es no solamente acumular fuerzas ficticias, sí que exponerse, como hemos indicado, á que con ellas salgan paralizadas en su accion hasta las verdaderas, si algunas hubiere.

Es lo que pasa en nuestro caso, y que nos costará poquísimo demostrar.

La verdad tiene una fuerza propia suya que comunica á sus amigos y defensores. No son éstos los que se la dan á ella; es ella quien á ellos se le presta. Mas á condicion de que sea ella realmente la defendida. Donde el defensor, só capa de defender mejor la verdad, empieza por mutilarla y encogerla ó atenuarla á su antojo, no es ya tal verdad lo que defiende, sino una invencion suya, criatura humana de más ó menos buen parecer, pero que nada tiene que ver con aquella otra hija del cielo.

Esto sucede hoy dia á muchos hermanos nuestros, víctimas (algunos inconscientes) del maldito resabio liberal. Creen con cierta buena fe defender y propagar el Catolicismo; pero á fuerza de acomodarlo á su estrechez de miras y á su poquedad de ánimo, para hacerlo (dicen) más aceptable al enemigo á quien desean convencer, no reparan que no defienden ya el Catolicismo, sino una cierta cosa particular suya, que ellos llaman buenamente así, como pudieran llamarla con otro nombre. Pobres ilusos que, al empezar el combate, y para mejor ganarse al enemigo, han empezado por mojar la pólvora y por quitarle el filo y la punta á la espada, sin advertir que espada sin punta y sin filo no es espada sino hierro viejo, y que la pólvora con agua no lanzará el proyectil. Sus periódicos, libros y discursos, barnizados de catolicismo, pero sin el espíritu y vida de él, son en el combate de la propaganda lo que la espada de Bernardo y la carabina de Ambrosio, que tan famosas ha hecho por ahí el modismo popular para representar toda clase de armas que ni pinchan ni cortan.

¡Ah! nó, nó, amigos mios: preferible es á un ejér-

cito de esos una sola compañía, un solo peloton de bien armados soldados que sepan bien lo qué defienden y contra quién lo defienden y con qué verdaderas armas lo deben defender. Denos Dios de esos, que son los que han hecho siempre y han de hacer en adelante algo por la gloria de su Nombre, y quédese el diablo con los otros, que como verdadero desecho se los regalamos.

Lo cual sube de punto si se considera que no sólo es inútil para el buen combate cristiano tal hez de falsos auxiliares, sino que es embarazosa y casi siempre favorable al enemigo. Asociacion católica que deba andar con esos lastres, lleva en sí lo suficiente para que no pueda hacer con libertad movimiento alguno. Ellos matarán á la postre con su inercia toda viril energía, ellos apocarán á los más magnánimos y reblandeceran á los más vigorosos; ellos tendrán en zozobra al corazon fiel, temeroso siempre, y con razon, de tales huéspedes, que son bajo cierto punto de vista amigos de sus enemigos. Y, ¿no será triste que, en vez de tener tal asociacion un solo enemigo franco y bien definido á quien combatir, haya de gastar parte de su propio caudal de fuerzas en combatir, ó por lo menos en tener á raya á enemigos intestinos que destrozan ó perturban por lo menos su propio seno? Bien lo ha dicho *La Civiltà cattolica* en unos famosos artículos.

«Sin esa precaucion, dice, correrian peligro ciertísimo no solamente de convertirse tales asociaciones (las católicas) en campo de escandalosas discordias, mas tambien de degenerar en breve de los sanos principios, con grave ruína propia y gravísimo daño de la Religion.»

Por lo cual concluirémos nosotros este capítulo

trasladando aquí aquellas otras tan terminantes y decisivas palabras del mismo periódico, que para todo espíritu católico deben ser de grandísima, por no decir de inapelable, autoridad. Son las siguientes:

«Con sabio acuerdo las asociaciones católicas de ninguna cosa anduvieron tan solícitas como de excluir de su seno, no sólo á todo aquel que profesase abiertamente las máximas del Liberalismo, sí que á aquellos que, forjándose la ilusion de poder conciliar el Liberalismo con el Catolicismo, son conocidos con el nombre de católicos liberales.»

XXXVIII.

Si es ó no es indispensable acudir cada vez al fallo concreto de la Iglesia y de sus Pastores para saber si un escrito ó persona deben repudiarse y combatirse como liberales.

«Todo lo que acabais de exponer, dirá álguien al llegar aquí, topa, en la práctica, con una dificultad gravísima. Habeis hablado de personas y de escritos liberales, y nos habeis recomendado con gran ahinco huyésemos, como de la peste, de ellos y hasta de su más lejano resabio. ¿Quién, empero, se atreverá, por sí solo, á calificar á tal persona ó escrito de liberal, no mediando antes fallo decisivo de la Iglesia docente que así los declare?»

Hé aquí un escrúpulo, ó mejor, una tontería, que han puesto muy en boga, de algunos años acá, los liberales y los resabiados de Liberalismo. Teoría nueva en la Iglesia de Dios, y que hemos visto con asombro prohijada por quienes nunca hubiéramos imaginado pudiesen caer en tales aberraciones. Teoría,

además, tan cómoda para el diablo y sus secuaces, que en cuanto un buen católico les ataca ó desenmascara, al punto se les ve acudir á ella y refugiarse en sus trincheras, preguntando con aires de magistral autoridad: «¿Y quién sois vos para calificarme á mí ó á mi periódico de liberales? ¿Quién os ha hecho maestro en Israel para declarar quién es buen católico y quién nó? ¿Es á vos á quien se ha de pedir *patente de catolicismo?*» Esta última frase, sobre todo, ha hecho fortuna, como se dice, y no hay católico resabiado de liberal que no la saque, como último recurso, en los casos graves y apurados. Veamos, pues, qué hay sobre eso, y si es sana teología la que exponen los católico-liberales sobre el particular. Planteemos antes limpia y escueta la cuestion. Es la siguiente:

Para calificar á una persona ó á un escrito de liberales, ¿debe aguardarse siempre el fallo concreto de la Iglesia docente sobre tal persona ó escrito?

Respondemos resueltamente que de ninguna manera. De ser cierta esta paradoja liberal, fuera ella indudablemente el medio más eficaz para que en la práctica quedasen sin efecto las condenaciones todas de la Iglesia, en lo referente así á escritos como á personas.

La Iglesia es la única que posee el supremo magisterio doctrinal de derecho y de hecho, *juris et facti*, siendo su suprema autoridad, personificada en el Papa, la única que definitivamente y sin apelacion puede calificar doctrinas en abstracto, y declarar que tales doctrinas las contiene ó enseña en concreto el libro de tal ó cual persona. Infalibilidad no por ficcion legal, como la que se atribuye á todos los tribunales supremos de la tierra, sino real y efectiva, co-

mo emanada de la continua asistencia del Espíritu Santo, y garantida por la promesa solemne del Salvador. Infalibilidad que se ejerce sobre el dogma y sobre el hecho dogmático, y que tiene por tanto toda la extension necesaria para dejar perfectamente resuelta, en última instancia, cualquier cuestion.

Ahora bien. Esto se refiere al fallo último y decisivo, al fallo solemne y autorizado, al fallo irreformable é inapelable, al fallo que hemos llamado en última instancia. Mas no excluye para luz y guia de los fieles otros fallos menos autorizados, pero sí tambien muy respetables, que no se pueden despreciar y que pueden hasta obligar en conciencia al fiel cristiano. Son los siguientes, y suplicamos al lector se fiije bien en su gradacion:

1.° El de los Obispos en sus diócesis. Cada Obispo es juez en su diócesis para el exámen de las doctrinas y calificacion de ellas, y declaracion de cuáles libros las contienen y cuáles no. Su fallo no es infalible, pero es respetabilísimo y obliga en conciencia, cuando no se halla en evidente contradiccion con otra doctrina préviamente definida, ó cuando no le desautoriza otro fallo superior.

2.° El de los Párrocos en sus feligresías. Este magisterio está subordinado al anterior, pero goza en su más reducida esfera de análogas atribuciones. El Párroco es pastor, y puede y debe, en calidad de tal, discernir los pastos saludables de los venenosos. No es infalible su declaracion, pero debe tenerse por digna de respeto, segun las condiciones dichas en el párrafo anterior.

3.° El de los directores de conciencias. Apoyados en sus luces y conocimientos, pueden y deben los confesores decir á sus dirigidos lo que les parezca,

acerca tal doctrina ó libro sobre que se les pregunta: apreciar segun las reglas de moral y filosofía si tal lectura ó compañía puede ser peligrosa ó nociva para su confesado, y hasta pueden con verdadera autoridad intimarle se aparte de ellas. Tiene, pues, tambien un cierto fallo sobre doctrinas y personas el confesor.

4.° El de los simples teólogos consultados por el fiel seglar. *Peritis in arte credendum,* dice la filosofía; «se ha de creer á cada cual en lo que pertenece á su profesion ó carrera.» No se entiende que goce en ella el tal de verdadera infalibilidad, pero sí que tiene una cierta especial competencia para resolver los asuntos con ella relacionados. Ahora bien. Al teólogo graduado le da la Iglesia un cierto derecho oficial para explicar á los fieles la ciencia sagrada y sus aplicaciones. En uso de este derecho escriben de teología los autores, y califican y fallan segun su leal saber y entender. Es, pues, cierto que gozan de una cierta autoridad científica para fallar en asuntos de doctrina, y para declarar qué libros la contienen ó qué personas la profesan. Así simples teólogos censuran y califican, por mandato del Prelado, los libros que se dan á la imprenta, y garantizan con su firma su ortodoxia. No son infalibles, pero le sirven al fiel de norma primera en lo casero y usual de cada dia, y deben éstos atenerse á su fallo hasta que lo anule otro superior.

5.° El de la simple razon humana debidamente ilustrada. Sí, señor, hasta eso es *lugar teólogico,* como se dice en teología; es decir, hasta eso es criterio científico en materia de religion. La fe domina á la razon; ésta debe estarle en todo subordinada. Pero es falso que la razon nada pueda por sí sola; es falso que la

luz inferior encendida por Dios en el entendimiento humano no alumbre nada, aunque no alumbre tanto como la luz superior. Se le permite, pues, y áun se le manda al fiel discurrir sobre lo que cree, y sacar de ello consecuencias, y hacer aplicaciones, y deducir paralelismos y analogías. Así puede el simple fiel desconfiar ya á primera vista de una doctrina nueva que se le presente, segun sea mayor ó menor el desacuerdo en que la vea con otra definida. Y puede, si este desacuerdo es evidente, combatirla como mala, y llamar malo al libro que la sostenga. Lo que no puede es definirla *ex cathedra;* pero tenerla para sí como perversa, y como tal señalarla á los otros para su gobierno, y dar la voz de alarma y disparar los primeros tiros, eso puede hacerlo el fiel seglar; eso lo ha hecho siempre y se lo ha aplaudido siempre la Iglesia. Lo cual no es hacerse pastor del rebaño, ni siquiere humilde zagal de él: es simplemente servirle de perro para avisar con sus ladridos. *Oportet adlatrare canes,* recordó á propósito de esto muy oportunamente un gran Obispo español, digno de los mejores siglos de nuestra historia.

¿Por ventura no lo entienden así los más celosos Prelados, cuando, en repetidas ocasiones, exhortan á sus fieles á abstenerse de los malos periódicos ó de los malos libros sin indicarles cuáles sean éstos, persuadidos como están de que les bastará su natural criterio ilustrado por la fe para distinguirlos, aplicando las doctrinas ya conocidas sobre la materia? Y el mismo *Índice* ¿contiene acaso los títulos de todos los libros prohibidos? ¿No figuran al frente de él, con el carácter de *Reglas generales del Índice,* ciertos principios á los que debe atenerse un buen católico para considerar como malos muchos impresos que el *In-*

dice no designa, pero que, sobre las reglas dadas, quiere que juzgue y falle por sí propio cada uno de los lectores?

Pero vengamos á una consideracion más general. ¿De qué serviria la regla de fe y costumbres, si á cada caso particular no pudiese hacer inmediata aplicacion de ella el simple fiel, sino que debiese andar de continuo consultando al Papa ó al Pastor diocesano? Así como la regla general de costumbres es la ley, y sin embargo tiene cada uno dentro de sí una conciencia *(dictamen practicum)* en virtud de la cual hace las aplicaciones concretas de dicha regla general, sin perjuicio de ser corregido, si en eso se extravia; así en la regla general de lo que se ha de creer, que es la autoridad infalible de la Iglesia, consiente ésta, y ha de consentir, que haga cada cual con su particular criterio las aplicaciones concretas, sin perjuício de corregirle, y obligarle á retractacion si en eso yerra. Es frustar la superior regla de fe, es hacerla absurda é imposible exigir su concreta é inmediata aplicacion por la autoridad primera, á cada caso de cada hora y de cada minuto.

Hay aquí un cierto jansenismo feroz y satánico, como el que habia en los discípulos del malhadado Obispo de Iprés al exigir para la recepcion de los santos Sacramentos disposiciones tales, que los hacian moralmente imposibles para los hombres, á cuyo provecho están destinados. El rigorismo ordenancista que aquí se invoca es tan absurdo como el rigorismo ascético que se predicaba en Port-Royal, y seria aún de peores y más desastrosos resultados. Y sino, obsérvese un fenómeno. Los más rigoristas en eso son los más empedernidos sectarios de la escuela liberal. ¿Cómo se explica esa aparente contradiccion?

Explícase muy claramente, recordando que nada convendria tanto al Liberalismo, como esa legal mordaza puesta á la boca y á la pluma de sus más resueltos adversarios. Seria á la verdad gran triunfo para él lograr que, só pretexto de que nadie puede hablar con voz autoritativa en la Iglesia, más que el Papa y los Obispos, enmudeciesen de repente los De Maistre, los Valdegamas, los Veuillot, los Villoslada, los Aparisi, los Tejado, los Orti y Lara, los Nocedal, de que siempre, por la divina misericordia, ha habido y habrá gloriosos ejemplares en la sociedad cristiana. Eso quisiera él, y que fuese la Iglesia misma quien le hiciese ese servicio de desarmar á sus más ilustres campeones.

XXXIX.

¿Y qué me decís de la horrible secta del «Laicismo,» que desde hace poco, al decir de algunas gentes, causa tan graves estragos en nuestro país?

Esta es la ocasion de hablar del *Laicismo,* de esa *espantosa secta,* como se la ha llamado, que ha tenido el singular privilegio de excitar la pública atencion en estos últimos tiempos, en que apenas ninguna otra cuestion teológica ha merecido este honor. Gran monstruo habrá debido de ser el de que aquí se trata, cuando con tan general rebato se han creído en el caso de embestir contra él hasta los menos aficionados á polémica religiosa, hasta los menos inclinados á velar por la honra de la Iglesia. El *Laicismo* ha sido una herejía singular de estos últimos tiempos, que ha tenido contra sí la saña de todos los que aborrecen á Jesucristo. ¡Habrá rareza como

esta! En cambio, haberse levantado un hombre, sea seglar, sea eclesiástico, contra el *Laicismo,* ha sido al punto título de gloria y motivo de ruidoso aplauso y palmoteo en el campo francmason. Hé aquí un hecho que nadie puede desmentir, porque ha pasado á la vista de todos. ¿No podria ser este un dato suficiente para dejar completamente resuelto desde el primer momento tan pavoroso problema?

Mas ¿qué es el *Laicismo*? Sus fieros contradictores se han tomado más bien la pena de anatematizarlo desde sus respectivas cátedras, más ó menos autorizadas, que de definirlo. Nosotros, que andamos años há en tratos públicos y privados con él, ensayarémos sacarlos de este apuro y darles, para que tengan alguna base en sus invectivas, una definicion.

De *Laicismo* se han calificado tres cosas:

1.ª La pretendida exageracion de la iniciativa seglar en la calificacion de personas y de doctrinas.

2.ª La pretendida exageracion de la iniciativa seglar en la direccion y organizacion de obras católicas.

3.ª La pretendida falta de sumision de ciertos seglares á la autoridad episcopal.

Hé aquí los tres puntos del enconado proceso que contra los laicistas se ha entablado de dos ó tres años acá. Excusado es decir que esos tres puntos que damos aquí claramente deslindados por primera vez, nunca los ha deslindado en sus fogosas peroratas el ampuloso fical que ha llevado principalmente la voz contra nosotros. Eso de concretar cargos y precisar conceptos no debe de entrar en las leyes de su polémica, por todo extremo original. Mucho vociferar á grito herido: «¡Cisma! ¡cisma! ¡secta! ¡secta! ¡rebeldía! ¡rebeldía! » mucho ponderar los fueros y prerogativas de la autoridad episcopal, mucho probar con

autoridades y cánones verdades que nadie niega sobre esta autoridad; pero nada de acercarse (ni de lejos) al verdadero punto del debate; nada de probar gravísimas acusaciones, olvidando que, acusacion que no se prueba, deja de ser acusacion y pasa á ser desvergonzada calumnia. ¡Oh, qué lujo de erudicion, qué profundidad de teología, qué sutileza de derecho canónico, qué énfasis de retórica escolar se ha malgastado en probar que eran los peores enemigos de la causa católica sus más firmes defensores; que eran los autores y fautores del *Laicismo,* precisamente los de continuo apostrofados de *Clericalismo;* que tendian á emanciparse del santo magisterio episcopal los que han sido en todos tiempos los más adictos y dóciles al cayado de sus Pastores, en lo que pertenece á su jurisdiccion!

Esta última frase (en lo que pertenece á su jurisdiccion) la tienen en lamentable y tal vez calculado olvido los fieros impugnadores del mal llamado *Laicismo,* y con tanto traer y llevar por arriba y por abajo la Encíclica *Cum multa,* diríase no han acertado aún á ver en ella ese paréntesis, que da de lo más sustancioso de ella la debida y natural explicacion. En efecto; todas las acusaciones de rebeldía dirigidas contra ciertas asociaciones y periódicos, estarian muy en su lugar siempre que se probase (como efectivamente nunca se ha probado ni se probará) que tales asociaciones y periódicos, al resistirse con varonil firmeza á formar parte de la malhadada *union* católico-liberal que se les quiso canónicamente imponer, resistieron á su natural jefe religioso *en algo que era de su jurisdiccion.* El colosal talento de los descubridores é impugnadores del *Laicismo* podria bien ocuparse en eso, que seria tarea digna de su laboriosidad, y que

por cierto habian de tardar en ver concluida. Mas ¿qué hacer? No les ha dado por ahí á los antilaicistas, ni debe haber para ellos señalado en su manualito de Lógica aquel vicio llamado *mutatio elenchi,* que es el que de continuo les hace cantar *extra chorum,* por no emplear otro modismo, si más gráfico, menos limpio y oloroso, que tiene entre los suyos el enérgico idioma catalan.

Es por de pronto un *Laicismo* singular éste que en España, y en Cataluña sobre todo, anda al frente de todas las obras católicas vulgarmente llamadas ultramontanas; que á la voz del Papa levanta romerías; que para secundar al Papa cubre adhesiones con millares de firmas; que para socorer al Papa manda de continuo á Roma limosnas y más limosnas; que está siempre al lado de sus Prelados en cuanto éstos ordenen para combatir á la impiedad; que funda y paga y sostiene escuelas católicas contra las llamadas laicas y protestantes; que forma, en una palabra, en la academia, en el templo, en la prensa, el grupo más ardientemente batallador en defensa de los derechos de la fe y de la Santa Sede. Es un *Laicismo* raro y fenomenal éste del cual son amigos é inspiradores los sacerdotes más ejemplares, y focos las casas religiosas más observantes; que ha recibido en pocos años él solo más bendiciones expresas de Su Santidad que cualquier otro grupo en medio siglo de fecha; que lleva sobre sí el certificado más auténtico de ser cosa de Cristo en la animadversion y rabia con que le miran y tratan todos los enemigos más declarados del nombre cristiano. ¿No es verdad que es este un *Laicismo* que en todo se parece al más puro Catolicismo?

Resúmen: que no hay tal *Laicismo* ni cosa que lo

parezca. Hay, sí, un puñado de católicos seglares que valen por un ejército, y que incomodan de veras á la secta católico-liberal, que tiene por eso muy legítima y justificada razon para odiarlos.

Y hay además:

1.° Que el católico seglar ha podido siempre, y puede y debe con más justo motivo hoy dia, dadas las presentes circunstancias, tomar parte muy activa en la controversia religiosa, exponiendo doctrinas, calificando libros y personas, desenmascarando fachas de sospechosa catadura, tirando derecho á los blancos que de antemano le señala la Iglesia. Entre los cuales el blanco preferente debe ser en nuestros dias el error contemporáneo del Liberalismo, y su hijuela y cómplice y encubridor el *catolicismo liberal*, contra los cuales cien veces ha dicho el Papa que era muy recomendable guerreasen sin cesar todos los buenos católicos, áun los seglares.

2.° Que el fiel seglar ha podido en todos tiempos, y puede hoy emprender, organizar, dirigir y llevar á cabo toda suerte de obras católicas, con sujecion á los trámites que para eso prescribe el Derecho canónico, y sin otra limitacion que la que éste señala. De lo cual nos dan ejemplo grandes Santos que, siendo simples seglares, han creado en la Iglesia de Dios magníficas instituciones de todo género, y hasta verdaderas Ordenes religiosas, como fué san Francisco de Asis, que, ¡pásmense los antilaicistas! nunca llegó á ser sacerdote, ni era subdiácono, sino un pobre seglar, cuando puso los cimientos de la suya. Con mucha mayor razon se puede, pues, fundar un periódico, una academia, un círculo, ó un casino propagandista, sin más que atenerse á las reglas generales que para esto establece, nó el criterio de un

hombre, sea el que fuere, sino la sábia legislacion canónica, de quien son súbditos todos y á quien deben ser todos obedientes, desde el Príncipe más alto de la Iglesia hasta el más oscuro seglar.

3.° Que tratándose de cuestiones libres no hay rebeldía ni desobediencia en que quiera resolverlas cada periódico ó asociacion ó individuo segun su criterio particular. Siendo muy de notar, aunque nada extraño, que en eso tengamos los católicos que dar lecciones á los liberales de cuáles sean los fueros de la verdadera libertad cristiana, y de cuán distinta es la noble sumision de la fe, del bajo y rastrero servilismo. Las opiniones *libres* ni el confesor puede imponerlas á su confesado, aunque las crea más provechosas ó seguras, ni el Párorco á su feligrés, ni el Prelado á sus diocesanos, y seria muy conveniente que sobre eso diesen nuestros ilustrados contradictores un repaso al Bouix, ó por lo menos al P. Larraga. Por lo mismo no hay crímen, ni hay pecado, ni hay siquiera falta venial (y mucho menos herejía, cisma ó cualquiera otra majadería) en ciertas resistencias. Son resistencias que la Iglesia autoriza y que por tanto nadie puede condenar. Eso sin prejuzgar si tales resistencias son algunas veces no sólo lícitas, sí que recomendables; y no sólo recomendables, sí que obligatorias en conciencia. Como seria, si de buena ó mala fe, con rectas ó no rectas intenciones, se pretendiese llevar á un súbdito á que suscribiese fórmulas ó adoptase actitudes, ó aceptase connivencias abiertamente favorables al error, y deseadas y urdidas y aplaudidas por los enemigos de Jesucristo. En tal caso el deber del buen católico es la resistencia á todo trance, y antes morir que condescender.

Hé aquí lo que hay sobre la tan debatida cuestion

del *Laicismo*, que mirada á buena luz y con mediano conocimiento de la materia, ni siquiera llega á ser cuestion. De ser cierta la teología que sobre eso han sentado los padres graves del catolicismo-liberal, póco le quedaria que hacer al diablo para ser dueño del campo, porque en rigor, todo se lo daríamos ya hecho con nuestras propias manos. Para hacer imposible en la práctica todo movimiento católico seglar, no hay mejor recurso que exigirle tales condiciones por las que resulte moralmente impracticable. En una palabra, lo hemos dicho ya: Jansenismo puro es éste, al que por fortuna le ha caído ya el disfraz.

XL.

Si es más conveniente defender en abstracto las doctrinas católicas contra el Liberalismo, ó defenderlas por medio de una agrupacion ó partido que las personifique.

¿Es más conveniente defender en abstracto las doctrinas católicas contra el Liberalismo, ó defenderlas formando un partido que las personifique?

Esta cuestion se ha propuesto mil veces, aunque nunca seguramente con la franqueza con que nos atrevemos nosotros á proponerla aquí. De la confusion de ideas que hay sobre esto, áun entre muchos que son indudablemente verdaderos católicos, han nacido tantas proyectadas y siempre fracasadas fórmulas de *union*, fuera ó con abstraccion de la cuestion política, fórmulas en algunos, sin duda bien intencionadas, aunque en otros hayan sido máscara de astutas y pérfidas maniobras.

Volvemos, pues, á preguntar con toda sinceridad y llaneza: ¿Conviene más defender las ideas antiliberales *en abstracto,* ó defenderlas *en concreto,* ó sea personificadas en un partido franca y resueltamente antiliberal?

Una buena parte de nuestros hermanos, los que pretenden (aunque no lo consiguen) aparecer neutrales en política, dicen que sí conviene. Nosotros sostenemos decididamente que nó. Es decir, creemos que es mejor, y que es lo único práctico y viable y eficaz, atacar al Liberalismo y defender y oponerle las ideas antiliberales, no en abstracto, sino en concreto, esto es, no solamente por medio de la palabra hablada ó escrita, sino por medio de un partido de accion, perfectamente antiliberal.

Vamos á probarlo.

¿De qué se trata aquí? Trátase de defender ideas prácticas y de práctica aplicacion á la vida pública y social, y á las relaciones entre los modernos Estados y la Iglesia de Dios. Ahora bien, tratándose de buscar, ante todo, resultados inmediatamente prácticos, son los más conducentes á este fin los procedimientos más prácticos. Y lo más práctico aquí es, no la defensa simplemente abstracta y teórica de las doctrinas, sino ayudar y favorecer á los que en el terreno práctico procuran plantearlas, y combatir, desautorizar y aniquilar, si se pudiese, á los que en el mismo terreno práctico se oponen á su realizacion.

Cansados estamos de idealismos místicos y poéticos, que á nada conducen más que á una vaga admiracion de la verdad, si á tanto llegan. A la Iglesia, como á Dios, se la ha de servir *spiritu et veritate,* «en espíritu y en verdad;» *cogitatione, verbo et opere*, «con pensamiento, palabra y obra.» El problema actual,

en que anda revuelto el mundo, es *brutalmente* práctico en toda la propiedad del adverbio subrayado. Más que con razones, pues, se ha de resolver con obras, que obras son amores y nó buenas razones, dice el refran. No es principalmente la cháchara liberal lo que ha trastornado al mundo, sino el trabajo eficaz y práctico de los sectarios del Liberalismo. Con la mano más que con la lengua se ha destronado á Dios y al Evangelio de su socíal soberanía de diez y ocho siglos; con la mano más que con la lengua se los ha de volver á colocar en su trono. Las ideas, hemos dicho ya más arriba, no se sostiene en el aire, ni hacen camino por sí solas, ni por sí solas producen en el mundo general conflagracion. Son pólvora que no se inflama si no hay quien, aplicando la mecha, la ponga en combustion. Las herejías puramente teóricas y doctrinales han dado poco que hacer á la Iglesia de Dios: más le ha servido al error el brazo que blande la espada, que la pluma que escribe falsos silogismos. Nada hubiera sido el Arrianismo sin el apoyo de los emperadores arrianos; nada el Protestantismo sin el favor de los príncipes alemanes deseosos de sacudir el yugo de Carlos V; nada el Anglicanismo sin el de los lores ingleses cebados por Enrique VIII con los bienes de los Cabildos y monasterios. Urge, pues, oponer á la pluma, la pluma; á la lengua, la lengua; pero principalmente al trabajo, el trabajo; á la accion, la accion; al partido, el partido; á la política, la política; á la espada (en ocasiones dadas), la espada.

Asi se han hecho siempre las cosas en el mundo, y asi se harán hasta la fin de él. Prodigios no los suele obrar Dios para la defensa de la fe, más que en los principios de ella. Arraigada ésta en un pueblo, quie-

re que sea defendida humanamente y al modo humano la que en el mundo y al modo humano ha descendido á vivir.

Lo que se llama, pues, un partido católico, sea cualquiera el otro apellido que se le dé, es hoy dia una necesidad. Tanto significa como haz de fuerzas católicas, núcleo de buenos católicos, union de trabajos católicos, para obrar en el terreno humano en favor de la Iglesia, allí donde la Iglesia jerárquica no puede muchas veces descender. Que se procure una política católica, una legalidad católica, un gobierno católico, por medios dignos y católicos, ¿quién lo puede reprobar? ¿No bendijo la Iglesia en la Edad media la espada de los cruzados, y en la moderna la bayoneta de los zuavos pontificios? ¿No les dió su pendon? ¿No fué ella la que les prendió al pecho la divisa? Si san Bernardo no se contentó con escribir sobre eso patéticas homilías, sino que reclutó soldados y los lanzó á la costas de Palestina, ¿qué inconveniente hay en que un partido católico se lance hoy dia á la cruzada que permitan las circunstancias, la de los periódicos, la de los círculos, la de los votos, la de la pública manifestacion, mientras aguarda la hora histórica en que disponga Dios enviar á favor de su pueblo cautivo la espada de un nuevo Constantino ó de un segundo Carlomagno?

Extraño será no le parezcan blasfemias estas verdades á la secta liberal. Pues, por lo mismo nos han de parecer á nosotros las máximas más sólidas y las más oportunas hoy dia.

XLI.

Si es exageracion no reconocer como partido perfectamente católico más que á un partido que sea radicalmente antiliberal.

«Nos convence lo que acabais de decir (exclamará alguno de los nuestros, de los nuestros, sí, pero aprensivo y miedoso en demasía por todo lo que suene á política y á partido); mas ¿cuál ha de ser este partido á que se afilie el buen católico para defender, como decís, concreta y prácticamente su fe contra la opresion del Liberalismo? El espíritu de partido puede aquí alucinaros y hacer que, áun á pesar vuestro, os inflame más el deseo de favorecer por medio de la Religion una determinada causa política, que no el de favorecer por medio de la política á la Religion.»

Parécenos, amigo lector, que estampamos aquí la dificultad en toda su fuerza y tal como se la oye proponer por multitud de personas. Afortunadamente nos costará poquísimo desvanecerla, por más que en ella se encuentren como atascados y atarugados muchos de nuestros hermanos.

Afirmamos, pues, sin temor de que nadie pueda lógicamente contradecirnos, que, para combatir al Liberalismo, lo más procedente y lógico es trabajar en mancomunidad de miras y esfuerzos con el partido más radicalmente antiliberal.

—¡Hombre! ¡Eso es verdad de Pero Grullo!

—Pero es verdad. Y ¿quién tiene la culpa si á ciertas gentes hay que presentarles las más sólidas verdades de la filosofía en forma de vulgares perogrulladas? Nó, no es espíritu de partido, sino espíritu de

verdad, afirmar que no puede eficazmente oponerse al Liberalismo más que un partido verdaderamente católico, y afirmar en seguida que no es partido radicalmente católico más que un partido radicalmente antiliberal.

Esto escuece naturalmente á ciertos paladares estragados por salsas mestizas, pero es incontestable. El Catolicismo y el Liberalismo son sistemas de doctrinas y de procedimientos esencialmente opuestos, como creemos haber demostrado en estos nuestros artículos; forzoso se hace, pues, reconocer, aunque cueste y amargue, que no se es íntegramente católico sino en cuanto se es íntegramente antiliberal. Estas ideas dan una ecuacion rigurosamente matemática. Los hombres y los partidos (salvo en ellos error de buena fe) en tanto son católicos por sus doctrinas, en cuanto no profesan idea alguna anticatólica, y es clarísimo que profesarán doctrina anticatólica siempre y cuando conscientemente profesen en todo ó en parte alguna doctrina liberal. Decir, pues: Tal partido liberal ó tal persona conscientemente liberal no son católicos, es fórmula tan exacta como decir: Tal cosa blanca no es negra, ó tal otra colorada no es azul. Es simplemente enunciar de un sujeto lo que lógicamente resulta de aplicarle el principio de contradiccion: *Nequit idem simul esse et non esse:* «No puede algo ser y juntamente dejar de ser.» Venga, pues, acá el más pintado liberal y díganos si hay en el mundo teorema de matemáticas que concluya mejor que éste: No hay más partido perfectamente católico que un partido que sea radicalmente antiliberal.

No es, pues, partido católico, repetimos, ni aceptable en buena tesis para católicos, más que el que profese y sostenga y practique ideas resueltamente

antiliberales. Cualquier otro, por respetable que sea, por conservador que se presente, por órden material que proporcione al país, por beneficios y ventajas que *accidentalmente* ofrezca á la misma Religion, no es partido católico desde el momento en que se presenta basado en principios liberales, ú organizado con espíritu liberal, ó dirigido á fines liberales. Y decimos así, refiriéndonos á lo que más arriba hemos indicado, esto es, que hay liberales que del Liberalismo aceptan los principios tan sólo, sin querer las aplicaciones; al paso que hay otros que aceptan las aplicaciones sin querer admitir (por lo menos descaradamente) los principios. Repetimos, pues, que un partido liberal no es católico, ya sea liberal en cuanto á sus principios, ya no lo sea en cuanto á sus aplicaciones, como lo blanco no es negro, como lo cuadrado no es circular, como el valle no es montaña, como la oscuridad no es luz.

El periodismo revolucionario, que ha traído al mundo para confusion de él una filosofía y una literatura suyas especiales, ha inventado tambien un modo de discurrir especialmente suyo. Que es, no discurrir como antiguamente se solia, sacando de principios consecuencias, sino discurrir como se usa en las plazuelas y en los corros de comadres, moverse por impresion, vociferar á diestro y á siniestro pomposas palabrotadas *(sesquipedalia verba)*, y aturdir y marear al entendimiento propio y al ajeno con desatado turbion de prosa volcánica, en vez de alumbrarle y dirigirle con la clara y serena lumbre de bien seguida argumentacion. Es seguro, por lo mismo, que se escandalizará de que neguemos el dictado de católicos á tantos partidos representados en la vida pública por hombres que, vela en mano,

concurren á nuestras procesiones; y representados en la prensa por tantos órganos que cantan endechas allá por Semana Santa al Mártir del Gólgota (estilo progresista puro), ó villancicos en Noche-Buena al Niño de Belen, y que se creen con esto solo tan representantes de una política católica, como pudieran el gran Cisneros ó nuestra ínclita primera Isabel. Y sin embargo... escandalícense ó no, les dirémos que tan católicos son ellos, como fueron éstos luteranos ó francmasones. Cada cosa es lo que es, y nada más. Todas las apariencias buenas no harán sea bueno lo que en su esencial naturaleza es malo. Y hable en católico y hágalo todo en apariencia como católico el liberal, liberal será y no católico. Todo lo más será liberal vergonzante que de los católicos anda remedando idioma, traje, forma y buen parecer.

XLII.

Dase de paso una explicacion muy clara y sencilla de un lema, por muchos mal comprendido, de la «Revista popular.»

«Cómo dejais, pues, dirá alguno, tan mal parado el lema para muchos dogmático, y que tanto ha resonado por ahí: «Nada, ni un pensamiento, para la «política.—Todo, hasta el último aliento, para la Re«ligion?»

El tal lema, amigos mios, queda muy en su lugar y caracteriza perfectamente, sin menoscabo de las doctrinas hasta aquí expuestas, á la publicacion de Propaganda popular que lo escribe cada semana al frente de sus columnas.

Su explicacion es obvia, y nace del mismo carác-

ter de la Propaganda popular, y del sentido meramente popular que en ella tienen determinadas expresiones.

Vamos á verlo rápidamente.

Política y Religion, en su sentido más elevado y metafísico, no son ideas opuestas ni áun separadas; al revés, la primera se contiene en la segunda, como la parte se contiene en el todo, ó como la rama se contiene en el árbol, para valernos de más vulgar comparacion. La política, ó sea el arte de gobernar á los pueblos, no es más, en su parte moral (única de que aquí se trata), que la aplicacion de los grandes principios de la Religion al ordenamiento de la sociedad por los debidos medios á su debido fin.

En este concepto es Religion ó parte de ella la política, como lo es el arte de regir un monasterio ó la ley que preside á la vida conyugal, ó el deber mutuo de los padres y de los hijos, y por lo mismo seria absurdo decir: «Nada quiero con la política, porque todo lo quiero para la Religion,» ya que precisamente la política es una parte muy importante de la Religion, porque es ó debe ser sencillamente una aplicacion en grande escala de los principios y de las reglas que dicta para las cosas humanas la Religion, que en su inmensa esfera las abarca todas.

Mas el pueblo no es metafísico; ni en los escritos de Propaganda popular se da á las palabras la acepcion rígida que se les da en las escuelas.

Hablando en metafísico, no seria entendido el propagandista en los círculos y corrillos donde busca su público especial. Tiene, pues, necesidad de dar á ciertas palabras el sentido que les da el pueblo llano, con quien se ha de entender.

¿Y qué entiende el pueblo por política? Entiende

el pueblo por política el Rey tal ó cual ó el Presidente de la república, cuyo busto ve en las monedas y en el papel sellado; el Ministerio de tal ó cual matiz que cayó ó que acaba de subir; los diputados que andan á la greña formando la mayoría ó la minoría; el gobernador civil y el alcalde que le mangonean el tinglado de las elecciones; las contribuciones que hay que pagar; los soldados y empleados que hay que mantener, etc. Eso para el pueblo es la política, y toda la política, y no hay para él esfera más alta y trascendental.

Decir, pues, al pueblo: «No vamos á hablarte de política,» es decirle que por el periódico que se le ofrece no sabrá si hay república ó monarquía; si trae el cetro y la corona más ó menos democratizados este ó aquel príncipe de vulgar estirpe ó de dinastía Real; si le manda ó le cobra ó le pega fulano ó zutano en nombre del Ministerio avanzado ó del conservador; si le han nombrado á Pérez alcalde en lugar de Fernández, ó si le han hecho estanquero al vecino de enfrente en vez del de la esquina. Y con esto sabe el pueblo que el tal periódico no le hablará de política (que para él no hay otra que ésta), y sí solamente de Religion.

Dijo, pues, bien, y sigue diciendo bien, á nuestro humilde juicio, la publicacion que estampó por primera vez y sigue estampando como programa suyo aquella divisa: *Nada, ni un pensamiento,* etc. Y lo entendieron así todos los que comprendieron el espíritu de la publicacion desde el primer momento; y no necesitaron para entenderlo de argucias y cavilosidades. Y la misma publicacion se encargó de declararlo, si mal no recordamos, en su primer artículo, donde después de ratificarse en este lema para expo-

nerlo en igual sentido en que le hemos expuesto hoy, decia: «Nada con las *pasajeras* divisiones que turban hoy á los hijos de nuestra patria. Mande Rey ó mande Roque; entronícese, si quiere, la república unitaria ó la federal, en lo que no moleste á nuestros derechos católicos ó no mortifique nuestras creencias, se lo prometemos á fuer de honrados, no le harémos la oposicion. Lo inmutable (nótese bien), lo eterno, lo superior á *las miserables intriguillas de partido*, eso defendemos y á eso tenemos consagrada toda nuestra existencia.» Y luego, para más clarearse y para dejar bien definido hasta para los más tontos el verdadero sentido de su frase, *nada para la política,* continuaba así: «Líbrenos Dios, sin embargo, de intentar la más leve censura contra los periódicos sanos, que defendiendo la misma sagrada causa que nosotros, aspiran á la realizacion de un ideal político tal vez más favorable á la suerte del atribulado Catolicismo en nuestra patria y en Europa. Sabe Dios cuánto les amamos, y cuánto les admiramos, y cuánto les aplaudimos. Merecen bien de la Religion y de las sanas costumbres; son los maestros de nuestra inexperta juventud; á su sombra benéfica se ha formado una generacion católica decidida y brillantemente batalladora, que está compensando nuestras afliciones con abundantes consuelos. *Son nuestros modelos, y aunque de muy lejos, seguirémos su huella bendita y el rastro de luz que van dejando en nuestra historia contemporánea.*»

Así escribia la *Revista popular* en 1.° de Enero del año 1871.

Traquilícense, pues, los escrupulosos. Ni lo nuestro de hoy contradice á aquello, ni aquello debe modificarse en modo alguno para ponerse en armonía

con esto. Al unísono vibran ambas Propagandas. La que dice allí *nada para la política,* y la que aconseja aquí la defensa práctica de la Religion contra el Liberalismo en el terreno político y por medio de un partido político, no son más que dos voces hermanas; tan hermanas, que podrian llamarse gemelas; tan gemelas, como nacidas de una sola alma y de un solo corazon.

XLIII.

Una observacion muy práctica y muy digna de tenerse en cuenta sobre el carácter aparentemente distinto que ofrece el Liberalismo en distintos países y en diferentes períodos históricos de un mismo país.

El Liberalismo es, como hemos dicho, herejía práctica tanto como herejía doctrinal, y aquel principal carácter suyo explica muchísimos de los fenómenos que ofrece este maldito error, en su actual desarrollo en la sociedad moderna. De los cuales el primero es la aparente variedad con que se presenta en cada una de las naciones infestadas de él, lo que (á muchos de buena fe y á otros con dañado intento) autoriza al parecer para esparcir la falsa idea de que no hay uno solo, sino muchos Liberalismo. Toma en efecto el Liberalismo, merced á aquel su carácter práctico, una cierta forma distinta en cada region, y con ser uno su concepto intrínseco y esencial (que es la emancipacion social de la ley cristiana, ó sea el naturalismo político), son variadísimos los aspectos con que se ofrece al estudio del observador. Compréndese la razon de esto perfecta-

mente. Una proposicion herética es la misma y lo mismo suena y lo mismo significa en Madrid que en Londres, en Roma que en París ó en San Petersburgo. Mas, una doctrina que más bien ha procurado siempre traducirse en hechos y en instituciones que en tesis francamente formuladas, por fuerza ha de tomar mucho del clima regional, del temperamento fisiológico, de los antecedentes históricos, de los intereses de actualidad, del estado de las ideas y de otras mil concomitancias y circunstancias. Por fuerza ha de tomar, repetimos, de todo eso, distintos visos y exteriores caracteres que le hagan aparecer múltiple, cuando en realidad es una y simplicísima. Así, por ejemplo, á quien no hubiese estudiado más que al Liberalismo francés, petulante, descarado, ebrio de volterianos rencores contra todo lo que de lejos tuviese sabor cristiano, habia de hacérsele difícil á principios de este siglo comprender al Liberalismo español, mojigato, semimístico, arrullado y casi bautizado en su malhadada cuna de Cádiz con la invocacion de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Era muy fácil, pues, al observador superficial ocurrirle al momento la idea de que el Liberalismo manso español nada tenia que ver con el desatentado y francamente satánico que profesaban por aquella misma época nuestros vecinos. Y sin embargo, ojos perspicaces veían ya entonces lo que ahora ha enseñado hasta á los más topos la experiencia de medio siglo. Que el Liberalismo de cirio en mano y cruz en rostro, el Liberalismo que en la primera época constitucional tuvo por padres y por padrinos á sesudos magistrados, á graves sacerdotes y áun á elevadas dignidades eclesiásticas; el Liberalismo que mandaba leer los artículos de su Constitu-

cion en el púlpito de nuestras parroquias, y celebraba con repiques de campanas y solemnes *Te Deum* las infernales victorias del masonismo sobre la fe de la antigua España, era igualmente perverso y satánico, en su concepto esencial, que el que colocaba sobre los altares de París á la diosa Razon, y ordenaba por decreto oficial la abolicion del culto católico en toda la Francia. Era sencillamente que el Liberalismo se presentaba en Francia, como descaradamente podia presentarse allí, dado el estado social de la nacion francesa; al propio tiempo que se introducia mañosamente y prosperaba en España, como únicamente aquí podia crecer y prosperar, dado nuestro estado social, es decir, disfrazado con máscara de católico, y disculpado, ó mejor protegido, y casi traído de la mano y casi autorizado con sello oficial por muchos de los mismos católicos.

Este contraste no puede ya presentarse tan extremado hoy dia, tales y tan continuos han sido los desengaños á cuya clarísima luz se ha estudiado la cuestion, y tal es la que principalmente han derramado sobre ella las repetidas declaraciones de la Iglesia; sin embargo, no es raro oir á muchos algo todavía de eso, creyendo ó aparentando creer que se puede ser liberal en alguna manera acá, y que no se puede ser liberal, por ejemplo, en Francia ó en Italia, donde el problema se presenta planteado en distintos términos. Achaque propio de quienes miran más á los accidentes del asunto que á su verdadero fondo sustancial.

Todo esto convenia deslindar, y así hemos procurado hacerlo en estos artículos, porque el diablo se parapeta y abroquela tras esos distingos y confusiones, que es un primor. Esto, además, nos obliga á

señalar aquí algunos puntos de vista, desde los cuales se verá muy claro lo que en ocasiones se ofrece muy turbio y dudoso á no pocos sobre el particular.

1.° El Liberalismo es uno, como es una la raza humana: á pesar de lo cual se diversifica en las diferentes naciones y climas, como la raza humana ofrece tipos diversificados en cada region geográfica. Y así como de Adan proceden el negro y el blanco y el amarillo, y de una misma estirpe y raíz son el fogoso fránces, y el flemático aleman, y el positivista inglés, y el español y el italiano soñadores é idealistas; así son de un mismo tronco y de igual madera el liberal que en unos puntos ruge y blasfema como un demonio, y el que reza en otros y se golpea el pecho como un anacoreta; el que escribe en *El Amigo del pueblo* las diatribas venenosas de Marat, como el que con formas urbanas y de salon seculariza la sociedad, ó defiende y abona á sus secularizadores como *La Época ó el Imparcial.*

2.° El Liberalismo, además de la forma especial que presenta en cada nacion, dada la idiosincracia (esta palabra vale un Perú) de la misma, presenta formas especiales segun su grado mayor ó menor de desarrollo en cada país. Es una como tisis maligna que tiene diferentes períodos, que se señala en cada uno de ellos con síntomas propios y especiales. Tal nacion, como Francia, se halla en el último grado de esta tisis, roidas ya hasta sus más interiores vísceras por la putrefaccion: tal otra, como España, tiene sana aún una buena parte, una grandísima parte de su organismo. Conviene, pues, no juzgar enteramente sano á un individuo sólo porque esté relativamente menos enfermo que su vecino; ni dejar de llamar peste é infeccion á lo que realmente lo es,

aunque no aparezca todavía con los asquerosos hedores de la descomposicion y de la gangrena. Tisis es ésta como aquélla, y gangrena será ésta al fin como aquélla llegó á ser, si no se extirpa con oportunos cauterios. Ni se haga la ilusion el pobre tísico de que está bueno, sólo porque no se anda ya pudriendo en vida como otros más adelantados en su enfermedad, ni crea á falsos doctores que le dicen no es de temer su mal, y que todo son exageraciones y alarmas de pesimistas intransigentes.

3.° Diferente grado de enfermedad exige diferente tratamiento y medicacion. Esto es evidente *per se*, y no necesita nos entretengamos en demostrarlo. Sin embargo, en la Propaganda católica da lugar su olvido á frecuentes tropiezos. Sucede muy á menudo que reglas muy sábias y muy discretas, señaladas por grandes escritores católicos en algun país contra el Liberalismo, se invocan en otro como poderosos argumentos en favor del propio Liberalismo, y contra la conducta que señalan en el último los más autorizados propagandistas y defensores de la buena causa. Hace poco vimos aducida, como condenatoria de la línea de conducta de los más firmes católicos españoles, una cita del famoso cardenal Manning, lustre de la Iglesia católica en Inglaterra, y que en nada sueña menos que en ser liberal ó amigo de liberales ingleses ó españoles. ¿Qué hay aquí? Hay sencillamente lo que acabamos de señalar. *Distingue tempora,* díce un apotegma jurídico, *et concordabis jura.* En vez de esto dígase: *Distingue loca,* y aplíquese al caso. Vamos á un ejemplo: La prescripcion facultativa dictada para un enfermo de tisis en tercer grado, perjudicará tal vez si se aplica á un enfermo de tisis en el primero; y la receta ordenada

para éste producirá tal vez la muerte instantánea de aquél. Así remedios muy oportunamente prescritos contra el Liberalismo en una nacion, serán contraproducentes aplicados al estado de otra. Más claro y sin alegorías: soluciones que en Inglaterra aceptarán y pedirán y bendecirán aquellos católicos como inmensa ventaja, deben ser combatidas á todo trance en España como desastrosa calamidad; convenciones que ha hecho la Sede Apostólica con ciertos Gobiernos, y que han sido para ella verdaderas victorias, pueden ser aquí vergonzosas derrotas para la fe; palabras, de consiguiente, con que en un punto ha combatido muy bien al Liberalismo un gran periodista ó un sabio Prelado, pueden ser en otro armas espantosas con que el Liberalismo contrareste los esfuerzos de los más decididos campeones del Catolicismo. Y ahora nos ocurre una observacion que tenemos todos aquí al ojo. Los más decididos fautores del catolicismo liberal en nuestra patria, ¿no habeis visto como casi siempre, hasta hace muy poco, han ido recogiendo principalmente sus testimonios y autoridades de la prensa y del Episcopado belga ó francés?

4.° Los antecedentes históricos y el estado social presente de cada nacion son los que principalmente deben determinar el carácter de la propaganda antiliberal en ella, como determinan en ella el carácter especial del Liberalismo. Así la Propaganda antiliberal en España debe ser ante todo y sobre todo española, no francesa, ni belga, ni alemana, ni italiana, ni inglesa. En nuestras tradiciones propias, en nuestros hábitos propios, en nuestros escritores propios, en nuestro genio nacional propio, ha de buscarse el punto de partida para la restauracion propia, y las

armas para emprenderla ó acelerarla. El buen médico lo primero que procura es poner sus remedios en armonía con el temperamento hereditario de su enfermo. Aquí, belicosos que hemos sido siempre, es muy natural que sea algo belicosa siempre nuestra actitud: aquí, amamantados en los recuerdos de una lucha popular de siete siglos en defensa de la fe, no debe echársele jamás en rostro al pueblo católico el enorme pecado de haberse levantado en armas alguna vez para defender su Religion vilipendiada: aquí en España (*país de eterna cruzada,* como ha dicho con acento de noble envidia el ilustre P. Faber), la espada del que defiende en buena lid á su Dios y la pluma del que le predica con el libro, han sido siempre hermanas, nunca enemigas: aquí, desde san Hermenegildo hasta la guerra de la Independencia y más acá, la defensa armada de la fe católica es un hecho poco menos que canonizado. Y lo mismo decimos del estilo algo recio empleado en las polémicas; lo mismo de la poca consideracion otorgada al adversario; lo mismo de la santa intransigencia, que no admite del error ni siquiera las afinidades más remotas. Al modo español; como nuestros padres y abuelos; como nuestros Santos y Mártires; de esta suerte, deseamos siga defendiendo el pueblo la santa Religion, no como tal vez aconseja ó exige el estado menos viril de otras nacionalidades.

XLIV.

Y ¿qué hay sobre la «tesis» y sobre la «hipótesis» en la cuestion del Liberalismo, de que tanto se ha hablado tambien en nuestros últimos tiempos?

Fuera éste el lugar más oportuno para aclarar algo lo de la *tesis* y de la *hipótesis,* que tanto ha sonado en estos tiempos, y que es una cierta barbacana ó trinchera en que ha querido parapetarse últimamente el moribundo Catolicismo liberal. Mas este opúsculo va haciéndose ya largo en demasía, y así nos vemos precisados á decir sobre esto pocas, muy pocas palabras.

¿Qué es la *tesis?* Es el deber sencillo y absoluto en que está toda sociedad ó Estado de vivir conforme á la ley de Dios, segun la revelacion de su Hijo Jesucristo, confiada al ministerio de su Iglesia.

¿Qué es la *hipótesis?* Es el caso hipotético de una nacion ó Estado donde, por razones de imposibilidad moral ó material, no puede plantearse francamente la *tesis* ó el reinado exclusivo de Dios, siendo preciso que entonces se contenten los católicos con lo que aquella situacion hipotética pueda dar de sí: teniéndose por muy dichosos si logran siquiera evitar la persecucion material ó vivir en igualdad de condiciones con los enemigos de su fe, ú obtener sobre ellos la más insignificante suma de privilegios civiles.

La *tesis* se refiere, pues, al carácter absoluto de la verdad: la *hipótesis* se refiere á las condiciones más ó menos duras á que la verdad ha de sujetarse algunas

veces en la práctica, dadas las condiciones *hipotéticas* de cada nacion.

Nuestra cuestion ahora es la siguiente: ¿Está España en tales condiciones hipotéticas que hagan aceptables *como mal necesario* la dura opresion en que vive entre nosotros la verdad católica, y el abominable derecho de ciudadanía que se concede al error? La tantas veces intentada secularizacion del matrimonio y de los cementerios; la horrible licencia de corrupcion y de blasfemia concedida á la prensa; el racionalismo científico impuesto á la juventud por medio de la enseñanza oficial; estas y otras libertades de perdicion que constituyen el cuerpo y alma del Liberalismo, ¿vienen de tal modo exigidas por nuestro estado social, que le sea imposible ya de todo punto al gobernante prescindir de ellas? ¿El Liberalismo es aquí un mal menor que tengamos que aguantar los católicos como remedio para precaver mayores males; ó es, al revés, un gravísimo mal que no nos ha librado de ninguno y que amenaza, en cambio, con traernos muy más pavoroso y desdichadísimo porvenir?

Recórranse una á una todas las reformas (de Religion hablamos) que de sesenta años acá han ido transformando la organizacion católica de nuestra patria en organizacion atea; ¿cuál de estas reformas ha sido imperiosamente demandada por una verdadera necesidad social? ¿Cuál de ellas no ha sido introducida violentamente como una cuña en el corazon católico de nuestro pueblo, para que en él fuese penetrando poco á poco, á fuerza de martillar sobre ella con decretos y más decretos la maza feroz del Liberalismo? Creacion oficial han sido aquí todas las llamadas exigencias de la época; oficialmente se ha

implantado aquí la Revolucion; oficialmente y con el presupuesto se la ha mantenido; acampada como un ejército invasor vive sobre nuestro suelo, y á costa de él su burocracia, que es la única que explota sus beneficios. Aquí menos que en otra nacion alguna ha brotado espontáneamente el árbol revolucionario, aquí menos que en otro pueblo alguno ha logrado siquiera echar raíces. Después de más de medio siglo de imposiciones oficiales, todavía es aquí postizo todo lo liberal; un pronunciamiento lo trajo, otro pronunciamiento lo podria barrer, sin que en nada se alterase el fondo de nuestra nacionalidad.

No hay evolucion alguna del Liberalismo que no la haya verificado, más que el pueblo, una insurreccion militar; las mismas elecciones, que se pregonan como el acto más sagrado é inviolable de los pueblos *libres*, no es un secreto para nadie que nos las da siempre hechas á su imágen y semejanza el ministro de la Gobernacion. ¿Qué más? El mismo criterio liberal por excelencia, el de las mayorías, si lealmente se escuchase su fallo, resolveria la cuestion en favor de la organizacion católica del país y en contra de su organizacion liberal ó racionalista. En efecto. La última estadística de la poblacion da el siguiente cuadro de las sectas heterodoxas en nuestra patria.

Repárese que los datos no son sospechosos, porque son de orígen oficial. Hay en España segun el último censo:

Israelitas.	402
Protestantes de varias sectas. . .	6,654
Librepensadores declarados. . . .	452
Indiferentes.	358
Espiritistas.	258

Racionalistas.	236
Deístas.	147
Ateos.	104
Sectarios de la moral universal. . .	19
Id. de la moral natural. . .	16
Id. de la conciencia. . . .	3
Id. de la especulativa. . . .	1
Positivistas.	9
Materialistas.	3
Mahometanos.	271
Budhistas.	208
Paganos (!).	16
Creyentes de Confucio.	4
Sin profesion determinada. . . .	7,982

Dígasenos ahora; para contentar á esos grupos y grupitos de sectarios, á alguno de los cuales costaria gran trabajo definir y precisar el símbolo de su estrafalaria secta, ¿está puesto en razon que se sacrifique el modo de ser religioso y social de diez y ocho millones de españoles, que por ser católicos tienen derecho á vivir católicamente y á que católicamente les trate el Estado, al que sirven con su sangre y con su dinero? ¿No hay aquí la más irritante opresion de la mayoría por una minoría audaz y de todo punto indigna de influir tan decisivamente en los destinos de la patria? ¿Qué razones de hipótesis se pueden, pues, invocar aquí para la implantacion del Liberalismo, ó sea del ateísmo legal en nuestra sociedad?

Resumamos.

La *tesis* católica es el derecho que tienen Dios y el Evangelio á reinar exclusivamente en la esfera social, y el deber que tienen todos los órdenes de la esfera social de estar sujetos á Dios y al Evangelio.

La *tesis* revolucionaria es el falso derecho que pretende tener la sociedad á vivir por sí sola y sin sujecion alguna á Dios, á su fe, y en completa emancipacion de todo poder que no proceda de ella misma.

Y la *hipótesis,* que entre estas dos tesis nos vienen predicando los católico-liberales, no es más que una mutilacion de aquellos absolutos derechos de Dios en aras de una falsa concordia entre Él y su enemigo. Para lo cual ¡repárese cuán artera es la Revolucion! se procura de todos modos dar á entender y persuadirse que se halla ya la nacion española en condiciones tales, que no le permiten buscar para sus desgarros otro género de remiendo y compostura que esa especie de conciliacion ó transaccion entre los pretendidos derechos del Estado rebelde y los verdaderos derechos de Dios, su único Rey y Señor. Y mientras se predica que España se halla ya en esta desdichada *hipótesis,* lo cual es falso y no pasa de un mal deseo, lo que se procura por todos medios es que pase esta *hipótesis* deseada á ser efectiva realidad, y que un dia ú otro llegue á ser verdaderamente imposible la *tesis* católica, y llegue á ser inevitable abismo, donde á una naufraguen nuestra nacionalidad y nuestra fe, la *tesis* francamente revolucionaria. ¡Gran responsabilidad alcanzará ante Dios y ante la patria á los que de palabra ó de hecho, por directa conmision ó por simple omision, se hayan hecho cómplices de esta horrible celada, por la cual con falsas excusas de mal menor y de hipotéticas circunstancias, no se logra otra cosa que anular los esfuerzos de los que sostienen ser aún posible para España la íntegra soberanía social de Dios, y ayudar á los que pretenden llegue á ser un dia absoluta en ella la soberanía social del demonio!

EPÍLOGO Y CONCLUSION.

Basta ya. No ha dictado la pasion de partido estas sencillas reflexiones, ni las ha inspirado móvil alguno de humano rencor. Hacemos ante Dios esta protesta, como la haríamos al morir, puestos ya en la antesala de su tremendo tribunal.

Hemos procurado ser más lógicos que elocuentes. Si bien se considera, se verá que hemos sacado nuestras deducciones, áun las más duras, unas de otras, y todas de un sólido principio comun, no con la tortuosidad del sofisma, sino con el leal raciocinio en línea recta, que ni á derecha ni á izquierda se tuerce por amor ó por temor. Lo que se nos ha enseñado cierto y seguro por la Iglesia en los libros de Teología dogmática y moral, eso hemos sencillamente procurado trasladar á nuestros lectores.

Lanzamos á los cuatro vientos estas humildes hojas; llévelas donde quiera el soplo de Dios. Si algun bien pueden hacer, háganlo por su cuenta, y sírvale eso de descargo de sus muchos pecados al bien intencionado autor.

Una palabra más, y es la última y quizá la más importante. Con argumentos y réplicas se obliga tal vez á enmudecer al adversario, y no es poco esto en algunas ocasiones. Pero con esto solo no se alcanza muchas veces su conversion. Para esto suelen valer tanto ó más las fervorosas oraciones que los más bien hilados raciocinios. Más victorias ha logrado para la Iglesia de Dios el gemido del corazon de sus hijos, que la pluma de sus controversistas y la espada de sus capitanes. Sea, pues, aquélla el arma principal

de nuestros combates, sin descuidar las demás. Por el ruego cayeron los muros de Jericó, más que al empuje de guerreras máquinas; ni venciera Josué al feroz Amalech si no estuviera Moisés, alzadas sus manos, en ardiente oracion durante la batalla. Oren, pues, todos los buenos, y oren sin descansar. Y sea de consiguiente el verdadero epílogo de estos artículos lo que viene á resumir todo el objeto de ellos. *Ecclesiæ tuæ, quæsumus Domine, preces placatus admitte, ut, destructis adversitatibus et erroribus universis, secura Tibi serviat libertate.*

A. M. D. G.

ÍNDICE.